

Una dama
EN APUROS

MARTA BEZARES

Una dama
EN APUROS



MARTA BEZARES

Marta Bezares©

ISBN: 9781793850003

Imprint: Independently published

Para ti,

La primera persona a la que quiero contarle mis alegrías,

Que me haces llorar, reír,

Que me sacas una sonrisa en mis peores días,

Que crees en mí cuando yo dudo.

Y que siempre me respondes lo mismo cuando te digo:

I love you.



Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

Epílogo



I

Nuestro padre ha vuelto. ¿Estás seguro de que vas a seguir adelante con esto?

William Monroe miró a su hermano y asintió con la cabeza, intentando parecer convencido.

—¿Y tú estás seguro de que no quieres unirme a mí en la petición?

Ian sonrió.

—Mi futura mujer me hará conde, no tengo ninguna intención de renunciar a ella. Tú, como primogénito, siempre has sabido que serías duque, pero Rob y yo tenemos que asegurarnos el futuro.

—Un título no da estabilidad.

—Un título te acerca al favor real. Lo único que hay que hacer es no perderlo.

—Un rey no es más que un hombre con demasiado poder y eso lo convierte en caprichoso. Es fácil que te retire su favor.

—Esas palabras se consideran traición, hermano— la actitud despreocupada de Ian restaba importancia a sus palabras—. Que no te oiga Rob.

—Rob es demasiado joven.

—Y, aún así, está siendo mucho más adulto que tú en este tema.

—La decisión ya está tomada, no quiero hablar más de esto.

—Will, necesito saber qué te ha ocurrido. Nuestro padre acordó nuestros matrimonios hace 3 años. Es cierto que nunca te has molestado en conocer a tu futura esposa. Pero, hasta ahora, nunca habías hablado de romper el compromiso. ¿Has conocido a alguien?

—No, no es lo que estás pensando. El compromiso ha sido tan largo, que creo que llegué a albergar esperanzas de que nunca se celebraría. Pero ha llegado el momento, ha dejado de ser algo futuro. Nuestro padre y nuestros futuros suegros han decidido que los matrimonios se celebren en unos meses.

—¿Y qué? Al final esto iba a llegar, aunque rezases porque algo lo impidiera.

—Llevo toda la vida sabiendo cómo va a ser mi futuro, preparándome para ello. Rob y tú siempre habéis gozado de una libertad de la que yo carecía. Y ahora me tengo que casar con una mujer a la que no conozco de nada.

—Tampoco has hecho nada por conocerla.

—Rob tampoco.

—Rob es un crío.

—Acabas de decir que es más maduro que yo.

—¡Y lo es!— se pasó una mano por el pelo para calmarse al darse cuenta de que había levantado la voz. Will no se estaba portando de forma racional —. Rob no se ha molestado en conocer a su futura mujer porque aún es un niño y no le importan demasiado las mujeres. Tiene 17 años y ya hace 2 que es caballero. Ha puesto mucho empeño en su preparación y no ha tenido demasiado tiempo para nada más. Y tampoco le preocupa con quién tenga que casarse. Es sólo un trámite para afianzarse con un título.

—¿Y si existiera?

Ian miró a su hermano, confundido.

—¿Si existiera quién?

—El amor.

—¿El amor?— estaba atónito—. Will, ¿te has golpeado la cabeza recientemente?

El mayor sonrió al notar su preocupación.

—Estoy perfectamente. Pero últimamente no dejo de pensar en que, si me caso con la mujer elegida por nuestro padre, puede que pierda la oportunidad de conocer lo que se siente al estar enamorado.

—Dime que estás bromeando— Will negó con la cabeza sin dejar de sonreír—. No me creo que estemos teniendo esta conversación. ¿Por qué hablas de sentimientos?— Ian parecía muy incómodo—. Los caballeros no pierden el tiempo con esas tonterías. El amor no existe.

—No puedes saber si existe o no si nunca te has enamorado.

—No conozco a nadie que se haya enamorado. El amor es un sentimiento de mujeres. ¿O tú has visto alguna vez un hombre enamorado?

Will siguió sonriendo, pero no dijo nada. Habían perdido a su madre cuando Rob tenía 7 años y Ian apenas 12, por lo que los recuerdos de ambos de aquella época eran muy parciales. Pero él recordaba perfectamente las cenas en familia, la forma en la que se miraban sus padres. O el brillo en los ojos de su madre cuando les informaban de que su marido volvía de viaje. Después de su muerte, su padre cambió y se empezó a comportar como si no pudiera sentir, como si lo único importante fuera ser fuerte y capaz de aplastar a cualquiera. Pero, aunque nunca había hablado de ello con sus hijos, Will siempre había sabido que sus padres se casaron enamorados. Eso era lo que más le enfadaba. Su padre, que había sentido en sus propias carnes lo que era estar enamorado, tenía toda la intención de impedir que sus hijos pudieran enamorarse. Siempre había hecho lo que se esperaba de él como primogénito,

como sucesor de su padre. Pero no estaba dispuesto a vivir con una mujer a la que no amaba, no quería hacer ese sacrificio.

—No creo que el amor sea exclusivo de las mujeres.

—Por tu bien espero que no uses ese argumento con nuestro padre, porque va a pensar que estás borracho y no te va a tomar en serio.

—Puede que ningún argumento le sirva.

—Will, por favor, piénsalo bien. Esta decisión va a cambiarte la vida y puede que no a mejor.

—No es un capricho, llevo mucho tiempo dándole vueltas. Es una decisión muy meditada— se levantó—. Voy a ver si puede dedicarme ahora un momento. No quiero aplazarlo más.

—Está bien, echa tu vida a perder. Si no te importa, me marchó fuera a entrenar un poco. Prefiero no estar por aquí cuando hables con él.

—Tranquilo, lo entiendo perfectamente.

Dio una palmada en la espalda a su hermano al pasar por su lado antes de salir del enorme salón. A pesar de que era cierto que lo había meditado mucho, aún no sabía cómo iba a enfocarlo. Y su padre se iba a poner furioso, de eso no le cabía la más mínima duda. Tal vez si le dejara descansar y hablara con él después de la cena... No, tenía que hacerlo cuanto antes para que su padre pudiera resolver el tema del compromiso. Si dejaba pasar más tiempo, al final las fuerzas le flaquearían y se encontraría casado con una mujer a la que no conocía.

Resuelto, avanzó rápido por las escaleras que subían hasta el segundo piso, donde su padre tenía su habitación, y llamó a la puerta. Oyó la voz de su padre, fuerte a través de la gruesa madera, permitiéndole el paso.

—Hola, padre.

—William, ¿ocurre algo?— su padre sólo llevaba la camisa y las calzas y estaba bebiendo cerveza.

—Necesito hablarle.

—¿Ahora? Me están calentando el agua, necesito un buen baño caliente. El viaje ha sido duro y mis huesos ya no aguantan como antes.

Will observó las musculosas piernas de su padre. A pesar de su edad, mantenía una forma física envidiable. No descuidaba nunca sus ejercicios. A veces costaba recordar que se hacía mayor y empezaba a tener los achaques propios de su edad.

—Es importante.

—¿Y rápido?

—Me temo que no.

Su padre suspiró y le ofreció una copa.

—En ese caso, más vale que empieces.

Will sujetó la copa, sin beber de ella. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, buscando la forma de empezar.

—Es algo muy delicado y que entraña una decisión muy importante— su padre no dijo nada, pero apretó la mandíbula, tenso—. Ante todo quiero dejar claro que es algo que he pensado mucho, llevo tiempo dándole vueltas. No es una decisión tomada de forma inconsciente.

—Lo mejor es que seas directo, William.

—Padre, no voy a casarme con la mujer que ha elegido para mí.

Gavin no pareció sorprendido ante la declaración de su hijo.

—Supongo que hay un motivo para ello. O, quizá, otra dama.

—No hay otra mujer, no es por nadie, sólo por mí.

—Si pretendes romper tu compromiso, espero que tengas una buena razón. Estoy deseando escucharla.

—Padre, lleva toda su vida preparándome para sucederle, para que sea el señor de estas tierras. He hecho todo lo que me ha ordenado, me gustara o no — dejó la copa, de la que no había bebido nada—. Y nunca me he quejado. Decidió que me formara aquí, con usted, mientras mis hermanos iban fuera, a casa de otros nobles. Y no me importó. He entrenado todos los días para estar a la altura de lo que esperaba de mí, he estudiado, no he tenido vida social... Y no me arrepiento, porque era importante para usted y también para mí. Pero decidió que debía casarme con una mujer sin importar lo que yo quisiera.

—He elegido las mejores candidatas, tanto para ti como para tus hermanos. Lo he hecho por vuestro bien. Y tus hermanos conseguirán títulos gracias a ellas.

—¡Pero yo ya voy a ser duque! Casarme con ella no me va a aportar nada, al contrario que en el caso de mis hermanos.

—William, todo lo que hago es por vuestro bien. Tu suegro te dará una dote muy generosa y tu prometida tiene una buena propiedad que heredó de su abuelo materno.

—Me siento como si fuese mercancía, algo que vende para aumentar nuestro apellido.

—Me apena que lo veas así, pero no hay marcha atrás. He empeñado mi palabra.

—Padre, como ya he dicho, la decisión está tomada. No pienso casarme con ella.

—Creo que no entiendes la situación: eres mi hijo, mi primogénito, y mis compromisos son los tuyos. Les prometí al futuro duque de Bedford, y es lo que tendrán. Mi palabra es la tuya.

—Repúdieme.

Por primera vez, Gavin miró a su hijo sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Quiero que me repudie.

—No pienso hacer eso.

—Yo no me voy a casar.

—Creo que deberías pensar un poco la locura que estás diciendo.

—Lo he pensado mucho y estoy dispuesto a dejar esta casa si me obliga a seguir adelante con el matrimonio.

—Te he educado para ser mi sucesor— su padre parecía tranquilo—. ¿Cómo piensas ganarte la vida? Espero que no estés contando con las tierras que te legó tu madre. Si quieres que te repudie, te irás sin nada.

—Puedo trabajar.

—¿Haciendo qué?

—Cuidando caballos. Sabe que se me dan bien.

La rapidez en la respuesta de su hijo le demostró que era cierto que llevaba mucho tiempo pensándolo. Y no le sorprendió. Sus hijos eran reflexivos y no hacían nada en caliente. Era una buena cualidad en la lucha, pero tenía su parte negativa: una vez habían tomado una decisión, no cambiaban de idea. William se mantuvo en silencio y sabía que ahora le tocaba hablar a él. No quería perder a uno de sus hijos y, conociéndolo, sabía que antes o después se arrepentiría. Había nacido para sucederle. Tenía muchas cualidades que sus otros hijos no tenían. Ian era muy laxo con las normas, las obedecía cuando le convenían, al contrario que Robert, para el que todo era bueno o malo, correcto o incorrecto. En cambio, William respetaba las normas pero era suficientemente flexible como para entender que no siempre todo era blanco o negro, había millones de matices de gris, y comprendía la importancia de dejar explicarse a un hombre. Pero era, sobre todo, el apego que sentía por su hogar. La primera vez que Gavin se lo llevó a

recorrer las tierras y le dijo que todo aquello sería suyo algún día, el niño abrió mucho los ojos, asombrado. Solía preguntar a su padre por la forma en la que los siervos trabajaban la tierra. En los viajes a las tierras de otros nobles, se interesaba por los procedimientos, por si podían hacer mejoras en sus propias tierras. Se aseguraba de que los molinos y fortificaciones estuvieran siempre en perfecto estado.

Y era, precisamente, ese apego el que podía ayudarle, si jugaba bien sus cartas. Si se enfadaba y lo expulsaba, William perdería el amor por su hogar.

—Me dejas en una situación muy comprometida— se sirvió más cerveza—. Va a ser desagradable faltar a mi palabra, pero está claro que no puedo obligarte a hacerte cargo de tus responsabilidades como hijo mío. Si tu deseo es dejar todo de lado y marcharte, yo no te voy a impedir que lo hagas.

—Gracias por entenderlo, padre. Me marcharé cuanto antes.

—No tan rápido— Will se detuvo—. Creo que me he portado lo suficientemente bien contigo como para sentirme con derecho a pedirte un favor.

Will se puso rígido. Si le pedía que conociera antes a su prometida iba a negarse y eso podría enfurecer a su padre.

—¿De qué se trata?

Su padre se levantó y se acercó a la pequeña ventana, tomándose su tiempo para responder.

—Necesito reforzar las caballerizas y es cierto eso que has dicho de que tienes muy buena mano con los caballos— se giró hacia él—. Sólo te pido que me des tiempo. Puedes vivir en la antigua cabaña del cabrero y, por hacerme el favor, no te cobraré alquiler. Y el dinero que te voy a pagar te ayudará cuando te vayas para empezar en otro sitio.

—Es una oferta muy generosa.

—Que espero que aceptes.

—Ahorrar algo me vendría bien.

—Puedes mudarte cuando quieras.

—Tal vez sea mejor que lo haga ahora, así la cena no será un momento incómodo.

—Hablaré con el administrador para avisarle de que, a partir de mañana, trabajarás en las caballerizas. Él se encargará de tu paga y Edward será tu responsable. Preséntate ante él mañana. Te mandaré luego a un sirviente con algo de comida para que no tengas que preocuparte de eso los dos primeros días.

—Gracias, pero me gustaría que me lo descontara de la paga.

—Hecho— su padre pareció dudar un momento, pero al final se limitó a extender la mano, que su hijo estrechó—. Lamento que hayas tomado esta decisión, no puedo negarlo. Pero sigues siendo mi hijo. Tómate algo de tiempo por si cambias de idea.

—No cambiaré de idea.

Con semblante serio, Will salió de la habitación.

Gavin dio otro trago a su cerveza. Tenía que medir bien sus pasos para ganar la batalla a su hijo. Sonrió con ironía. Los había educado demasiado bien y ahora tenía que usar toda su capacidad de estrategia contra el mayor. De los 3, era el pequeño el que se podía equiparar a él en tácticas, pero no iba a meter a otro de sus hijos. Era entre William y él.

Se levantó despacio. Los viajes cada vez le cansaban más. Pero quería hablar con su administrador y darle instrucciones antes de la cena. Esta vez no podría descansar un poco para reponerse.



No había cogido demasiadas cosas. Ya no iba a necesitar muchas de ellas. Se limitó a la ropa más austera que tenía y las mudas. Iba a llevarse sólo la espada que le había regalado su padre cuando consiguió sus espuelas de caballero. Cada uno de los hermanos había recibido una al ser nombrados caballeros. Era una tradición en la familia que seguía vigente. Nadie podía recordar ya qué antepasado la había iniciado. Lo cierto era que los varones recibían una copia exacta, hecha de acero español y, en el momento de su muerte, eran enterrados con ella. La única diferencia entre ellas era el nombre del propietario grabado en la base de la empuñadura. Las mujeres de la familia recibían un colgante en el mismo material con una espada igual en miniatura al cumplir los 13 años. Will no se veía capaz de dejar atrás algo tan importante. Desde pequeños, sus hermanos y él habían soñado con el momento de tener su espada. Aún recordaba con una sonrisa la cara furiosa de Rob al ver que su padre le entregaba ya una al primogénito. Aquel día el pequeño redobló sus esfuerzos por convertirse en caballero.

Cogió el fardo que había hecho con sus cosas y echó un último vistazo a su alcoba. Ninguna de las habitaciones tenían lujos, pero eso no evitaba que fueran acogedoras. Sus hermanos solían reunirse en su habitación, después de la cena, y hablaban de sus inquietudes. Mejor dicho, hablaban Ian y él, Rob escuchaba. Disfrutaba con las historias de sus hermanos mayores y les hacía un montón de preguntas. Excepto cuando Ian hablaba de jóvenes nobles con las que había bailado. En esos casos el pequeño permanecía silencioso, casi ausente.

Iba a echar muchísimo de menos esa camaradería entre ellos.

Despacio, fue caminando por el que había sido su hogar hasta entonces, queriendo alargar un poco más su estancia allí. Saludó con la cabeza a los soldados y sirvientes con los que se cruzaba. Los 3 hermanos viajaban continuamente, por lo que nadie le prestó atención a su ligero equipaje. Probablemente su padre aprovecharía el momento de la cena para informar a todos de su nuevo estatus allí. Le iba a resultar extraño ir todos los días a trabajar y salir al atardecer, rumbo a su nuevo hogar. Se acabaron los entrenamientos, las partidas de caza, las órdenes del rey... Iba a ser libre, a cambio de perder su vida actual.

Aceleró el paso para no flaquear. Había tomado la decisión e iba a

llevarla a cabo.

Desde la pequeña abertura en la pared de su sala privada, Gavin vio el paso resuelto con el que su hijo mayor abandonaba su hogar.

El golpe en la puerta le anunció la llegada de sus otros dos hijos. Se apartó de la ventana al tiempo que les ordenaba que entraran. La rigidez en los movimientos de Ian dejaba claro que sabía algo.

—Tengo que hablar con vosotros— se sentó en su butaca detrás de la mesa de madera maciza. Sus hijos se mantuvieron en pie hasta que él les señaló las sillas frente a él.

—Si quiere puedo ir a buscar a William, padre.

—No, Robert. Se trata precisamente de William. Ha hablado conmigo sobre una decisión que ha tomado respecto a su futuro— calló un momento para observar las reacciones de sus hijos. Robert mostraba sorpresa, pero Ian no podía estar más incómodo—. ¿Os había comentado algo a vosotros?

El pequeño negó con la cabeza pero Ian asintió.

—Me dijo hace tiempo que no le gustaba la idea de casarse con una desconocida. No le di mayor importancia, no creí que por esa causa fuera a abandonar su hogar— desvió la vista para no mirar a su padre—. Hoy me ha dicho que iba a hablar con usted, que su decisión era firme y que no iba a demorarlo más.

Gavin asintió con la cabeza.

—Y eso ha hecho. Desde este mismo momento, ha dejado de tener sus privilegios de nacimiento. Su intención es que le repudie— el jadeo de asombro de Robert le sorprendió. Su hijo siempre enmascaraba sus emociones—. Sin embargo, voy a darle un tiempo para que pruebe esa nueva vida que tanto ansía antes de hacer algo tan drástico. Le he ofrecido trabajar en las caballerizas y se alojará en la cabaña del cabrero. Pero ahí se acaba todo. Ahora está aquí para servirnos, no como miembro de la familia— miró seriamente a ambos—. ¿He sido claro?

Sus hijos asintieron con la cabeza.

—¿Qué ocurrirá con el compromiso de Will?

—Si tu hermano no recapacita, tú te convertirás en mi heredero, como es lógico. El compromiso de William es el más importante, por lo que rompería tu compromiso y te casarías con ella. Lo que tendría que valorar es si Robert debería casarse con su prometida o con la tuya— hizo un movimiento perezoso con la mano—. Pero ya tomaré esa decisión si al final lo necesito.

Ian y Rob se miraron. Su padre había usado un tono casual, pero ambos sabían que la rotura de un compromiso significaba faltar a la palabra dada. Y eso era lo peor para él.

—Con su permiso, padre, nos gustaría ir a despedirnos de William antes de la cena.

—Ya se ha marchado. He decidido que era mejor así. Id a preparaos para la cena y dejadle tranquilo para que se acomode en su nuevo hogar. Esta noche, en el salón, haré pública la nueva posición de William en esta casa.

Ambos se levantaron al unísono, salieron de la habitación y fueron hacia sus aposentos.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Realmente no lo he sabido hasta hoy. Como ya le he dicho a nuestro padre, me hizo un comentario hace tiempo, pero fue de pasada, no le di importancia.

—Mientes.

—Maldita sea, ¿se puede saber cómo lo haces?— frustrado por la capacidad de su hermano de saber cuándo alguien mentía, se pasó la mano por la cabeza—. Está bien, Will llevaba un tiempo diciéndome que no se quería casar con ella, hablaba de estupideces como el amor. No sé qué le pasaba, pero no dejaba de hablar de abandonar todo y empezar de 0. Pero, en serio, que no creí que tuviera el valor de hacerlo al final.

—Tenías que habernos avisado, tal vez se hubiera solucionado adelantando su boda.

—Te juro que jamás pensé que fuera a hacerlo de verdad.

—Espero que vuelva, no quiero perder a Will.

—Yo tampoco.



II

A pesar de haber nacido siendo el heredero de un ducado, su padre no le había eximido de las tareas consideradas propias de los sirvientes e insistía en que, entre otras cosas, atendieran ellos mismos a sus propios caballos. Gracias a eso, la adaptación a su nueva vida no le había resultado tan traumática.

Llevaba dos semanas viviendo solo y se había acostumbrado rápidamente a su rutina. Madrugaba mucho para limpiar un poco la cabaña y prepararse el desayuno. Después cogía su caballo, se dirigía al castillo y se ponía a las órdenes de Edward. Cuando terminaba, aprovechaba para cazar y así tener carne o iba al pueblo a comprar las cosas básicas que necesitaba. Allí tenía un buen amigo, el panadero, con el que se sentaba a charlar mientras compartían una jarra de cerveza.

Se habían hecho amigos siendo él un adolescente, cuando había ido a pedirle permiso para seguir entrenando a su hija, una niña de 5 años, en el uso del arco. Sonrió al recordar a la pequeña, lo feliz que parecía cuando tensaba el arco. Nunca había visto en nadie esa pasión por esa arma. La pequeña había querido aprender porque quería cazar para llevar carne y ayudar así a sus padres. Ahora era ya una mujer porque, si la memoria no le fallaba, sólo se llevaba un par de años con Rob, así que debía tener unos 15 años. Y, al igual que cuando era una niña, seguía enamorada de su hermano pequeño. Sin embargo Rob, tras la muerte de su madre, se había volcado en su entrenamiento de caballero, convirtiéndose en el mejor guerrero del reino a su corta edad. No demostraba ningún interés en las mujeres.

Miró el cielo, aún quedaban unas horas de sol. Tal vez pudiera ir a cazar.

Un bulto al lado del camino llamó su atención: parecía un cuerpo. Aceleró un poco el paso de su montura y, al acercarse, por los ropajes y la melena oscura extendida en el suelo supo que se trataba de una mujer.

Se apeó casi de un salto y corrió hacia ella. Se arrodilló a su lado y, con mucho cuidado, le dio la vuelta. La mujer hizo un gesto y Will suspiró aliviado al ver que estaba viva. Miró alrededor, pero no vio a nadie cerca, ni un caballo ni nada. ¿De dónde había salido esa mujer y qué hacía allí sola?

La movió para acomodarla en sus brazos. La joven era muy hermosa y sus ropas eran sencillas. Acarició su mejilla con suavidad, casi esperando que desapareciera. Sonrió ante su propia estupidez. No era la primera vez que veía una mujer bella, por amor de dios. Tal vez fuera por esa sensación de irrealidad de haberla encontrado inconsciente y sola. O por sentirse de repente responsable de la seguridad de una completa extraña.

Pasó una mano por su cabello, palpando con cuidado su cabeza en busca de golpes. Al pasar los dedos sobre la zona magullada, ella hizo una mueca, pero no abrió los ojos.

Con delicadeza, palpó también sus brazos, pero no parecía tener heridas. La larga falda del vestido estaba enredada en sus piernas, dejando a la vista buena parte de ellas, y tampoco parecían magulladas. Bajó la falda para taparla. No podía dejarla allí, pero tampoco podía llevársela sin saber si había alguien buscándola. Lo mejor sería esperar un poco a que alguien apareciera o ella despertara.



¿Por qué le dolía tanto la cabeza? Era un dolor localizado en la parte posterior. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban tanto que se rindió, lanzando un gemido.

—Será mejor que permanezcas quieta— no reconoció esa voz grave y varonil—. Creo que te has golpeado la cabeza al caer.

Se había caído. Eso explicaba el dolor. Pero, ¿de dónde? Volvió a intentar abrir los ojos y esta vez sí lo consiguió. Frente a ella, mirándole con preocupación, se encontraba un joven de ojos azules. Su pelo castaño se ondulaba ligeramente a la altura de la nuca.

—No te preocupes, te voy a cuidar hasta que te pongas bien.

—¿Eres un ángel?

Los ojos de él se abrieron por la sorpresa y lanzó una carcajada.

—No estás muerta y no creo que vayas a morir por esto.

Aunque no compartía su optimismo, decidió no corresponder a su amabilidad con desconfianza, no quería que la abandonara a su suerte en ese camino. Hizo amago de levantarse, pero él se lo impidió.

—No te levantes aún, espera un poco.

—Estoy bien.

Se incorporó ligeramente, ayudada por los fuertes brazos de él pero, de repente, todo se volvió negro.

Will actuó rápido para evitar que se golpeará de nuevo. Apenas pesaba. Eso le iba a venir bien, porque iba a caer la noche y probablemente ella tardaría en volver a despertar. Lo mejor iba a ser llevarla a su cabaña y al día siguiente ella le diría de dónde venía y él se aseguraría de que su padre le ayudara a llegar sana y salva.

La levantó y la colocó cruzada sobre su caballo, se montó detrás de ella y la acomodó para llevarla entre sus brazos. Puso rumbo a su hogar a paso lento, no quería agravar su lesión con el trote del caballo. No dejaba de repetirse que no era una buena idea, pero era su única opción. Calló la vocecita interior que le aconsejaba llevarla al castillo para que se ocuparan de ella. Era su responsabilidad, el destino la había puesto en su camino por algo.

Al llegar, se apeó con ella en brazos y entró en la cabaña. La tumbó con delicadeza en su cama y la arropó con la manta. Los días de primavera eran cálidos, pero puede que ella, en su estado, tuviera frío, así que encendió el fuego. Tenía que atender a su caballo, pero antes prefirió preparar algo de caldo y dejarlo al fuego. Probablemente se despertara con hambre. Puso cerca del fuego también dos hogazas de pan. Antes de salir de la cabaña, volvió a acercarse a ella, para asegurarse de que estaba bien. No, no era por eso, era porque le costaba apartarse de ella. ¿Qué le pasaba con esa mujer? Sacudiendo la cabeza, salió por fin a atender a su caballo.



El crepitar del fuego le dijo de dónde venía el calor que sentía. Permaneció con los ojos cerrados, disfrutando del calor y el silencio que la envolvía. Seguía con su sencillo vestido de lana puesto. No supo cuánto tiempo hacía desde que se había despertado cuando oyó abrirse la puerta. Giró la cabeza hacia el sonido y abrió los ojos. No había soñado con el hombre de ojos azules, lo tenía justo delante. Llevaba una sencilla camisa y unas calzas marrones, un atuendo cómodo para trabajar.

—Veo que ya has despertado— se acercó a ella y le puso la mano en la frente—. No parece que tengas fiebre. Me diste un buen susto cuando volviste a desmayarte.

—Creo que el descanso me ha venido bien— se sentó en el jergón.

—Me alegro. Me llamo Will. ¿Quién eres tú?

—¿Yo?— se quedó un momento pensativa—. No lo sé— le miró, aterrada—. No puedo recordar quién soy.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió con la cabeza.

—Tranquila, debe haber sido por el golpe. Lo más probable es que, después de un poco de descanso, vuelvan tus recuerdos.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. Mientras— cogió un cuenco y lo llenó del caldo que se estaba calentando en un caldero sobre el fuego—, aunque no podamos saber quién eres, vamos a descubrir si te gusta el caldo.

—No quiero ser una molestia.

Will sonrió ante el tono preocupado de la joven y respondió con un tono desenfadado.

—Tampoco tienes más opción que aceptar mi ofrecimiento. Al menos, hasta que sepamos quién es tu familia.

—¿Y si tardo en recordar quién soy?

—No pasa nada, te quedarás aquí todo el tiempo que necesites. Pero no deberías agobiarte, sé que terminarás recordando.

—Si tengo que pasar aquí más de un día, trabajaré para pagar mis gastos. Te ayudaré en la casa— se quedó un momento dubitativa—. ¿A qué te dedicas? ¿Eres granjero?

—¿Granjero?— pareció confundido—. No— hizo una ligera pausa—. Soy mozo de cuadras. Trabajo en el castillo.

—¿En el castillo?

—Supongo que tampoco sabes dónde estás.

Ella sacudió la cabeza negativamente y él le dio el cuenco de caldo.

—Estamos en las tierras del duque de Bedford. ¿Ese nombre te dice algo?

—No, nada— se metió la cuchara en la boca—. Está delicioso.

—Es que soy buen cocinero— le ofreció una de las hogazas calientes y la miró, pensativo—. No creo que seas de esta zona, no te he visto nunca. En estos días no hay feria, así que otra opción menos. Si, como sospecho, estabas de paso, costará un poco más de tiempo localizar a tu familia— le miró las manos—. No parece que estés casada.

Ella bajó la cabeza para mirarse los dedos. Ni anillo, ni marca de haberlo llevado.

—¿Tú estás casado?

—No— negó con la cabeza—, aunque mi padre me está presionando para que lo haga.

—¿También trabaja en el castillo?— el caldo caliente le estaba sentando muy bien.

—¿Eh?— cada pregunta suya parecía pillarle por sorpresa—. Sí, claro. Lleva toda su vida sirviendo allí— se acercó a ella y le quitó el cuenco vacío, un poco molesto por tener que mentirle. Aunque, en su nueva circunstancia, tampoco estaba faltando a la verdad. Él trabajaba en las cuadras y su padre, como duque, siempre había servido desde el castillo a las personas que vivían y trabajaban en el ducado—. Y ahora que ya has comido, deberías dormir un poco.

—Parece increíble, pero sí tengo sueño. Y eso que he despertado hace poco.

Se volvió a tumbar en el jergón y se abrigó con la manta.

—Eso es porque has estado inconsciente, no dormida. Pero ahora que estás mejor, tu cuerpo pide un poco de descanso.

—¿Cómo sabes tanto sobre enfermedades?

—Mi madre estuvo mucho tiempo enferma antes de morir, así que aprendí mucho del médico que la atendió— se aseguró de que el fuego estuviese bien

alimentado—. Mientras tú descansas, yo voy a salir a poner unas trampas.

—¡Espera!— se sentó en el jergón—. Ésta debe ser tu cama. No puedo privarte de ella. Puedo dormir en el suelo si me dejas una manta.

—Por supuesto que no. Cuando vuelva de poner las trampas, cogeré heno y me haré otro jergón. Y, ahora, descansa.

Will salió de la cabaña y se dirigió hacia la parte trasera, donde estaba el pequeño cobertizo que usaba de establo. Su caballo levantó la cabeza cuando le vio entrar y relinchó.

—Hola amigo— con cariño, le acarició el hocico—. Vengo a por las trampas, en vista de que no hemos podido ir a cazar. Luego te robaré un poco de heno, pero te prometo que mañana traeré más del castillo.

Cogió las 4 trampas y fue a colocarlas. No quería tardar porque no quería dejarla sola demasiado tiempo, así que las puso cerca de las inmediaciones de su cabaña. Volvió rápidamente al cobertizo y cargó con dos balas de heno. Entró despacio a la cabaña y oyó la respiración acompasada de la joven. Parecía dormir apaciblemente, lo que le tranquilizó. Montó el jergón provisional al otro lado de la cabaña, para que ella no se preocupara si se despertaba y le veía demasiado cerca. Se acostó y se quedó mirando al techo, mientras pensaba en lo que haría al día siguiente.



—Buenos días.

Abrió los ojos al oír el saludo. Extrañamente, casi le parecía ya una voz familiar. Will la miraba sonriente.

—Buenos días. ¿He dormido mucho?

—No, para nada. Tengo que irme a trabajar y quería avisarte para que no te asustaras si te despertabas sola. ¿Has conseguido recordar algo?

—Me temo que no.

—Tranquila, ya recordarás. Hoy pediré que me dejen salir pronto para pasarme por el pueblo a ver si alguien te echa en falta.

—No quiero causarte ningún inconveniente, en serio.

—No tienes de qué preocuparte. La semana pasada se puso una yegua de parto y estuvimos toda la noche con ella. El encargado no tendrá problemas con darme hoy unas horas.

—¿La yegua está bien?

—Sí, perfectamente. Ahora tiene un precioso potro que la sigue a todas partes— le puso la mano en la frente para comprobar que no tenía fiebre—. Ahora acuéstate un poco más, cuanto más descanses, antes recuperarás la memoria. ¿Vas a estar bien sola?

—Sí, sí. Descansaré un rato más.

Will se tuvo que obligar a salir, aunque una parte de él quería quedarse con ella. En cuanto llegó a las caballerizas, fue directamente a hablar con Edward para salir antes.



—Edward, necesitamos los caballos.

—Ahora mismo los ensillo.

Ian miró a su alrededor.

—¿No está Will?— el encargado negó con la cabeza—. Entonces lo haremos nosotros, Edward. No se habrá puesto enfermo, ¿verdad?

—No, ha venido a primera hora, como siempre, y me ha pedido salir unas horas antes para encargarse de un asunto personal. Como la semana pasada estuvo toda la noche con el parto de Storm, le he dicho que se tome el día libre.

—¿Ha comentado de qué se trataba?

—No, milord.

—¿No te parece raro?— miró a su hermano, preocupado—. ¿Crees que puede tratarse de algún preparativo para irse ya definitivamente?

—Sólo han pasado un par de semanas— Rob parecía tranquilo—. Aún debe estar aclimatándose. Y, de cualquier manera, no creo que un solo día sea suficiente para organizar su vida lejos de aquí. Probablemente quiera pasar el día cazando.



Tenía todo el día libre, pero mantuvo su caballo a trote ligero hasta llegar a la aldea. Tenía ganas de acabar allí y volver a casa. A casa. Sonrió al darse cuenta de que era la primera vez que pensaba en esa cabaña como su hogar.

Cuando llegó a la aldea, paró delante de una casa de la que salía un apetitoso aroma. Se apeó y llamó a la puerta. Una preciosa adolescente con unos enormes ojos verdes abrió la puerta.

—Hola, Will. Ayer fui a cazar.

—¿Qué tal te fue?

—Bastante bien, aunque ha habido días mejores. Tengo una liebre para ti. Pensaba acercártela mañana al castillo, pero ya que estás aquí...

Dejó la frase inconclusa, su voz delataba la frustración por no haber podido ir al castillo y perder la oportunidad de encontrarse con Rob.

—Te lo agradezco mucho. Luego me la llevo— ya no insistía en que no tenía que darle una parte de su caza, era muy testaruda y se había empeñado en hacerlo como pago por haberle enseñado a usar el arco—. ¿Está tu padre?

—Está detrás, en el horno.

Fue al patio trasero rodeando la casa y vio al gigantesco hombre sacando una hornada de pan.

—Tiene una pinta deliciosa, como siempre.

—Es para el castillo, vendrán en un par de horas a buscarlo— se secó el sudor de la frente con un paño—. Pero no has venido a comer pan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque puedo leer dentro de tu mente y pareces preocupado— Will se sentó en el suelo—. ¿Es por tu padre?

—No, no tiene nada que ver. De hecho, no hemos vuelto a hablar desde que dejé el castillo. Hemos coincidido alguna vez, pero ni me ha mirado, como a cualquiera de sus siervos. Mis hermanos dicen que se le pasará, pero me da igual— no pudo evitar sonreír con tristeza—. Si te soy sincero, a veces dudo sobre si he hecho lo correcto, pero ahora mismo me siento feliz.

—Ya veo. ¿Entonces qué te ocurre?

—Ayer, cuando volvía del castillo, encontré a una mujer joven tirada a un lado del camino. Parece que se cayó y se golpeó la cabeza. La llevé a mi casa pero, cuando despertó, no recordaba quién es.

—¿Es de esta zona?

—No creo, yo no la conozco ni la he visto nunca. ¿Has oído algo sobre que haya desaparecido una mujer?

—Nadie ha comentado nada. Puede que esté de paso. ¿Cómo es?

—Tiene una voz suave, muy dulce. Y cuando sonrío, se le ilumina la mirada. Está muy preocupada por resultar una carga para mí— su amigo cruzó los brazos por encima de su delantal de cuero, sonriendo—. ¿Qué ocurre?

—Me refería al físico, por si la están buscando.

—Claro, en eso estaba— sonrojado, desvió la mirada al suelo—. Pelo y ojos castaños, piel muy blanca, delgada y no demasiado alta. Es muy joven y no es una mujer fuerte, por eso me extraña tanto que viajara sola.

—No es tan raro si el camino que ha hecho no ha sido muy largo. Puedes preguntar en alguna aldea cercana. ¿Iba a caballo?

—Si iba a caballo, se debió escapar.

—Saber eso nos daría una pista.

—Veré si se acuerda. Si oyes algo, mándame a Meg, como siempre.

—Esta vez no me hará el favor de llevarte un recado, a menos que te lo mande cuando estás trabajando en el castillo.

—¿Y eso?

—A veces eres un poco lento— su amigo se echó a reír—. Es una adolescente y está enamorada de tu hermano, por eso iba tan feliz al castillo a darte los mensajes. Ya no tiene ningún interés. Ahora está cazando más que nunca para poder llevarte tus piezas a las caballerizas. Pero no te preocupes, que te avisaré de todos modos. Aunque estoy seguro de que, antes o después, terminará recordando.

—Lo sé, pero supongo que habrá gente preocupada por su desaparición— suspiró y sacó una moneda de su bolsa—. Dame una hogaza de pan.

—Will, no voy a aceptar tu dinero.

—No puedes regalar el pan. Tienes una familia que mantener.

—No te preocupes por eso. No me voy a arruinar por una hogaza.

Will le miró fijamente, consiguiendo ponerle nervioso.

—No es una hogaza sólo, han pasado dos semanas desde que hablé con mi padre y aún no te he pagado nada. Siempre me dices que ya te pagaré más adelante— le vio removerse incómodo—. ¿Es mi padre?

—Mandó a su administrador a verme y me dijo que él se haría cargo de pagar lo que necesitases. Y no sólo a mí.

—Será...— apretó los dientes, totalmente furioso.

—Will, es tu padre. A pesar de vuestro desencuentro, se preocupa por ti.

—No, quiere seguir controlándome y haciéndome sentir que no valgo para nada. Ahora me gana mi sueldo, no necesito nada de él— le volvió a ofrecer la moneda, que el otro hombre, resignado, aceptó—. Díselo la próxima vez que le veas.

—Está bien.

—¿Qué significa esa sonrisa?

—Oh, sólo estaba pensando en lo testarudo que eres... igual que tu padre.

Will soltó un bufido mientras su amigo estallaba en carcajadas.

—Eso no ha tenido gracia.

—Es tu punto de vista.

—Necesito un favor. La joven no traía nada consigo, ni ropa, ni muda...

—Tranquilo, mi mujer te puede dejar algo para ella. Desde los embarazos

ha ensanchado y hay ropa que ya no le sirve.



Había seguido el consejo de Will y había descansado muchísimo. Calentó un poco de agua del pozo que había encontrado fuera y se lavó rápidamente. Una vez hubo acabado, miró alrededor buscando algo que pudiera hacer. Pensó en hornear pan, pero no recordaba cómo se hacía. Sería mejor que hiciera la limpieza. Cogió un trapo y empezó a quitar el polvo. Le llevó más tiempo del previsto ya que, aunque había pocos muebles, se molestó en mover todos los objetos que había. Cuando terminó, miró el resultado satisfecha. Ya sólo quedaba limpiar el suelo. Cogió la escoba que estaba en la esquina, al lado de la chimenea, y empezó a barrer. Casi inmediatamente se levantó una enorme polvareda que le hizo toser sin parar.

—¿Qué está pasando aquí?

—Will— se llevó una mano al pecho para intentar calmar los latidos de su corazón por el susto de verle aparecer de golpe—, no te esperaba tan pronto.

—El encargado me ha dado el día entero libre.

—Estaba intentado limpiar un poco para ayudarte en la casa.

Riendo, la cogió de la mano y la sacó fuera de la cabaña, dejando la puerta bien abierta para que se disipase el polvo.

—Debes salpicar el suelo con agua para evitar que se levante polvo.

—Veo que olvido las cosas más sencillas.

Su tristeza y frustración hicieron que él le acariciara la cabeza en un gesto cariñoso.

—Cuando menos te lo esperes, volverás a recordar todo. Mientras, yo te enseñaré todo lo que necesites. Y estaría bien ponerte un nombre hasta que recuerdes el tuyo. Así podré llamarte de alguna forma. ¿Qué te parece Mary?

—Es sencillo, me gusta. Eres muy bueno conmigo, pero no quiero ser una carga.

—No lo eres. Sinceramente, agradezco tu compañía. Te traeré agua por si quieres asearte un poco.

—Ya he descubierto el pozo cuando me he despertado.

—Entonces será mejor que entremos y comamos algo, debes de tener apetito.

—La verdad es que me muero de hambre.

El polvo ya se había dispersado pero se había vuelto a posar en los muebles.

—Traigo pan recién hecho y aún queda caldo. Y me han dado una liebre, así que luego haré estofado para la cena.

Will sirvió dos cuencos y los colocó en la mesa. Ella se sentó, cogió el pedazo de hogaza que le dio Will y metió un trozo en el caldo.

—Con este pan no necesito la cuchara para comer.

Observó cómo se metía el trozo empapado de caldo en la boca y cerraba los ojos con cara de satisfacción. Era tan distinta a las mujeres que conocía...

—He estado preguntando en la aldea— ella le miró interrogante—, pero no ha desaparecido nadie. Mañana, cuando acabe en las caballerizas, iré a una de las aldeas cercanas a preguntar. ¿Viajabas a pie?

Ella intentó recordar, pero no le vino nada a la mente.

—No lo sé— bajó la cabeza y se miró los pies—. Ahora que lo pienso, mi calzado es muy blandito, pero no siento que me duelan los pies. Igual iba en un

carro.

—Puede ser. Te caíste y el caballo siguió andando, por eso tampoco llevabas nada encima.

—Eso me recuerda que no tengo más ropa.

—He solucionado el problema— señaló con aire triunfal la bolsa que había dejado al lado de la puerta—. La mujer de un amigo me ha dejado algo de ropa que ya no le sirve.

—Te estás tomando muchas molestias. No voy a poder devolverte todo lo que estás haciendo por mí. He limpiado y, lo he hecho tan mal, que no ha servido para nada.

—Lo que importa es que lo has intentado.

—Ahora ya sé cómo se hace, así que la próxima vez lo haré mejor— volvió a untar el pan y se lo metió en la boca—. ¿Ocurre algo?

Will se dio cuenta de que se había quedado hipnotizado mirando su boca de nuevo. Le gustaba verla disfrutando de la comida. Sacudió la cabeza.

—No, es que estaba pensando.

—¿En qué?

—En ti— había respondido sin pensar y se intentó justificar, sonrojado—. Quiero decir, en tu situación. No sé si puedo hacer algo para ayudarte a recuperar la memoria, pero tengo claro que, aquí encerrada, no haces nada— se levantó, decidido—. Si has terminado de comer, vamos a dar un pequeño paseo. El aire fresco y estirar las piernas no te harán daño.

—Tienes razón. Siento todo el cuerpo entumecido.

Salieron fuera y Will se encaminó hacia una pequeña loma. Ella, a su lado, intentaba mantener su paso. El joven se dio cuenta y aminoró.

—Perdona, no estoy acostumbrado a pasear simplemente.

—No pasa nada— se puso a su lado—. Este sitio es precioso— miraba a su alrededor, embelesada.

—¿Te ves con fuerzas para un paseo largo?

—Estoy deseando ver esta zona.

Apenas hablaron. Se limitaron a andar. Will le señalaba lo que podía llamarle la atención. Mary se quedó muy quieta cuando vieron una ardilla, esperando pacientemente que el animal se confiara lo suficiente como para poder acariciarla. Will la observaba, sonriendo. No le sorprendió que, al final, el animal se escapara.

Cuando se iba acercando el final de la tarde, Will la llevó de nuevo de camino a la cabaña, y subió una pequeña loma.

—Es un lugar increíble— contempló desde lo alto cómo el sol se acercaba al horizonte para desaparecer—. Creo que recuerdo algo— se llevó una mano al pecho y Will la miró esperanzado—. He visto este atardecer antes.

El joven sonrió.

—Eso no es una gran ayuda. Supongo que el atardecer es igual en todos los lugares.

—No, no lo es. Una vez lo vi desde Londres y no era tan hermoso.

Calló de golpe, al darse cuenta de lo que había dicho. Con los ojos como platos, le miró.

—He recordado algo. He estado en Londres.

—¿Recuerdas qué hacías allí? Si naciste en Londres o estabas de paso.

Sacudió la cabeza, volviendo a frustrarse.

—No, sólo recuerdo el sol desapareciendo entre edificios.

—Vale, tranquila— la abrazó como si fuera una niña que había tenido una

pesadilla—. Al menos, has recordado algo. Eso significa que, poco a poco, vas a ir recordando más. Sólo necesitas estímulos.

Un ruido entre los árboles le puso en guardia y se giró hacia la amenaza, colocándola detrás de él para protegerla. Por costumbre, echó mano de la espada, para encontrarse con que no la llevaba. Contuvo una maldición para no asustarla aún más. De entre la maleza salió un enorme animal.

—Es un lobo— no pudo evitar que su voz sonara más alta y aguda de lo normal.

Ante su sorpresa, Will se relajó y adelantó una mano.

—No pasa nada, no es un lobo— el animal se acercó a su mano y la lamió—. Es uno de los perros del duque— acarició la cabeza del animal—. ¿Qué haces aquí, Furst? Si descubren que te has escapado se van a enfadar contigo— sonrió al ver que el perro se tumbaba a sus pies y se ponía boca arriba—. Vale, tramposo, yo hablaré mañana con los del castillo y te puedes quedar conmigo. Así, cuando yo esté trabajando, puedes cuidar de Mary.

Aterrorizada, miró al perro.

—¿Pretendes que me quede con esa bestia yo sola?

—Furst no es peligroso, es muy cariñoso y no hay nadie mejor que él para protegerte. Sólo tienes que dejarle que te huela la mano.

Con mucho cuidado, le acercó su mano al hocico. Furst le olió e, inmediatamente, le lamió los dedos.

—Puede que me cueste un poco acostumbrarme a él.

—Sin embargo, él se va a adaptar muy rápido a ti— la vio estremecerse por el frío y le pasó un brazo por los hombros—. Vamos ya dentro. Ahora que se ha ocultado el sol, empieza a hacer frío y no estás todavía fuerte. No quiero que enfermes.

El perro les siguió hasta la casa. Una vez dentro, se tumbó tranquilamente delante de la chimenea.

—Voy a preparar la liebre. No tardo nada.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Queda agua?

—No, pero puedo ir al pozo a por ella.

—No, de ninguna manera. Me encargo yo.

—Will, por favor, no me cuesta nada hacerlo— cogió el cubo.

—Yo también salgo, prefiero preparar el animal fuera.

Will se dedicó a desollar y limpiar la liebre, mientras vigilaba que ella estuviera bien. La luz empezaba a apagarse, pero aún podía ver la silueta de la joven llegar hasta el pozo. Observó cómo se inclinaba para sacar el cubo. Cuando la vio volver, se levantó.

—Voy a encender el fuego para que puedas empezar a calentar el agua y luego termino con esto.

Cuando tuvieron todo en la cazuela, se sentaron a la mesa.

—Tienes cara de cansada.

—Me ha sentado bien el ejercicio, pero sí me he cansado— miró un poco recelosa al perro, que estaba tumbado cerca del fuego—. ¿Seguro que no nos atacará?

—Furst es un perro muy leal – le tiró un trozo de pan, que el perro devoró—. Vamos a ver qué tal va el guiso.

En cuanto estuvo listo, sirvió los dos cuencos y comieron. Mary tenía más hambre del que había creído. Cuando terminaron, le sirvió otro cuenco al animal.

—Acuéstate. Yo voy al cobertizo— le dio la bolsa que había traído del

pueblo—. Entre la ropa que me han prestado, hay un camisón, para que duermas cómoda.

—Muchas gracias.

Will salió y ella sacó la ropa de la bolsa para evitar que se arrugara. Cogió el camisón y se cambió rápidamente. Se metió en la cama y decidió esperar a Will para hablar un rato. Sin embargo, para cuando él volvió, ella ya se había dormido.



III

Sentía un calor extraño. Intentó moverse, pero algo se lo impedía. Con curiosidad, abrió los ojos. Una enorme masa de pelo estaba tumbada sobre sus piernas. Se quedó quieta, intentando controlar el pánico. Su cerebro fue despertando y reconoció a Furst. No sabía cómo comportarse. Si le molestaba, igual la atacaba. Esperó sin moverse. Furst abrió los ojos y la miró. Al verla despierta, agitó la cola y se movió para acercarse a su cara. Cerró los ojos, rezando para que no le mordiera. De repente, notó humedad en las mejillas. Abrió los ojos y se encontró con la cara del perro pegada a la suya.

—Por favor, no me ataques— susurrando para no enfadarlo, le puso la mano delante del morro.

El perro se bajó de la cama y la miró, sin dejar de mover la cola.

—Vale, tranquilo— se levantó y se acercó a la mesa.

Will le había dejado un buen trozo de la hogaza de ayer y queso. Se sirvió agua y se sentó a la mesa. Furst se sentó junto a ella, sin quitarle la vista de encima.

—No sé qué quieres.

Probó a echarle un trozo de pan y el perro lo devoró. Notó que la tensión iba abandonando su cuerpo. Parecía que empezaba a relajarse con el perro. Con una sonrisa, le dio el resto de la hogaza.

—Ahora mismo no tengo nada más para darte, tendrás que esperar a que vuelva Will— se levantó de la mesa—. Voy a estirar las piernas y aprovecharé para traer agua fresca. ¿Quieres venir?

Como si pudiera entenderla, el perro se acercó a la puerta. Ella sonrió, parecía que no era difícil entenderse con él. Abrió la puerta y el perro salió corriendo. Ella fue hasta el pozo y bajó el cubo, para subirlo lleno de agua fresca. De repente, tuvo una idea, volvió a la cabaña y cogió uno de los cuencos. El perro seguía correteando alrededor del pozo. Echó agua en el cuenco y lo puso en el suelo.

—Furst, aquí tienes agua.

El animal metió el morro y bebió sediento. Cuando acabó, saltó alrededor de ella, feliz.

—Veo que tenías sed, pobrecito. ¿Qué te parece si nos vamos hasta la colina de ayer a dar una vuelta? Podemos coger flores y luego limpiaremos la cabaña para que Will se la encuentre bonita al volver de trabajar.

El perro ladró, un sonido fuerte y grave que le hizo pegar un salto por el susto. Luego se echó a reír.

—Vale, vamos.



—Will.

Se giró y vio venir a sus dos hermanos.

—Buenos días. ¿Necesitáis los caballos?

—¿Vas a ensillarlos tú?— su hermano Ian enarcó una ceja.

—Es mi trabajo— entró en los establos y sus hermanos le siguieron.

—Ayer no estabas en tu trabajo.

—Tenía algo que hacer y mi jefe me hizo el favor de darme el día libre.

—¿Cuándo vas a acabar con esto?

—Esto no es un capricho. He decidido cambiar de vida, ahora tengo yo las riendas de mi destino y me gusta.

—Will...

—Si lo piensas bien, Ian, esto te beneficia.

—No digas tonterías. Yo no quiero tu puesto. A ti te ha educado nuestro padre desde que naciste para sucederle. Yo no estoy preparado.

—Puede prepararte sin problemas.

—Pero no queremos ninguno de los dos. Él sabe que el único de nosotros que puede ser un buen duque, eres tú. Por no hablar de que ya ha empeñado su palabra. Eso es lo que más le preocupa.

—Eso no es un problema.

—¿Cómo crees que puede solucionarlo?

—Él prometió a su heredero para el casamiento. Lo único que tiene que hacer es repudiarme públicamente de una vez y nombrarte heredero a ti. A la novia no le importa en absoluto quién sea el novio siempre que a ella la convierta en duquesa.

—Hablas de ella como si la conocieras.

—No necesito conocerla. Conozco a esa clase de mujeres— cogió la silla de su hermano y la colocó sobre el caballo—. No es la mayor, por lo que perderá el título de su familia, y se muere por tener uno. Y tener al rompecorazones de la familia tampoco es un mal cambio.

—Aunque ése sea el caso— Ian se apoyó en la puerta abierta y cruzó los brazos sin dejarse provocar por el mayor—, no es fácil de arreglar. Si me nombrase heredero a mí, yo tendría que cumplir con tu compromiso. ¿Y qué pasaría con el mío? Pareces olvidar que, tanto Rob como yo, también estamos prometidos. De cualquier manera, nuestro padre tendría que romper uno de los compromisos. Y eso no lo va a aceptar. Puede tener muchos defectos, pero sabes que su palabra es sagrada. Nunca ha roto un pacto y esta situación le preocupa.

—Will— Rob, el pequeño, estaba ensillando su propio caballo—, no sé dónde está el problema. Sólo se trata de casarse, qué más da una mujer que otra.

—No, se trata de la imposición de nuestro padre. ¿Es que a ti no te importa que te haya elegido a tu futura esposa sin consultarte?

—¿Por qué iba a importarme? Yo me centro en mi preparación. El día de mañana tendré que casarme y él ya ha hecho la elección por mí. Y, conociendo a nuestro padre, habrá elegido lo mejor para nosotros.

—¿Y qué hay del amor?

Ian le miró como si estuviera loco.

—¿Amor?— sacudió la cabeza y se dirigió a Rob—. ¿Oyes cómo habla? Parece un loco. No es capaz de razonar.

—¿Estás enamorado?

La sencilla pregunta de Rob le hizo darse cuenta de que, en realidad, no sabía qué estaba empezando a sentir por Mary. Decidió que lo mejor era no responder directamente.

—Un día empecé a pensar en las personas enamoradas que he conocido y en lo felices que parecían.

—¿Puedes ponernos un ejemplo?

—Puedo— la imagen de sus padres le vino a la mente y sonrió—, pero no

quiero.

Ian tenía una expresión dubitativa y parecía a punto de dejar la conversación ahí pero, para desgracia de Will, a Rob no se le escapaba nada.

—¿Dónde la has conocido?

Conteniendo una maldición, Will se sinceró con ellos.

—La encontré desmayada en el camino antes de ayer. Se golpeó la cabeza y no recuerda quién es. Ayer pregunté en la aldea si la conocía alguien, pero no echan a nadie en falta. También he hablado esta mañana con el personal del castillo y nada. Quería acercarme luego a otras aldeas a ver si descubro algo, pero no me gusta dejarla sola tanto tiempo.

—¿Y qué tiene de especial? ¿Tan hermosa es?

—Es dulce, no deja de sonreír y está empeñada en ayudarme en lo que pueda para no ser una molestia.

—Pensábamos ir a cabalgar sin rumbo, sólo por alejarnos un poco del mal humor del duque. Si quieres, nos encargamos nosotros de preguntar.

—¿De verdad?

—Sí, pero tienes que arreglar las cosas con nuestro padre— Ian se montó en su caballo—. Está mayor y muy preocupado por ti.

—Intentaré hablar con él.

—Con eso me basta por ahora. Vamos, Rob, tenemos que ayudar a una dama en apuros.

Salió al patio para ver cómo se alejaban. Si ellos buscaban en los alrededores, él tendría más tiempo para estar con Mary. Pensó un segundo en lo feliz que le hacía eso y decidió no ahondar en el motivo.



—Mary.

Sorprendida al oírle llamarle desde fuera, asomó la cabeza por la puerta.

—Will— le vio montado a caballo, sonriéndole—. ¿Qué ocurre?

—Hace un sol increíble. Tengo una cesta de comida y conozco un sitio precioso. ¿Quieres venir?

Aceptó su mano y Will la subió a la parte trasera del caballo. Ladrande animadamente, Furst se unió a ellos.

—¿Este caballo es tuyo?

—Sí, lo tengo desde que era un potro.

—Pensé que los caballos eran animales muy caros.

—Sí— con destreza, guió al caballo—, lo son, pero éste me lo regaló el duque.

—Tiene que apreciarte mucho.

—Son muchos años en ese castillo. Iba a coger una yegua tranquila para ti, pero no sé si sabes cabalgar. ¿Te gustaría probar luego?

—A pesar de que me siento cómoda aquí arriba, este animal es gigantesco, no me veo capaz de controlarlo.

Will se maldijo por su estupidez. Si era extraño que un siervo tuviera caballo propio, más lo era que fuera uno de batalla.

—De cualquier manera, mañana traeré una montura para ti e iremos a cabalgar.

Llegaron a un precioso lugar, a la orilla del río. Al lado del agua había una gran piedra plana. Los árboles proporcionaban una agradable sombra.

—Esto es el paraíso.

Riendo, Will le ayudó a bajar del caballo.

—Aquí el río baja con menos ímpetu y forma una especie de lago— ella se acercó a la orilla—. Mis hermanos y yo aprendimos a nadar aquí. Nos encantaba venir y chapotear.

Sacó un bulto de la alforja. Extendió una manta sobre la piedra y colocó un pequeño festín sobre ella.

—¿Cuántos hermanos tienes?

Se sentó en la mullida hierba y Will lo hizo a su lado.

—Tengo dos hermanos pequeños— cogió el hueso que había traído y se lo dio a Furst.

—¿También trabajan en el castillo?

—El segundo sí está allí, pero el pequeño viaja mucho. Primero para recibir instrucción y ahora porque es un gran guerrero.

—¿Eso no lo hacen los nobles?

Otra metedura de pata. Tenía que tener cuidado si no quería descubrirse. Ocultar algo que ha sido parte de tu vida desde siempre era una tarea más ardua de lo que había esperado. No quería mentirle, así que sería mejor dar una información incompleta.

—¿Sabes qué era lo que más le gustaba hacer a mi hermano pequeño?— ella sacudió la cabeza, sonriendo—. Se hacía espadas de madera, se escondía detrás de las esquinas y, cuando nos oía llegar, salía de repente y nos golpeaba por sorpresa.

Se echó a reír.

—¿Qué edad tenía?

—Creo que unos 5 años. Ya tenía claro a qué quería dedicarse.

—¿A ti siempre te han gustado los caballos?

—Sí, desde que era un crío. Mi padre dice que tengo un don. Se me da bien entrenarlos. Aunque mi segundo hermano tampoco se queda atrás.

—¿Tus hermanos también son guapos?

Will la miró sorprendido y ella se sonrojó violentamente. Había hablado sin pensar, porque estaba muy relajada. Ese hombre provocaba ese efecto en ella, le hacía bajar la guardia.

—Mi hermano más pequeño se parece físicamente a mí, así que supongo que eso lo convierte en guapo según tu criterio.

—Te burlas de mí— le golpeó en el brazo, mientras él reía.

—Me gusta que seas tan natural. Habitualmente, las mujeres que conozco intentan aparentar lo que no son. Especialmente las mujeres nobles.

—¿Conoces mujeres nobles?

Si mordiéndose la lengua pudiera dejar de meter la pata, lo haría.

—Las veo cuando vienen de paso al castillo. Se comportan como si fueran las personas más importantes del mundo y miran a los demás por encima del hombro. Van tan estiradas, que parece que vayan a romperse.

—Pero no serán todas así, habrá excepciones, ¿no?— comió un poco de pollo frío, que estaba delicioso.

—No lo creo, las educan para que se crean especiales.

—A mí me dan pena. Tiene que ser horrible comportarse siempre de una forma que los demás consideren aceptable y tener que aceptar matrimonios concertados. Si quiero comer con los dedos puedo hacerlo, y esa clase de

libertad no la van a tener ellas nunca.

—No lo había pensado así. Supongo que también es duro para las mujeres.

—La verdad es que yo no las envidio. Pueden tener todo lo material que quieran, pero no son libres. Las criadas tienen mucha más libertad que ellas. No creo que los vestidos bonitos compensen por todo eso.

—¿Siempre te pones en el lugar de los demás?

—Me parece lo más justo, no me gusta criticar la forma de ser de nadie sin tener en cuenta sus circunstancias.

Will la miró como si pudiera ver dentro de ella.

—Nunca he conocido a una mujer tan justa como tú. Eres adorable y me encanta verte comer con los dedos.

—Si dices esas cosas, vas a hacer que me incomode.

—¿No te gustan los cumplidos?

—No, siempre me han hecho sentir incómoda. No me gusta la expresión que tienen los hombres cuando dicen ese tipo de cosas.

—¿No te gusta mi expresión ahora?

Ella le miró, sonrojada. Los ojos de él brillaban de una forma especial y eso le hizo ponerse nerviosa. Bajó la vista, avergonzada.

—La tuya sí me gusta.

Will cedió a su impulso y se inclinó sobre ella. La vio cerrar los ojos, pero no parecía asustada. Con delicadeza, posó sus labios sobre los de ella. Estaban tibios y un poco grasientos por la comida, pero Mary no parecía preocupada por eso, y Will pensó que eso le hacía aún más especial. Ahora tenía muy claro que no iba a volver a su antigua vida. Pero, ¿era correcto no contarle su pasado? A fin de cuentas, ella recuperaría en algún momento la memoria y él también debería ser sincero con ella.

Un golpe en la espalda le dejó sin aliento y le hizo separarse de ella. Furst se le había tirado encima para jugar.

—Eres un perro malo— cogió la rama que le ofrecía y la tiró lejos—. Empiezo a odiarle.

Ella se echó a reír.

—Creo que se sentía dejado de lado.

—Y yo creo que estaba celoso.

—¿Celoso?

—Sí, porque he conseguido que, por un momento, pienses sólo en mí.

—¿Eso no es un poco presuntuoso?

Como respuesta, volvió a besarla.

Para evitar asustarla, Will no intentó invadir su boca. Se limitó a mantener los labios suavemente presionados contra los de ella, haciendo alarde de un autocontrol que no sabía que poseía. Hacía muchos años que no daba un beso casto a una mujer que no fuera de su familia. Pero Mary era especial. A pesar de su actitud segura, se notaba que era totalmente inocente, pero no parecía asustada ni reaccionaba con un exagerado recato. Era natural y cada vez le gustaba más. Tenía que tener cuidado si no quería hacerle sufrir. Por ahora podía seguir con su actitud cobarde, pero llegaría el momento en el que tendría que enfrentarse a su destino y dar el paso que le llevaría de una forma irreversible a su nueva vida.

Poco a poco se separó de ella, que permaneció con los ojos cerrados un momento más.

—Eres muy hermosa, Mary.

El comentario sorprendió a ambos.

—No soy tan hermosa como las mujeres nobles que habrás visto.

Él sacudió la cabeza.

—Llevar ropa cara y joyas no las hace hermosas. Y ahora será mejor que me separe un poco o me va a costar demasiado no seguir besándote.

Se colocó al otro lado de la piedra. Sabía que esa distancia no iba a ser suficiente, pero tendría que bastarle. Sólo esperaba no terminar saltando por encima de la piedra para volver a besarla.

—No entiendo por qué no quieres sentarte a mi lado.

—Eres demasiado inocente, Mary.

—No soy tan inocente, pero no veo dónde está el problema por darse unos besos.

—¿Sabes dónde llevan los besos?

—¿A qué te refieres?

—A que si sigo besándote, voy a querer ir más allá.

—No creo que algo tan dulce y que hace que me sienta tan bien, sea malo.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Explícamelo.

Mary era demasiado insistente y eso iba a meterlos de lleno en un problema, porque su determinación empezaba a flaquear. ¿Sería él, un simple mortal, capaz de protegerlos a ambos de sus propios impulsos?

El ruido de caballos le puso en guardia pero, en vez de relajarse al reconocer a los jinetes, estuvo a punto de soltar una maldición. Aunque sus hermanos le habían salvado de sí mismo... por el momento.

—Will— sorprendido, Ian detuvo su montura—. ¿Qué haces aquí?

Las miradas curiosas de sus hermanos cayeron sobre la mujer sentada con

Will.

—Milord— se levantó, mirando suplicante a su hermano, que pareció entenderle—, ella es la mujer de la que os he hablado esta mañana. Hemos venido aquí porque la tranquilidad de este lugar puede estimular su memoria. Mary, ellos son los hijos del duque para el que trabajo.

Educadamente, ella se levantó e hizo una inclinación respetuosa.

—Por favor— Ian se apresuró a apearse del caballo, se acercó a ella y le sujetó la mano—, eso no es necesario. Es un placer conocerla, Mary.

Sonrojada, dejó que él le sujetara la mano.

—Mary no es mi nombre real, es el que me ha dado Will hasta que recupere la memoria.

—Lamento muchísimo la situación en la que se encuentra. Debe ser muy duro no recordar su nombre.

—No es una situación agradable, desde luego— incómoda por la forma en la que le miraba, deslizó con suavidad su mano de la del joven noble de los ojos grises—. Sin embargo, Will me está ayudando mucho.

—Tal vez estaría más cómoda siendo nuestra invitada en el castillo. Podemos consultar su problema con nuestro médico personal.

Ella se acercó un poco a Will.

—Os agradezco mucho el ofrecimiento, milord, sois muy considerado, pero estaré más cómoda en casa de Will. Además, no quiero ser una molestia para vos ni vuestro padre— miró a Will—. Si a él no le molesta que me quede, claro.

—Por supuesto que no, Mary. Ya sabes que me encanta tenerte conmigo.

—¿Y qué ocurre con el decoro?

Will miró a su hermano.

—¿A qué os referís, milord?

—No puedes alojar en tu cabaña a una mujer sin que todo el mundo empiece a hablar. No estaría bien que se manchara la reputación de esta hermosa joven.

Mary parpadeó, sorprendida.

—Yo no pertenezco a la nobleza. Esas normas de decoro son para mujeres de sangre noble, no para sirvientas y plebeyas.

—Tiene razón, Mary. Sin embargo, me han educado como caballero para proteger la virtud y el honor de todas las mujeres, y me cuesta mucho preocuparme por su situación. Pero creo que con Will estará bien, es un buen hombre.

La sonrisa de Ian era extraña, parecía estar disfrutando con la situación y Will no entendía por qué. ¿Y por qué estaba intentando llevarse a Mary? ¿Acaso la quería para él? Tenía suerte de que tuviera que mantener su papel de sirviente delante de Mary, porque estaba tentado de darle un buen puñetazo y borrarle esa arrogante sonrisa de la cara.

—Podéis estar tranquilo, milord, la cuidaré bien.

—Nosotros nos vamos— Ian volvió a montar—. Si necesita algo, hágamelo saber, Mary.

Se despidió con un gesto y se alejó, seguido de Rob.

—¿Así que esos son los hijos del duque?— Will asintió con la cabeza—. ¿Cuántos hijos tiene en total?

—Sólo esos dos— se le oprimió un poco el corazón al darse cuenta de que, en cuanto su padre le repudiara, ésa sería la verdad—. Ian, el que se ha presentado, es el mayor y, por tanto, el heredero. Robert es el pequeño.

—No pensé que un futuro duque pudiera ser tan natural y encantador— parecía pensativa—. Creí que serían personas un poco más inalcanzables, rodeados de guardias que les protegieran. ¿Es normal que los nobles

cabalguen solos?

—Están en sus tierras, no deberían tener problemas en la zona. Tampoco van desarmados y son caballeros del reino.

Mary pareció pensarlo un momento.

—No había pensado que serían muy capaces de defenderse solos— se dio cuenta de que Will parecía estar en otro sitio—. ¿Ocurre algo?

—No es nada. Ven, vamos andando hasta casa.

—Esta vez he conseguido dejar la cabaña limpia— Will se limitó a sonreír, así que ella se mantuvo en silencio también. Parecía estar sumido en sus pensamientos y prefirió no molestarle.



—¿Se puede saber qué ha sido eso, Ian?

—¿A qué te refieres?

—No has intentado ocultar siquiera el interés que ha despertado esa mujer en ti, hasta el punto de hacerla sentir incómoda.

—¿Te has dado cuenta de cómo se ha acercado a él de forma instintiva?

Ian estaba disfrutando y Rob no entendía por qué.

—Es una mujer hermosa, pero ni siquiera tú cruzarías esa línea tratándose de tu hermano. Y es obvio que a Will le gusta esa mujer.

Soltó una carcajada.

—Creo que ha estado a punto de golpearme.

—¿Querías descubrir su mentira para que ella se enfadara y así quitarle el motivo para huir de su destino?

—Rob, ya no estoy en absoluto preocupado por eso, sé que nunca voy a ser duque. Hoy me he quitado un peso de encima. Y no quería descubrirle, sabía que se contendría. Mary le gusta. Sólo quería ponerle un poco a prueba, estaba aburrido.

—Me estás ocultando algo.

—Siempre está bien guardarse un poco de información. Creo que me voy a divertir bastante.

—Pareces un loco, me das escalofríos— la carcajada de su hermano le hizo sonreír—. Espero que nuestro padre no se entere de la existencia de esa mujer.

—Igual eso es complicado. Will dijo que había preguntado en el castillo.

—Por el bien de los dos, más vale que ningún sirviente le vaya con la noticia. Al contrario que tú, yo sí creo que puede ser el motivo por el que Will no vuelva nunca a hacerse cargo del ducado.

—¿Porque se ha encaprichado de esa mujer?

—He visto a Will encaprichado antes. Y no parece lo mismo que siente por ella.

Ian le miró sin poder creerse lo que estaba escuchando.

—No puedes hablar así, tú no crees en el amor tampoco. Está encaprichado, eso es todo.

Rob le dejó decir la última palabra porque el tema de Will le afectaba más de lo que quería reconocer y pensar en que no fuera a volver a casa le hundía. Will siempre había sido su guía, su ejemplo, su confidente. Para Ian era muy duro y por eso parecía tan seguro de que Will iba a volver. Sólo esperaba que no cometiera ninguna estupidez para apartarlo de esa mujer.



IV

Esperaba que Ian no se pasara por las caballerizas, porque no estaba de buen humor. Esa mujer le importaba mucho y lo peor era que su hermano lo sabía. Cada vez que recordaba cómo había utilizado su encanto coqueteando con ella, se enfurecía más. Por su bien, sería mejor que no le viera, porque ahora no estaba Mary para que él tuviera que controlarse.

Había compartido un momento muy íntimo con ella y su hermano lo había estropeado. Habían vuelto paseando tranquilamente a la cabaña en silencio. Mary iba distraída mirando el paisaje y Will no había podido dejar de preguntarse si eran Ian y su caballeridad en quienes pensaba.

—¡William, despierta!

Sobresaltado, miró a Edward.

—Perdona, estaba distraído.

—Ya me he dado cuenta. Si no dejas de cepillar a ese caballo, terminarás provocándole heridas en la piel.

— Lo siento mucho, amigo — pasó la mano por el lomo del animal para asegurarse de que estaba bien—. No volverá a suceder— el caballo movió la cabeza hacia su mano, como si le entendiera.

—Tenemos trabajo, chico— Will hizo una mueca al oírle llamarle así. Ese

hombre le conocía desde que nació y para él nunca iba a ser más que un chico —. Rob va a partir y hay que preparar los caballos de sus hombres.

—¿Y el suyo?

—El suyo no hace falta— su hermano entró—. Visto lo distraído que estás, prefiero hacerlo yo mismo.

—¿Estabas fuera espiando para hacer tu entrada triunfal?

—No necesito espiarte para darme cuenta de que últimamente tienes la cabeza en otro sitio.

—No vendrá Ian, ¿no?

—No, que yo sepa. Me ha llamado el rey, necesita ayuda con una disputa entre nobles. Ian se queda aquí. ¿Le necesitas? Porque puedes enviar a alguien a buscarle.

—No, precisamente lo que no quiero es verle.

—¿Por lo de ayer?

—Estuvo coqueteando con ella, mi propio hermano. Espero no verlo. Ayer se libró de que le tumbara de un puñetazo porque no podía pegarle delante de Mary, pero hoy no se libraría— Rob se limitó a mirarle fijamente, de la forma que tanto le irritaba—. ¿Qué ocurre?

—Simplemente me sorprende un poco tu actitud.

—Porque no sabes lo que es estar enamorado. Cuando lo estés y alguien coquetea con tu mujer...— se quedó callado, con los ojos muy abiertos, dándose cuenta de lo que acababa de decir—. Estoy enamorado de esa mujer — se rió—. No sé nada de ella, pero me he enamorado. Y si te sorprende que quiera evitar que otro le ponga las manos encima...

—No me has entendido— su hermano no parecía sorprendido por su declaración—. Puedo entender que ella te provoque un sentimiento muy fuerte de protección. A fin de cuentas, durante toda tu vida se te han inculcado las

reglas de la caballería, y la protección de la gente a tu cargo es la más importante. Pero, precisamente por esa formación que has recibido, deberías recordar que un simple mozo de caballerizas no puede levantar la mano contra el futuro duque de Bedford. Qué diablos— Rob sonrió—, ni siquiera puedes tocarme a mí sin que haya consecuencias.

Will sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría encima.

—Creo que no he dejado de pensar en Ian y en ti como mis hermanos.

—Y yo creo que lo que te ocurre es que no puedes sacar de ti tu entrenamiento y esa sensación de que puedes hacer cualquier cosa por defender a tu gente. Y ya no tienes ese poder— le puso una mano en el hombro—. Puedes golpear a Ian si vuelve a molestar a Mary, pero que no te vea nadie, porque para nosotros siempre vas a ser nuestro hermano. Pero, si al final te quedas por aquí y formas una familia con ella, ten en cuenta que cualquier noble puede fijarse en ella. Si eso sucediera, recuerda que no puedes hacer nada, excepto decírnoslo a Ian o a mí para que nos encarguemos del asunto.

—No creo que pueda hacerme a un lado mientras otros protegen a Mary.

—Entonces es que igual, realmente, no estás hecho para la vida que crees que quieres— Rob le dio un abrazo—. Nuestro padre sigue confiando en tu vuelta, así que hazte un favor y replantéate de nuevo si, excepto por el hecho de tener a Mary contigo, eres feliz viviendo con tantas limitaciones.

—Antes tenía muchas más limitaciones.

Su hermano sacudió la cabeza.

—Antes tenías muchas obligaciones. Estaría bien que, a la hora de tomar una decisión irrevocable, tuvieras claros los términos.

Su hermano empezó a ensillar su montura, mientras Will hacía lo mismo con los caballos de sus hombres. Para la edad que tenía Rob, hablaba como un hombre mucho mayor. Su forma de razonar y exponer sus argumentos siempre había sido clara y directa. ¿Tendría razón? ¿Realmente se había centrado

únicamente en lo que no le gustaba de ser el heredero? ¿Y si dentro de un tiempo recordaba y añoraba las cosas buenas? Pero volver sería abandonar a Mary para casarse con la noble elegida por su padre. Y ya sabía que nunca, por ningún motivo, podría renunciar a ella.

Cuando Edward y él estaban terminando con las monturas, los hombres de su hermano empezaron a llegar para recogerlas. Su padre había dividido a los hombres de Will para incorporarlos a los ejércitos de sus hermanos. Reconoció a varios que habían cabalgado a su lado y no supo cómo actuar. Tal vez debería saludarlos, pero no tenía claro cómo debía comportarse. Uno de los hombres cogió las riendas del caballo que acababa de preparar y bajó la cabeza en un gesto de respeto. El resto hizo lo mismo y Will les sonrió, agradecido.

—Buen viaje.

—Gracias, señ...— el hombre dudó un momento—. William.



—Furst, tenemos que volver ya, Will no tardará— el perro volvió corriendo a su lado y dio vueltas alrededor de ella, que le acarició la cabeza riendo—. Tienes mucha energía.

Abrazó el ramo de flores que había cogido y empezó a andar, disfrutando del sol. No había pasado una buena noche. Aún recordaba los labios de Will sobre los suyos, había sido un momento precioso. Pero los hijos del duque habían roto la magia. Después de su marcha, Will se había mantenido en silencio y ella lo había respetado. Parecía preocupado por algo, así que se había limitado a caminar a su lado. Le hubiera gustado volver a montar con él, le gustaba tenerle tan cerca, pero Will parecía preferir caminar y había llevado el caballo de las riendas. Al llegar a la cabaña, le había dejado entrar sola para hacerse cargo del caballo. Ella había servido vino y, cuando Will volvió, habían compartido pan y queso. Le había preguntado sobre su niñez,

pero él había sido muy parco en sus respuestas. Mary, fingiendo un bostezo, había alegado que se encontraba muy cansada y se había acostado pronto.

Esa mañana se había ido a trabajar temprano. Esperaba que volviera de mejor humor y fuera como siempre. No soportaría volver a sentirlo tan frío con ella. No tenía claro si era por algo que hubiera hecho ella. Lo había pensado durante la noche, pero lo único que se le ocurría es que él no hubiera querido besarla realmente y ahora no supiera cómo comportarse con ella. Le había puesto en un compromiso al pedirle que la besara de nuevo. En cuanto volviera, ella se comportaría como si lo del día anterior no hubiera sucedido. Esperaba ser capaz de conseguirlo, aunque se moría de ganas de volver a estar entre sus brazos.

Suspirando apenada, llegó a la cabaña. Comió pan y queso, no le apetecía cocinar estofado. Lo haría un poco más tarde, para cuando volviera él a cenar. No estaba segura de que le fuera a salir sabroso, pero había visto cómo lo hacía Will y quería intentar hacerlo por él.

Cuando acabó con su frugal comida, salió a la puerta de la cabaña y levantó la cara hacia el sol mientras se sentaba en la mullida hierba. El perro se acomodó en su falda y ella le acarició distraída. Estaba cansada, apenas había dormido por Will. Se recostó en la hierba y cerró los ojos un momento. Su respiración se fue acompasando y, sin darse cuenta, se durmió.



Tenía miedo. Se ocultaba en las sombras para que no la descubrieran. Sabía que sólo iba a tener una oportunidad y no podía fallar. Oyó un ruido y se pegó a la pared. El frío de la piedra le caló hasta los huesos. Se cerró la capa y se abrazó con fuerza. Tenía que conseguirlo, su futuro dependía de ello.

—Mary, despierta— sobresaltada, se incorporó de golpe. Will la miraba preocupado—. Creo que te has quedado dormida y has tenido una pesadilla.

—Estaba aterrorizada— tembló al recordar la sensación que había tenido en el sueño—. Tenía muchísimo miedo.

Will la abrazó y le acarició la espalda.

—Sólo ha sido un mal sueño, ya ha pasado.

Su calor y su tono grave le fueron calmando. Su mejilla estaba apoyada en su hombro y se sentía reconfortada y a salvo. Se separó un poco de él y le miró, agradecida. Sus caras estaban a unos centímetros, se moría de ganas de besarle. Pero no quería hacerle sentir violento. Se soltó de su abrazo.

—Gracias, ya estoy mejor— se levantó con una sonrisa—. Te iba a preparar la cena, pero me he quedado dormida.

Will se levantó también, sintiéndose mal. Habían estado muy cerca, había tenido sus labios a unos centímetros y había querido besarlos. Pero ella, después de mirarle unos segundos, se había alejado de él. No quedaba nada del momento que habían compartido el día anterior y tenía miedo de que fuera por culpa de su hermano.

—Sólo hay que calentar el guiso de ayer.

—Yo lo haré.

Entraron y él se sentó a la mesa, mientras ella ponía la olla al fuego.

—¿Qué tal en el trabajo?

—Hoy hemos estado ocupados. Uno de los hijos del duque salía de viaje y había caballos que preparar.

—Me gustaría ver alguna vez el lugar donde trabajas— pareció pensar un momento—. ¿Crees que podría pedir trabajo en el castillo?

—¿Trabajo?

—Claro, no quiero permanecer ociosa mientras tú trabajas tanto.

—No hace falta que trabajes, yo puedo encargarme de ti.

—Pero no quiero ser una carga. A fin de cuentas, no somos familia ni nada. No estaría bien que me mantuvieras.

Will recibió sus palabras como una bofetada.

—Date un poco de tiempo, aún. Si en unas semanas sigues sin saber quién eres, pediremos trabajo en el castillo para ti.

—Me parece bien. Mientras tanto, a ver si consigo aprender a cocinar y a hacer cosas útiles.

—No creas que puedo enseñarte demasiado en eso. Sólo cocino cosas muy básicas aunque me salen sabrosas— era lo único que había tenido que aprender porque sólo cocinaba cuando estaba de viaje con sus hombres y acampaban.

—Me basta con saber lo básico. Supongo que el resto podría aprenderlo en el castillo.

—Bueno, ya veremos lo que ocurre en el futuro.

La joven se levantó y se acercó a él para mirar más de cerca el movimiento de sus manos. Will notó que la tensión se apoderaba de él.

—Pareces muy tenso— le puso una mano sobre el hombro—. Déjame que intente relajar tus músculos.

Deslizó ambas manos por sus hombros, presionando ligeramente. Puede que no fuera buena idea estar tan cerca, pero le apetecía tocarle. Bajó hasta la mitad de su espalda, notando la dureza de sus músculos. El calor de su cuerpo parecía traspasar la tela de la camisa que llevaba y quemar sus manos.

Will notó que le temblaban las manos al trocear el conejo y tuvo miedo de cortarse. Esa mujer no sabía lo cerca que estaba de hacerle perder el control. Al sentir sus manos sobre su espalda, casi había saltado del banco. Sus caricias le estaban volviendo loco, tenía que acabar con eso.

Se levantó de repente, asustándola.

—Será mejor que eche ya el conejo en la cazuela.

—Sí, por supuesto.

Definitivamente, él no quería tener ningún contacto con ella. La había acogido porque le daba pena, estaba desvalida, pero eso era todo.

Se volvió a sentar, abatida. Miró su espalda, mientras encendía el fuego y suspiró.

—Un día de éstos tal vez quieras ir a la aldea.

—Sería genial— cogió las flores que había cortado durante su paseo y empezó a hacer una diadema—. Tal vez pueda recordar algo en un lugar con más gente.

—Pasado mañana traeré una yegua para ti.

—¿Y si al final no sé cabalgar?

—Entonces compartiremos de nuevo mi montura.

En ese caso, tal vez sería mejor no saber cabalgar. Puede que él no quisiera tocarla, pero ella iba a hacer lo posible por estar cerca de él. Y si para eso tenía que mentir respecto a lo de saber cabalgar, lo haría.



—Buenos días.

William ni siquiera se giró a mirar a su hermano.

—Buenos días, señor— su tono era excesivamente frío y formal—.

¿Deseáis que prepare vuestra montura?

Ian parpadeó, sorprendido.

—¿Qué te ocurre, Will?

—Nada, señor.

—¿Es por lo del otro día? Sólo estaba bromeando. Sabes que jamás seduciría a una mujer en la que tú estés interesado. Y era obvio que ella te interesaba.

—¿No pudiste pensar que, al verte tan caballeroso y solícito, Mary se podría enamorar de ti?

—¿Enamorarse de mí?— soltó una carcajada hasta que se dio cuenta de que su hermano estaba hablando en serio—. ¿No estabas bromeando?

—Para nada. Desde que desplegaste tus encantos ante ella, su actitud ha cambiado. Se muestra ausente y no me ha vuelto a pedir que la bese. Está distante conmigo.

—¿Te ha pedido alguna vez que la beses?

—No, no es eso. Un momento antes de que aparecierais, la besé. Cuando me separé de ella, me dijo que le gustaría que siguiera besándola, pero me negué.

—¿Te negaste?

Will no pudo evitar sonreír ante la confusión de su hermano.

—No sé nada de su vida, no puedo tomar su virginidad de una forma tan inconsciente.

—No sabes si es virgen.

Pensar en que otro hombre hubiera tocado a Mary antes que él volvió a ponerle de mal humor.

—Eso no importa. Has destruido mi futuro junto a ella.

—No creo que se haya enamorado de mí por haber sido considerado con ella. Y, si así fuera, esa mujer no te conviene en absoluto. Yo mismo ensillaré mi caballo.

—¿Te vas de viaje?

—No— sonrió irónico—, no vas a tener la suerte de perderme de vista tanto tiempo.



Se despertó con una desagradable sensación de agobio. La frialdad en su relación con Will le desestabilizaba. Quería recuperar la memoria para saber quién era y de dónde venía, pero no se había planteado un futuro lejos de Will. Pero ahora que su relación había cambiado tanto de forma incomprensible, no se sentía cómoda dejando que le mantuviese y necesitaba encontrar la forma de valerse por sí misma. Will le había dicho que no tuviera prisa, pero estar tan cerca de él y sentirlo tan lejos le hacía daño.

No desayunó, no tenía hambre. Le sirvió a Furst sobras del estofado de conejo y se entretuvo limpiando un poco. Luego salió al aire libre para jugar con el animal. Para que hiciera deporte, le tiraba un palo para que fuera corriendo a buscarlo. Pero cuando lo traía de vuelta, no le gustaba soltarlo, le hacía a ella tirar y luchar con él por recuperarlo. La joven apenas se podía creer que, tan solo unos días antes, le hubiera tenido miedo.

Vio venir corriendo a Furst y se preparó para quitarle el palo. Lo cogió de un extremo y tiró con fuerza, justo en el momento en que Furst lo soltaba. Cayó hacia atrás, lanzando un grito del susto. Cuando dio con la espalda en el suelo, se quedó un momento mirando el palo que tenía en la mano y soltó una carcajada. Furst, moviendo la cola, se echó sobre ella, intentando lamerle la cara.

—No, Furst— casi no podía hablar de la risa—. Para, por favor.

—¡Furst, quieto!

El perro obedeció al momento y ella se sentó, buscando el origen de esa VOZ.

Su sorpresa fue mayúscula al ver al heredero del duque.

—Buenos días, Mary— se apeó del caballo y Furst se acercó a saludarle—. Veo que tiene un buen guardián.

—Buenos días, milord— se levantó rápidamente e hizo una reverencia.

—Llámeme Ian, por favor.

—Os lo agradezco, mas no sería correcto. ¿Habéis venido a ver a Will?

—No, sé que está en nuestras caballerizas. He estado hablando con él— se quitó los guantes de cuero—. Sólo venía a ver si necesitaba algo.

—Sois muy amable, pero no me atrevería a pedir nada.

—Will es muy importante en mi familia y, si él decide ayudarla, me gustaría colaborar.

Lo pensó un momento, dudando, pero decidió no tomarse la confianza que ese hombre le ofrecía.

—No necesito nada, gracias.

El hombre sonrió, cruzándose de brazos.

—Mary, he podido ver su indecisión. Sé que hay algo que ha estado a punto de pedirme. No me conoce, pero le prometo que puede confiar en mí. Puedo conseguirle cualquier cosa que desee.

—Desearía recuperar la memoria— sonrió, con tristeza.

—Acaba de enseñarme una buena lección, no soy omnipotente.

—No pretendía insultaros, lo he dicho sin pensar.

—Por favor, Mary, no se disculpe. No estoy acostumbrado a que nadie fuera de mi familia me haga ser consciente de mis limitaciones— su sonrisa abierta confirmaba que no estaba ofendido—. Aún así, estoy seguro de que tiene que haber algo en lo que pueda ayudarle, Mary.

—Me gustaría recordar cómo se cocina para sorprender a Will y que no tenga que preocuparse de hacer la comida cuando llega de trabajar.

Ian soltó una estruendosa carcajada.

—En eso tampoco puedo ayudarle— se secó las lágrimas—. Usted no es buena para mi autoestima. Yo había pensado en algo como conseguirle ropa nueva.

—Will ya se ha encargado de eso.

—Puedo pedir a mi cocinera que prepare algo sencillo y se lo traigan mañana. Puede decirle que lo ha cocinado usted.

Ella le miró fijamente, ladeando la cabeza.

—Eso sería mentir.

—Pero es una mentira pequeña. ¿Usted nunca ha mentido?

—Por supuesto que no, milord.

Ian pareció un poco preocupado, pero se repuso al momento y volvió a sonreír.

—Está bien. Si no se lo dice a nadie, especialmente a Will, puedo hacer una cosa por usted. Cuando viajo con mis hombres, a veces cocino. No es nada muy elaborado— por primera vez desde que lo conocía, Ian parecía un poco avergonzado—, sólo guisos y cosas así, pero dicen que no lo hago nada mal. Puedo enseñarle, si quiere.

—¿No sería una molestia?

—Claro que no. ¿Acepta entonces mi oferta?

—No veo por qué no— dudó un momento—. Will me ha contado que se crió en el castillo. ¿Lo conocéis bien?

—¿A Will? Por supuesto.

—¿Sabéis entonces cuál es su comida preferida?

Una sombra de tristeza empañó durante unos segundos la mirada del joven.

—Es la misma que la mía: las gachas que nos hacían para cenar cuando éramos niños.

—¿Podéis enseñarme a prepararlas?

—Sí, no son difíciles de hacer. Vamos dentro.

Mary le precedió al interior de la cabaña.

—Vaya, es muy acogedora— Ian paseó la mirada y ocultó una sonrisa al ver el segundo catre al otro lado de la vivienda—. Supongo que en esa alacena Will guarda la comida.

Mary asintió con la cabeza.

—Decidme en qué puedo ayudaros.

—Mary, ¿realmente va a seguir tratándome de esa manera tan formal? Voy a cocinar para usted.

—No me siento cómoda si no os trato con el respeto que merecéis.

—¿Es mejor si se lo ordeno? Porque, en ese caso, te ordeno que me trates como a un igual.

Ella sonrió y agachó la cabeza.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Pásame el caldero, yo lo llenaré de agua. ¿Puedes encender el fuego?

Mary obedeció mientras él iba hacia el pozo. Había ido para descubrir si su hermano tenía razón y ella se había enamorado de él. Y lo primero que le pedía ella era que le enseñara a cocinar el plato preferido de Will. Definitivamente, su hermano era un idiota.



Will se puso tenso al ver el caballo de Ian delante de su cabaña. ¿Qué hacía allí? Rápidamente se bajó de su montura y entró. Vio a su hermano y a Mary sentados a la mesa, comiendo y hablando animadamente.

—Milord, ¿qué hacéis aquí?

—Vine a ver si Mary necesitaba algo, y ha tenido la amabilidad de invitarme a comer.

—Ian me estaba contando algunas anécdotas de cuando erais pequeños.

—¿Ian?

—Le he ordenado que me tutee— al ver la cara que ponía su hermano, se puso de pie—. Bueno, creo que ya he abusado demasiado de tu hospitalidad. Mary, en una semana me iré de viaje pero, cualquier cosa que necesites, pídesela a Will.

—De acuerdo. Que tengas un buen viaje.

—Muchas gracias. ¿Me acompañas fuera, Will?

—Por supuesto, milord.

Cuando salieron fuera, Will bajó la voz para que Mary no pudiera oírle.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya te lo he dicho, he venido a ver si podía ayudar.

—Deja a Mary tranquila, no quiero que te acerques a ella. No sé qué estás planeando pero, aunque seas mi hermano, no voy a consentir que le pongas una mano encima. Te lo digo en serio, Ian.

Con una sonrisa que Will no entendió, su hermano cogió las riendas de su caballo y montó.

—Will, yo no soy tu problema. Por lo que he podido ver de tu doncella, odia la mentira con todas sus fuerzas. Deberías ir pensando en hacerte cargo de tu herencia, porque cuando ella se entere de quién eres, te abandonará. Y entonces, viendo lo que sientes por ella, ya te dará igual con quién te quiera casar nuestro padre.

—No voy a perderla. Haré lo imposible por ella.

—Veo difícil que puedas mantener una mentira semejante durante toda tu vida. Antes o después lo descubrirá y se irá. Recuerda mis palabras— espoleó a su caballo y, mientras se alejaba, giró la cabeza y le gritó—. Tal vez deberías volver a besarla.

Will permaneció de pie, viéndole alejarse.

Empezaba a preocuparse. No entendía el juego de su hermano, porque eso sólo podía tratarse de un juego por su parte. Desde niños les gustaba competir por todo, menos en cuestión de mujeres. Eso nunca les había parecido un juego. No se podía considerar a ninguno de los tres hijos del duque feos, todo lo contrario. Sin embargo, Ian era, con diferencia, el más atractivo. Sus ojos grises eran profundos y estaban enmarcados por unas espesas pestañas oscuras. No era tan alto como Will y Rob, pero cuando entraba en un salón conseguía que las miradas de todas las mujeres se centraran en él sin esfuerzo. A eso había que sumarle el don especial que tenía para tratar con ellas. Con apenas dos palabras, conseguía hacerles sentir especiales y únicas.

Y, aún así, nunca les había quitado una mujer adrede ni a sus hermanos ni a su mejor amigo. Por eso Will no entendía qué tramaba ahora con Mary. Si volvía a aparecer por ahí, olvidaría su farsa y le partiría su preciosa cara de un puñetazo.

Cuando volvió a entrar, Mary estaba sirviendo un cuenco para él.

—Espero que te guste, es mi primer intento en la cocina.

Will sonrió al ver su cara esperanzada.

—Huele muy bien, tiene que estar muy sabroso. ¿Has recordado cómo cocinar?

—No.

Le extrañó una respuesta tan lacónica.

—¿Entonces has experimentado?

—Tampoco— se mostraba esquiva.

—Me tienes intrigado.

—Es que prometí no desvelarlo.

—Entiendo— se puso alerta, aunque intentó que no se le notara. Ahora Mary compartía secretos con su hermano—. Si no me lo quieres contar...

Usó un tono lastimero para hacerle sentir culpable. Sabía que era un truco sucio, pero a veces no quedaba más remedio.

—No es que no quiera— se mordió el labio—. Tienes razón, te has portado tan bien conmigo, que no es justo que tenga secretos para ti. Ian sabe cocinar, nada muy elaborado, platos básicos, y se ha ofrecido a enseñarme.

—Ya veo— miró su cuenco y le sorprendió ver que eran gachas. De inmediato, su cabeza voló hasta su madre y la recordó en la cocina, ante las protestas de la cocinera, para hacerles las gachas a sus hijos. Las probó con

cautela pero, ante su sorpresa, estaban muy buenas—. Esto está muy rico. Te felicito, lo has hecho muy bien.

Ella sonrió, encantada, aunque un poco triste. No sabía por qué, pero Will seguía estando muy lejos de ella. Había hecho su plato preferido, y no le había comentado nada. Decidida a saber el motivo, se sentó a su lado mientras él devoraba el cuenco.

—Quiero hablar contigo de algo.

—Te escucho.

—Noto algo extraño desde antes de ayer, desde el momento en que conocí a los hijos del duque— Will se puso tenso, aunque ella no se dio cuenta porque estaba centrada en buscar la forma de decir lo que quería—. Es una sensación. Igual ni siquiera es algo real y son imaginaciones mías.

—Mary, puedes contarme cualquier cosa— vio que ella no encontraba las palabras para continuar y, aunque sabía que no le iba a gustar lo que le iba a decir, decidió ayudarla. No podía verla así—. Te sientes atraída, ¿es eso?

Totalmente sonrojada, asintió.

Will contuvo una maldición. ¿Por qué tenía que destrozarle la vida su propio hermano? Eso no se lo iba a poder perdonar nunca. Le había arrebatado a Mary y había conseguido que se enamorara de él, sabiendo que no tenía intenciones de casarse con ella porque él ya estaba prometido. Y aunque no fuera así, era el hijo de un duque. Iba a hacerle daño a la mujer de la que él estaba enamorado.

—Lamento tener que decírtelo, pero esa historia es imposible.

—¿Por qué?— los ojos de ella mostraban su dolor—. No entiendo por qué me dices eso. Pensé que era recíproco.

—Ian siempre se muestra encantador con todas las mujeres que conoce. Lo hace sin querer, aunque no tenga la más mínima intención de tener una relación con ellas.

—¿Ian? Yo no me refería a él.

El alivio que sintió le relajó los hombros, aunque sólo fue momentáneo.

—Si no hablas de Ian, ¿a quién te refieres?

—Oh, dios mío, sabía que me lo había imaginado todo— escondió la cara entre las manos, avergonzada—. No te sientes atraído por mí.

—¿Que yo no me siento...?— parpadeó, sin poder creerse lo que oía—. ¿Te referías a mí?

—¿A quién si no?

—¿Cómo puedes creer que no me siento atraído por ti? ¿Por qué crees que te besé?

—No lo sé, pero has estado muy frío desde entonces.

Por toda respuesta, Will la abrazó y la besó.

—Te puedo asegurar que me siento muy atraído por ti— las palabras susurradas contra sus labios, le pusieron la carne de gallina—. Si he mantenido las distancias desde ayer es porque no puedo controlarme cuando te tengo cerca.

—¿Controlarte?

Will se limitó a volver a besarla, aprovechando para introducir su lengua dentro de su boca. Mary se sorprendió al sentir la intromisión. No tenía muy claro lo que debía hacer, pero dejó de pensar y se limitó a actuar por instinto. Su lengua se movió contra la de Will, que la abrazó aún más fuerte, estrechándola contra su cuerpo. Sin apenas esfuerzo, Will la levantó y la colocó sobre su regazo, sentada a horcajadas. En esa posición, Mary podía sentir claramente el cuerpo de él. El calor se empezó a hacer insoportable y sentía palpitaciones en lugares que no podía nombrar sin perder el decoro. Las manos de Will subieron por su espalda y una de sus palmas se abrió sobre su nuca, para mantenerla bien apretada y que no pudiera escapar, como si ella pudiera ser capaz de separarse. La otra mano se fue deslizándose hacia adelante,

hasta que se ahuecó sobre uno de sus pechos. La sorpresa del contacto hizo que Mary soltara un gemido.

Con la respiración totalmente agitada, Will se separó un poco de ella.

—¿Entiendes ahora por qué necesito alejarme de ti? No soy capaz de resistirme cuando te tengo cerca.

—Puede que yo no quiera que te resistas.

—No sabes lo que estás diciendo, Mary. Piensa que no recuerdas nada de tu vida anterior. ¿Y si tienes un prometido que te está esperando?

—Will, no sé si alguien me está esperando, lo que te puedo decir es que no he sentido nunca nada como lo que siento estando contigo, porque es tan maravilloso que me acordaría. Estas sensaciones que despiertas en mí cuando me miras o me tocas, no se pueden olvidar.

Volvió a estrecharla fuertemente contra él.

—No dejes que te vuelva a besar, por favor, porque de lo contrario no podré detenerme.

Mary sujetó su cabeza con ambas manos y le miró fijamente a los ojos.

—No me importa el pasado ni el futuro, sólo este maravilloso presente junto a ti. Bésame, te lo suplico.

Cerrando los ojos, Will sostuvo una lucha interna que resultó ser demasiado corta.

Volvió a besarla con hambre, sabía que ya no había marcha atrás. No iba a poder parar, ya no. Y lo más preocupante es que tampoco quería detenerse. Se moría por estar dentro de ella.

La levantó sin dejar de besarla y la depositó suavemente sobre el jergón.

—Mary, ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

Sin abrir los ojos, ella asintió con la cabeza.

—Will, por favor.

Algo le decía que no era una buena idea porque, probablemente, Mary no era consciente de lo que iba a suceder. Por amor de Dios, si ni siquiera sabía si aún era virgen. ¿Y si la lastimaba?

Al notar sus dudas, Mary colocó su mano en la mejilla de Will y le miró a los ojos.

—Sé lo que te preocupa, pero te aseguro que no me voy a arrepentir. Confía en mí.

—Está bien— se puso en pie, se quitó la camisa y vio cómo ella tragaba saliva.

Mary no podía apartar la vista. El cuerpo de Will estaba muy bien formado. La piel bronceada, muestra de jornadas de trabajo con el torso descubierto, la tenía hipnotizada. Sus músculos se ondulaban con cada uno de sus movimientos al quitarse las calzas. La determinación de Mary flaqueó al verle totalmente desnudo.

—Pareces preocupada.

—Creo que ahora me siento más valiente que preparada. No sé lo que tengo que hacer.

—Te dije que estaba dispuesto a enseñarte todo lo que necesitates. Sólo tienes que pedírmelo.

—Enséñame, por favor.

Esas tres palabras le inflamaron la sangre aún más. Se tumbó sobre ella. El contacto de su piel desnuda contra la tela del vestido de ella le excitó. Mientras volvía a besarla, le dobló una de las piernas y su mano se deslizó por el muslo de ella, a la vez que iba subiéndole la falda. Estaba aplazando todo lo posible el momento de tocar su piel desnuda, porque no estaba muy seguro de poder tratarla con el tacto que necesitaba.

Mary le acarició la espalda, provocándole un escalofrío por el contraste de sus manos tibias sobre la piel caliente. Sintió cómo la falda iba resbalando por sus piernas hasta arremolinarsse en su cadera. Era una sensación nueva para ella, pero no sintió vergüenza al estar desnuda de cintura para abajo.

Will acercó su mano al centro de ella, que jadeó sorprendida al notar la caricia.

—¿Qué haces?

—Me estoy asegurando de que estás preparada para mí— le recorrió el cuello con besos mientras sus dedos jugaban con los pliegues húmedos—. Quiero verte desnuda, Mary.

Con manos temblorosas, Mary tiró de su vestido hacia arriba y arqueó la espalda para poder quitárselo. La camisola siguió el mismo camino.

—Eres muy hermosa.

Sonrojada por su desnudez y el piropo, se limitó a cerrar los ojos.

Cuando Will volvió a abrazarla, esta vez piel contra piel, sin tela que se interpusiera entre ellos, las sensaciones se multiplicaron. Sus dedos volvieron a jugar con delicadeza con su palpitante botón.

—Quiero ser cuidadoso contigo, pero te deseo demasiado.

Una mano sujetó una de las piernas de Mary y la colocó a la altura de su cadera. Ella sintió su miembro viril apretado contra su humedad. Will se separó lo justo para guiarlo con la mano hasta la apretada entrada, y se mantuvo allí unos segundos, dándose valor. Poco a poco, empujó para ir penetrándola.

Mary se puso rígida al notar la intrusión, pero apretó los dientes y decidió ser valiente. Will se merecía que ella se sacrificara un poco. Todo el placer que sus dedos le habían hecho sentir, se convertía ahora en un molesto dolor.

Will, consciente del cambio en el cuerpo de Mary, se quedó quieto.

—Mary, sólo tienes que pedirme que pare y lo haré.

Le miró y vio el esfuerzo que estaba haciendo él para controlarse.

—Estoy bien, en serio.

Como no parecía muy convencido, decidió terminar ya con aquello y levantó ambas piernas para rodearle la cadera y, con un movimiento rápido, se pegó a él. El lacerante dolor que sintió duró sólo unos segundos.

—No deberías haber hecho eso— Will temblaba por el esfuerzo de mantenerse quieto.

—No ha sido tan desagradable. Ya casi no duele.

—¿Que no ha sido desagradable? Mierda, lo debo estar haciendo muy mal, porque debería ser increíble.

El orgullo herido de él casi le hizo reír.

—Al menos, ha sido corto.

—Mary, esto aún no ha terminado. Sólo estoy esperando a que te acostumbres a tenerme dentro.

—¿Cuánto se tarda?

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación— sacudió la cabeza, con una sonrisa—. Cada vez tiene una duración distinta, ya lo irás aprendiendo.

—¿Vas a querer repetir?

Will no pudo contenerse y soltó una carcajada.

—Tendrás que matarme si no quieres que vuelva a poseerte, porque si antes tenía ganas, ahora que te he probado, sé que me va a costar tener las manos lejos de ti. Pero te voy a demostrar lo mucho que se puede disfrutar. ¿Te sientes mejor?

—Ya no me duele.

—Está bien, relájate.

Poco a poco, Will empezó a moverse, intentando no aumentar la molestia de la joven. A pesar de que sentía que se moría, aguantó el ritmo lento.

Mary se sorprendió cuando las palpitaciones volvieron a ser agradables. El roce que le provocaba el miembro de ese hombre le estaba produciendo un calor que amenazaba con hacerla arder. Su cuerpo empezó a moverse solo, meciéndose con él, saliendo al encuentro de sus embates. Will fue acelerando el ritmo y ella se dejó llevar. De repente, unas contracciones amenazaron con partirla en dos. Asustada, gritó el nombre de Will, mientras su cuerpo estallaba en mil sensaciones. Abrazándola con fuerza, él también llegó al orgasmo.

Cuando sus cuerpos se relajaron de nuevo, Will se tumbó a su lado y colocó su pecho contra la espalda de Mary.

—¿Ha sido malo?

—Reconozco que al final ha mejorado bastante.

La carcajada de Will era contagiosa.

—Deberías dormir un poco. Vas a estar dolorida.

—Entonces mañana será mal día para montar a caballo, ¿no?

Will parpadeó, sorprendido por su sentido del humor. La abrazó con fuerza, con una sonrisa, y le dio un beso en la coronilla.

—Me gusta que seas capaz de decir cosas que me sorprendan. Pero me temo que tienes razón, mañana puede que no sea la mejor idea. Pero podemos ir al pueblo dando un paseo, no está lejos.

—Me gustaría mucho. Igual encuentro a alguien que me reconozca, aunque sea de haberme visto pasar— se apretó entre los brazos de Will y bostezó, satisfecha—. Estás muy calentito— levantó la cabeza, de repente—. ¿Dónde

está Furst?

—Está esperando su comida.

—Pobrecito— se levantó y se puso el vestido por la cabeza, sin ponerse la camisola—. Ahora te doy la comida— el perro movió la cola, animado—. Aún no se ha puesto el sol, deberíamos llevar a Furst a dar un paseo.

—¿Seguro que no prefieres descansar?

—Will, estoy bien. No creo que andar un poco me haga daño.

—Está bien— se empezó a vestir—. Pero si te encuentras mal, avísame.

—Por supuesto— acarició la cabeza del animal, mientras esperaba a que Will acabara de vestirse—. Si me encuentro mal, dejaré que te comportes como un auténtico caballero.

Esa palabra removió la conciencia de Will. Acababan de compartir algo íntimo y especial y él seguía sin conseguir ser sincero con ella. ¿De qué tenía miedo? Sólo tenía que decirle quién era realmente. Las palabras de Ian vinieron a su memoria. Aunque ella odiara las mentiras, tampoco se podía decir que hubiera mentido. Aunque le hubiera ocultado que era el primogénito del duque, en todo lo demás había sido sincero. Actualmente trabajaba en las caballerizas del castillo y su padre no tardaría en repudiarle públicamente. Su decisión, después de conocer a Mary, era irrevocable. Nada podía impedir ya que la tomara por esposa. Iban a tener hijos y los criaría fuera del claustrofóbico ambiente del castillo. Así que, ¿por qué no le contaba la verdad?

—¿Qué estás pensando?

—En que podíamos ir colina abajo, para que veas un poco más de esta zona.

Abrió la puerta y Furst salió corriendo. Ofreció su mano a Mary y salieron juntos.



V

Estás despierta?

Mary sonrió con los ojos aún cerrados cuando sintió el aliento de Will sobre su oreja. Su espalda estaba pegada al pecho de él.

—No, sigo dormida.

—¿Y no quieres despertarte?

—No, estoy teniendo un sueño demasiado maravilloso.

Will le mordisqueó la oreja, haciendo que se le pusiera la carne de gallina.

—¿Puedo hacer algo para convencerte de que te despiertes?

Con una sonrisa malvada, respondió:

—No lo creo.

La mano de Will se deslizó por su tripa y siguió bajando hasta llegar a su zona más íntima.

—¿Estás segura?

Mary se mordió el labio mientras, en un movimiento involuntario, su cadera se adelantaba hacia la mano de él.

—Puede que no me importe despertarme ya.

Will empezó a besarle el cuello. Se moría de ganas de estar dentro de ella, pero sabía que debía estar dolorida. La humedad en sus dedos le estaba volviendo loco, pero iba a ser generoso y a dejar atrás su propia necesidad. Acarició su cuello con la lengua, disfrutando al ver cómo se erizaba la piel de ella. Se le escapó un suspiro mientras los dedos de Will jugueteaban con su botón.

Se arqueó contra su mano, buscando una liberación que no llegaba.

El joven se tomó su tiempo, quería hacerla disfrutar, quería hacerle ver lo importante que era para él su felicidad.

—Will.

Apenas había susurrado su nombre, pero él lo oyó como si lo hubiera gritado. Deslizó el dedo dentro de ella, provocándole las primeras oleadas de placer. Aceleró el ritmo, mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y se dejaba llevar. Sus gemidos dieron paso a un sonido gutural y ronco que a Will le pareció el sonido más sexy que había oído nunca. Sintió cómo temblaba y se ponía rígida justo antes de derramarse en sus dedos.

Con una sonrisa, le besó la oreja.

—Daría una fortuna por no tener que ir a trabajar y poder quedarme contigo.

—Si yo tuviera esa fortuna, te la daría.

Will sonrió y la besó.

—Intenta dormir un poco, vendré en cuanto pueda.

—Ya te echo de menos.

Volvió a besarla, le costaba dejarla.

—Quítame ya las manos de encima y déjame irme.

La joven soltó una carcajada.

—Vete ya.

Riendo, Will se vistió rápidamente.

—No voy a poder dejar de pensar en ti.

Besándola por última vez, salió de la cabaña. Iba de muy buen humor y con una gigantesca sonrisa. Cuando llegó al castillo, llevó su caballo hasta las caballerizas.

—Buenos días, Edward.

—Pareces de buen humor hoy.

—Porque lo estoy.

—Puede que en breve dejes de estarlo. El señor quiere hablar contigo.

—¿He hecho algo mal? ¿Ha habido alguna queja?

—Por mi parte ninguna. Supongo que se tratará de asuntos familiares. No le hagas esperar.

Un poco preocupado, se dirigió hacia el patio interior. Antes de llegar a la escalinata, apareció su padre.

—William, llegas a tiempo. Necesito comentarte una cosa, ven conmigo.

Le siguió en su camino hacia la zona de entrenamiento. Siempre había mucho ruido allí a esas horas de la mañana, pero ese día era especialmente fuerte.

Cuando llegaron entendió el motivo: había muchachos nuevos y, lo que les faltaba de técnica, lo suplían con sus ganas.

—¿Ha vuelto a aceptar entrenar a los futuros caballeros del reino?

—El rey me hizo la sugerencia— dijo esa palabra con un leve énfasis, ya que las sugerencias del rey eran más bien órdenes camufladas—, pero no busca que lo haga yo. Quiere que lo haga Robert. Por otro lado, luego parece olvidarse de ello y le pide que vaya cuando él lo necesita. Estos polluelos llegaron ayer y Robert aún tardará en volver.

—¿Y se va a ocupar Ian?

—Ian está muy atareado preparando su viaje. Aunque, a decir verdad, está más centrado buscando el regalo perfecto para su futura mujer que asegurándose de que su espada está bien afilada.

—Tiene claro lo que quiere y lo que necesita para conseguirlo.

—Bueno, en teoría ya tiene un título: el tuyo.

—Aún no se lo ha terminado de creer, ya que todavía no me ha repudiado.

Su padre decidió no hacer comentarios sobre eso, así que decidió ir al tema al que quería llegar.

—Veo que ya no llevas espada— por toda respuesta, Will se encogió de hombros—. ¿Qué tal es eso de no llevar cinto?

—Se anda más ligero. Además, los criados no podemos llevar armas.

—Pero sí te llevaste una.

—Espero que no le importe. Le tengo mucho cariño a esa espada.

—Por supuesto que no me importa, es tuya— miró un rato a los entusiastas jóvenes—. ¿Te gustaría volver a luchar?

—¿A qué se refiere?

—Eres un soldado, igual que tus hermanos. Se te dan muy bien los caballos, eso es innegable, pero no puedes dar la espalda a lo que eres.

—He tomado una decisión.

—Has decidido renunciar a tu herencia, pero un soldado nunca deja de serlo. Te contraté porque te necesitaba en las caballerizas. Pero ahora tengo una urgencia. Hasta que Robert vuelva, necesito que entenes a estos cachorros. Yo ya no tengo paciencia para eso.

—¿Entrenarlos?

—Te pagaré más. Y sólo te necesitaré hasta que vuelva tu hermano.

—¿Se sigue entrenando sólo a la mañana?

—Somos de costumbres fijas, ya lo sabes.

—Y cuando vuelva Robert, ¿volveré a las caballerizas?

—Por supuesto. Tienes trabajo hasta que tú quieras.

Will lo pensó un momento. Era cierto que todavía echaba mano a la espada de vez en cuando, sin recordar que no la llevaba. No le vendría mal entrenar un poco con la excusa de enseñar a esos futuros caballeros. Además, daba igual lo que hubiera dicho Rob, si tenía que defender a Mary, lo haría.

—Está bien, los entrenaré. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Ahora mismo. Avisaré a Edward de que has aceptado el cambio.

Se dio media vuelta y echó a andar, dejando allí a Will. La segunda parte de su plan ya estaba en marcha. Sabía lo difícil que era para un hombre de acción renunciar a una vida de lucha. Esperaba que William se diera cuenta de cuánto lo echaba de menos.

—¿Cuántos habéis entrenado antes de venir aquí?— la voz fuerte de su hijo le llegó alta y clara mientras se alejaba y sonrió, sabiendo lo que iba a decir después de una breve pausa para que todos levantaran la mano—. Ya podéis ir olvidando todo lo que os han enseñado. Aquí vais a aprender a luchar de verdad.

Aunque hacía ya unos años que no aceptaba aspirantes, sus hijos habían estado años oyendo las primeras frases que les dedicaba a los nuevos y las

habían hecho suyas. Definitivamente, William estaba hecho para esa vida. No se arrepentía de haberle dicho al rey que le mandara aspirantes de nuevo.



Le dolían músculos que ya no recordaba, pero había disfrutado muchísimo. Volver a blandir una espada le había traído muchos recuerdos, como la primera vez que su padre le había dejado la suya y había comprobado lo mucho que pesaba. En ese momento había sentido la frustración propia de un niño que cree que nunca será lo suficientemente fuerte para blandir una espada. Algunos de los muchachos que habían ido a casa de su padre apenas podían sujetarla tampoco, los más pequeños usaban ambas manos. Habían mirado asombrados los movimientos fluidos y rápidos que había hecho Will para enseñarles cómo atacar y defenderse. Les esperaba un duro entrenamiento y unos avanzarían más rápido que otros, lo que unido al cansancio iba a hacer que alguno quisiera abandonar. Pero era lo lógico y lo que esperaba. Ya se enfrentaría a eso cuando llegara el momento. Bueno, lo haría Rob, que para entonces ya habría vuelto. Tenía que recordar que esa parte de su vida era pasada y sólo estaba haciendo eso temporalmente. En unas semanas como muy tarde, volvería a las caballerizas.

Mary se acercó corriendo en cuanto le vio acercarse y él frenó su montura y se apeó, abriendo los brazos para recibirla en ellos.

—Vuelves pronto.

—Durante unos días voy a volver un poco antes.

—¿Qué tal hoy en el trabajo? Espero que no haya caído ningún animal enfermo.

Will se puso rígido durante unos segundos. No podía contarle a Mary que le habían puesto a entrenar a futuros caballeros, eso era tarea de nobles, no de siervos. Decirle que había estado en la caballeriza, sería mentirle. Y hasta

ahora había hecho muchos esfuerzos para no mentirle. Simplemente se había limitado a hablarle de su vida actual y pasar de puntillas y sin detalles por su infancia y adolescencia. Así que no sabía qué decirle. Lo único que podía hacer era cambiar de tema.

—He pensado que podíamos olvidar lo de ir a la aldea hoy e ir a nadar al lago.

—No creo que yo sepa nadar.

—Yo te puedo enseñar— la abrazó—. Te puedo asegurar que no te voy a soltar para nada.

Ella rió.

—Entonces de acuerdo.

Fue a llevar su caballo a la cuadra mientras Mary entraba en la cabaña y cogía algo de comida y vino para su excursión.

Caminaron abrazados. Will le contó cómo había aprendido a nadar con sus hermanos y ella se había reído con ganas.

—Me extraña que no terminarais ahogados.

Will sonrió.

—No será porque mi hermano pequeño no lo intentara.

Llegaron al mismo sitio donde se habían encontrado con los hijos del duque. Will se quitó la camisa, dejando su musculoso pecho al aire.

—¿Qué estás haciendo?

La miró, confuso por su tono de alarma.

—Me estoy desnudando. No creerás que íbamos a nadar con la ropa puesta, ¿no? No es la mejor forma de flotar en el agua.

—¿Y si viene alguien?

—Nunca pasa nadie por aquí, no es una zona de paso.

—El otro día pasaron los hijos del duque. Sería embarazoso.

—No te preocupes— empezó a quitarse las calzas—. Es muy difícil que hoy se dejen ver. Robert está de viaje y Ian se está preparando para el suyo. Y sólo usan este atajo cuando no van acompañados de soldados— una vez desnudo, corrió hacia la orilla y se zambulló en el agua—. Date prisa, me muero de ganas de abrazarte desnuda aquí.

La joven miró alrededor un poco insegura. Oía el chapoteo de Will, pero le daba miedo que alguien apareciera y les sorprendiera. Al final, se sacó el sencillo vestido por encima de la cabeza, y se descalzó, pero no se quitó la camisa. Se acercó despacio, un poco vacilante, y metió los pies en el agua. Por un momento, Will sintió que se le secaba la boca. La camisa blanca de ella dejaba ver su silueta al trasluz, haciéndole parecer una etérea ninfa. Aguantando la respiración, esperó a que ella se fuera metiendo en el agua y avanzara hacia él, mientras la suave tela se arremolinaba alrededor de su cuerpo. Le daba miedo hacer un movimiento y que ella desapareciera. Sonriendo ante su propia estupidez, se acercó despacio a ella y alargó la mano. Mary se sujetó a él, confiada. Will la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Quieres probar a ver si puedes flotar?

—Siempre que no me sueltes.

Will extendió los brazos.

—Túmbate aquí.

—¿Pretendes que me tumbe en tus brazos?

—Estoy intentando enseñarte a nadar.

Con un suspiro, Mary se dio un poco de impulso y se tumbó sobre los fuertes antebrazos del joven. Era una sensación extraña estar flotando sobre el agua, sintiendo cómo los músculos de Will se ondulaban bajo ella.

—¿Peso mucho?

—Eres una carga muy ligera. Tienes que estar relajada. Respira profundo y ahora mueve las manos y los pies.

Mary intentó hacerlo, pero su camisa se enredaba en sus piernas, dificultándole el movimiento.

—Es muy difícil.

—Llevas demasiada ropa.

—Olvídalo, no pienso desnudarme. Sería demasiado embarazoso si nos sorprendiera alguien.

—Va a ser complicado que puedas aprender a nadar así.

—Entonces no entraré en el agua a menos que estés tú para sujetarme— luchó para incorporarse y Will le ayudó. El agua en esa zona le cubría hasta el pecho, y su melena flotaba alrededor de ellos—. Está demasiado profundo.

La atrajo hacia sí y la besó. Un beso profundo y apasionado. Mary se abrazó a él, pegando su cuerpo al suyo. Will acarició sus muslos por debajo del agua y subió las manos lentamente. Cuando llegó a su culo, puso las manos debajo y la elevó, haciendo que ella se sujetara a él cruzando las piernas a la altura de su cadera.

—Eres perfecta para mí— esas palabras susurradas en su oído le pusieron la carne de gallina.

—Tú me haces perfecta.

Totalmente descontrolado, Will la besó con hambre al tiempo que guiaba su miembro hasta la entrada femenina y la penetraba de un solo movimiento. El jadeo de Mary le inflamó aún más la sangre. Ella se aferró a él con fuerza mientras Will aceleraba sus embestidas. Mary se echó hacia atrás, dejando que el agua la meciera, mientras Will la sujetaba con firmeza de la cadera. Los gestos tensos del joven denotaban su esfuerzo por esperar a que ella se

desahogara. Deslizó el pulgar para acariciar el pliegue de ella, provocando una oleada de placer que la hizo gritar mientras se convulsionaba. Con una última embestida, se derramó dentro de ella, cerrando los ojos.

Mary sintió que su cuerpo volvía a relajarse. Will seguía sujetándola, y ella se quedó un rato disfrutando de la sensación de estar flotando en el agua. Se sentía ligera y muy segura.

—¿Estás bien?— asintió con la cabeza—. Será mejor que volvamos a la orilla.

Cogiéndola en brazos, avanzó lentamente. Su camisa, completamente mojada, no dejaba nada a la imaginación. Al pisar el césped, la dejó en el suelo, para extender la manta que llevaban. Le hizo un gesto para que se sentara.

—El sol te ayudará a secar la ropa.

—No te preocupes, puedo quitármela.

Ante la mirada ávida de Will, se quitó la camisa por encima de la cabeza y la dejó caer al suelo. Rápidamente, se puso el vestido, por miedo a que alguien pudiera verla. Una vez con la ropa seca, se sentó en la manta. Will se sentó a su lado y le acarició el cabello.

—Tumbate, se secará más rápido— Mary le obedeció y él esparció su larga melena por la hierba—. Me encanta tu pelo. Brilla muchísimo.

Mary sonrió y cerró los ojos, disfrutando de sus caricias y del calor del sol.

—Podría quedarme dormida sin problemas.

—Puedes hacerlo, ya sabes que tu ángel de la guarda va a velar por ti.

—Lo sé. Confiaría mi vida a ese perro.

—¿Al perro?— empezó a hacerle cosquillas mientras ella gritaba y reía sofocada—. Esas palabras te van a costar caras.

—Furst, ayuda.

Al oír su nombre, el perro se lanzó sobre Will para separarlo de ella, sorprendiendo a ambos.

—Veo que has conseguido que te jure lealtad. Ahora ya sé que estarás en buenas manos cuando yo esté trabajando.

Con una sonrisa, Mary hundió la cara en el pelaje del perro mientras le abrazaba.

—Y yo cuidaré de él.



Volvía contrariado. Llevaba varios días entrenando a los jóvenes y, a pesar de su experiencia, había cometido un error y uno le había golpeado. Sabía que eso significaba que Mary iba a verle el golpe e iba a preguntarle cómo se lo había hecho. No se parecía en nada a una coza. No quería mentirle pero ese golpe iba a provocar preguntas. Podía evitar quitarse la camisa... Sacudió la cabeza: estaba claro que no iba a poder mantenerse vestido con ella.

—Will.

Se giró sorprendido al oír el grito de Mary. Bajaba corriendo la colina, con Furst saltando a su lado. Apenas le dio tiempo a apearse del caballo y abrir los brazos para recibirla antes de que ella se le tirara encima.

—¿Qué haces aquí?

—Dar un paseo. Me aburría pasear siempre por el mismo sitio. Y con Furst estoy segura. ¿El castillo está en esa dirección?

—Sí, pero no deberías acercarte allí— lo único que le faltaba era que le

viera en el campo de entrenamiento dando órdenes a jóvenes nobles—. El duque y sus hijos entrenan a los hijos de otros nobles y no es un sitio seguro para una joven atractiva.

—¿Soy atractiva?

Will se echó a reír. Esa mujer no dejaba escapar ni una oportunidad para tomarle el pelo.

—No, eres muy fea, pero a mí me gusta tu interior.

Riendo, Mary le dio un beso.

—Tienes cara de cansado. Podemos ir andando tranquilos y pasar el día en la cabaña.

—Te estás volviendo muy descarada— intentó separarla de él—. Quítame las manos de encima, me estás pervirtiendo.

—Perdona, no era mi intención— se separó de él y puso su cara más inocente—. Será mejor que volvamos, estoy un poco cansada.

Con un gesto lánguido, levantó los brazos sobre su cabeza para estirar bien el cuerpo, adelantando su pecho de forma exagerada. Lanzando una maldición, Will la cogió y se la echó al hombro, haciéndole gritar de la sorpresa.

—Vas a lamentar haberme provocado de esa forma.

—Bájame. No puedes llevarme así hasta casa.

—¿Sigues provocándome?

Mary lanzó una carcajada.

—No, mi señor.

—Eso ya me gusta más— la bajó al suelo y le dio un profundo beso. La cogió de la mano y con la otra sujetó las riendas de su caballo—. La verdad es que estoy un poco cansado hoy. Me apetece estar sin hacer nada.

—Si quieres ir a caballo...

—No, estoy bien, me gusta pasear contigo.

Will parecía realmente cansado y estaba poco hablador, así que Mary se mantuvo en silencio, disfrutando de su cercanía. Su relación había cambiado mucho. Al contrario que su silencio de los primeros días, éste no era incómodo. Algunos días, después de cenar, se quedaban abrazados delante del fuego, en silencio, disfrutando de su mutua compañía.

Cuando llegaron a la cabaña, Will se llevó su caballo y Mary se sentó a esperarle delante de la puerta. Levantó la cara al sol y Furst se tumbó a su lado. Cuando el joven volvió, se dejó caer junto a ella.

—Tumbate, la hierba está muy alta— le empujó un poco para animarle a hacerlo y colocó sus pies sobre su falda—. Relájate— con esfuerzo le quitó las botas y los calcetines—. Te voy a dar un masaje.

Will se incorporó de repente.

—No, no lo hagas. Llevo todo el día con las botas puestas.

—No pasa nada, estoy preparada— con una sonrisa, le enseñó el cubo y el lienzo que estaba a su lado.

Mojó el lienzo y frotó una pastilla de jabón en él. Con suavidad, le lavó los pies.

—Buf— el suspiro de Will demostraba el placer que estaba sintiendo—. Esto es sumamente agradable.

—Te mereces que te cuide un poco, trabajas mucho— le secó los pies y empezó a darle un masaje, empezando por los dedos—. He estado dándole vueltas a algo.

—¿Sí?— su tono era monótono, estaba demasiado centrado en el placer que estaba sintiendo.

—Creo que debería presentarme en el castillo, aprovechando la

amabilidad del Ian, y pedir trabajo— Will se incorporó sobre sus antebrazos—. Sé que vas a decirme que no es necesario, pero yo me sentiría mucho más útil.

—No es un buen lugar para ti.

—¿Por qué no?

Sus movimientos hipnóticos sobre sus pies hacían que le costara mucho concentrarse en la conversación que estaban teniendo.

—Ya te he dicho que hay demasiados jóvenes allí. Los nobles tienden a divertirse con las criadas. No estarías segura.

—Pero estoy contigo y ellos te aprecian.

—No eres mi mujer. Si alguno de esos hombres te agravia, no puedo solicitar una compensación.

—¿Una compensación?

Quitó los pies de su mano y se sentó para que ella pudiera ver lo serio que era ese tema.

—Si alguien se propasa contigo, puedo defenderte si eres mi mujer. De lo contrario, te defendería igual, pero sería castigado.

—Yo sólo quiero ayudarte. No meterte en problemas.

Will le sujetó la mano y le miró directamente a los ojos.

—Si pudiera, me casaba hoy mismo contigo. Pero, por ahora, lo más importante es que recuperes la memoria. Quiero hacer las cosas bien.

Dejando caer las lágrimas, ella le besó.

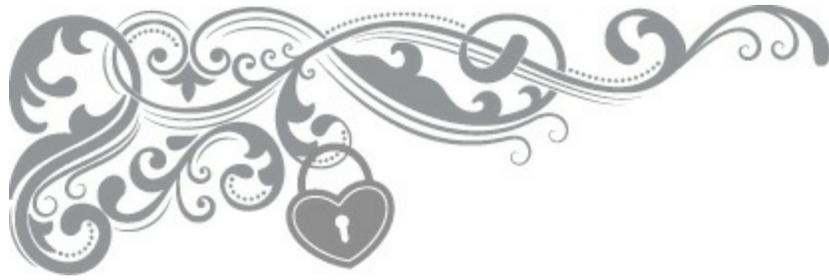
—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo. De no recuperar nunca la memoria. Y de recuperarla y descubrir algo que impida que podamos estar juntos.

—Nada va a impedir que estemos juntos, Mary. Me enfrentaré a cualquiera que se oponga a que nos casemos. Y si en un par de meses no has recuperado la memoria, nos casaremos igualmente— la besó mientras secaba sus lágrimas con el dedo—. Hasta entonces, deja que cuide de ti.

Ella asintió con la cabeza.



VI

Se puso rápidamente la camisa, por si ella se despertaba. Había conseguido esconderle el feo moretón que le había provocado un futuro caballero durante varios días, aunque no había sido fácil. Apenas le había tocado hasta que no había caído la noche. Había jugado con las sombras que provocaban las llamas de la chimenea para esconder el golpe. Y una noche se había dejado la camisa puesta, pero no parecía que ella se hubiera dado cuenta. La piel estaba volviendo ya a su color natural, pero no quería arriesgarse.

Furst levantó la cabeza al verle ir hacia la puerta, pero no se levantó. Will sonrió sabiendo que, en cuanto él saliera, el perro se levantaría y se subiría al catre para estar con Mary. Ese animal adoraba a la joven.

Se dirigió al castillo lo más rápido posible. Le había prometido a Mary llevarla a la aldea por fin, así que le dijo que estuviera preparada pronto. Él no se iba a quedar a trabajar. Había decidido planificar una mañana de tiro con arco, llevaba unos días enseñándoles su uso y hoy dejaría al capitán a cargo de las prácticas con diana. Iba a dejar de ser egoísta, ya había disfrutado mucho tiempo él solo de Mary. Se merecía estar con más gente.

Dejó el caballo en el establo y, al pasar cerca de la entrada camino al campo de entrenamiento, se encontró con Ian, que salía en ese momento.

—Vienes muy pronto. Los cachorros aún están desayunando.

—Lo sé, pero hoy no me quedo a trabajar.

—¿Disculpa?

—Me has oído perfectamente, Ian.

—¿Estás enfermo?

—No, pero quiero llevar a Mary a la aldea.

—¿Qué opina tu jefe?

—No le importará.

—¿No eres el encargado del adiestramiento?

—Llevan unos días entrenando con el arco. Voy a organizar el circuito de dianas para que afinen la puntería. Vuestro capitán puede encargarse de que se esfuercen. Yo quiero probar a ver si el contacto con más gente estimula los recuerdos de Mary.

—Puedes llevarte un carro.

—Había pensado en llevarme una yegua para ella. Creo que sabe cabalgar, aunque no se atreve con mi caballo. Pero las veces que ha montado conmigo parece cómoda, como si la postura le resultara natural. Si resulta que al final no sabe cabalgar, iremos andando. Le gusta pasear.

—¿Una mujer a la que le gusta andar? Eso es nuevo.

—Lo sé, es totalmente distinta a esas nobles malcriadas.

—Vuelves a hablar como si las conocieras a todas.

—Ian, estoy demasiado contento para que consigas molestarme.

La sonrisa de su hermano mayor le sorprendió.

—Hacía tiempo que no te veía así. Casi das escalofríos.

Will soltó una carcajada.

—Ya puedes ir haciéndote a la idea de que vas a ser duque, porque no voy a volver nunca.

—Nunca es mucho tiempo. No sabes lo que pasará mañana.

—Lo que sí sé es que mis sentimientos no van a cambiar.

—Pero no sabes ni quién es. Igual descubre que está casada.

—No lo está.

—Está bien, como tú digas. Yo voy a ordenar que ensillen mi caballo. Tengo que ir de viaje.

—¿Vas a ver a tu prometida?

—No, esta vez no creo que pase por sus tierras. Me libraré de las conversaciones sobre guerras y tierras de mi futuro suegro.

—¿Nuestro padre aún no ha roto tu compromiso?

—No, y algo me dice que, al final, no tendrá que hacerlo.

—Ya veremos. Me marcho a pasar el día con mi futura esposa.

—Nos veremos a mi vuelta.

Will vio irse a su hermano un poco irritado. Esa seguridad que tenía en que él volvería a hacerse cargo del ducado era frustrante. Cuanto antes tuvieran claro que no lo haría, antes podría solucionar su padre el problema con su compromiso. Tendría que elegir qué futuro aliado sería el menos peligroso como enemigo y romper uno de los tres compromisos.

Se volvió hacia la entrada del castillo. Tenía que hablar con su padre y hablarle de Mary y sus intenciones con ella. Pero al mirar hacia el cielo y ver ese resplandeciente sol, decidió dejarlo para otro día. Cuanto antes fuera a buscar a Mary, más tiempo podrían disfrutar en la aldea.



—Es un sitio precioso.

Mary no podía dejar de mirar las casitas dispersadas de la aldea mientras se apeaba de la tranquila yegua que le había traído Will. Giró, feliz, mientras intentaba imaginar la vida de las personas que las habitaban.

—Hola, Will— una adolescente se acercó a ellos—. Iba a ir a verte, pero me has ahorrado el viaje— no parecía contrariada por no poder ir al castillo, pero luego recordó que su hermano aún no había vuelto—. Tengo algo para ti.

—Meg, te presento a Mary. Mary, esta encantadora joven es la que el otro día me regaló la liebre.

Al mirar a la preciosa rubia que tenía delante, un recuerdo vino a su cabeza y cerró los ojos. Una niña parecida a Meg, pero ricamente vestida, le sujetaba la mano y tiraba de ella. Le hacía correr por un laberinto de pasillos de piedra. No tenían miedo, es más, ambas reían mientras intentaban no hacer ruido. Se pararon ante un pequeño agujero en el muro que daba al salón principal. Se asomaron y vieron la fiesta que tenía lugar abajo. Las mesas estaban repletas de hombres y mujeres que disfrutaban del festín, al tiempo que los juglares cantaban. Sobre una tarima, en medio de una larga mesa, una pareja centraba la atención de las jóvenes: la mujer, con un precioso vestido y un elaborado peinado, sonreía al hombre que, a su lado, le servía la comida con su propia daga.

—¿Cuándo crees que nos dejarán asistir?

—Aún somos jóvenes. Ni siquiera deberíamos estar aquí arriba, espiando. Si nos descubren, se enfadarán.

—¿Verdad que está guapa?

Mary miró primero a la mujer sonriente y luego a la niña rubia que estaba

a su lado.

—Os parecéis muchísimo.

—¿Eso crees?

—Claro que sí— pasó un brazo sobre los hombros de la chica más joven intentando apartarla del agujero—. Ahora será mejor que volvamos a la alcoba. Puede vernos cualquiera.

—Está bien— la niña abrió muchísimo los ojos—. Dios mío, ese caballero es guapísimo.

Mary volvió a asomarse.



—Despierta, Mary.

Poco a poco, abrió los ojos. Estaba tumbada en un jergón y Will la miraba preocupado.

—¿Ya está consciente?

Una mujer apareció a su lado. Mary no la reconoció.

—Sí, parece que empieza a reaccionar. Mary, qué susto me has dado cuando te has desvanecido.

—¿Qué ha ocurrido?

—No estoy seguro. Has dado un giro, te has quedado quieta con los ojos cerrados y te has desmayado en mis brazos.

—He recordado algo, pero sólo era una imagen. No sé qué significa.

Will la abrazó con fuerza.

—No me vuelvas a dar un susto como ése.

Se aferró a él.

—Te traeré algo de beber, te vendrá bien.

—Ella es Brenna, la madre de Meg.

Mary abrió los ojos, sorprendida. Esa mujer no parecía tener edad para tener una hija tan mayor.

—Encantada.

—He oído hablar de ti, tenía mucha curiosidad por conocerte.

—¿Has oído hablar de mí?

—Es la mujer que me prestó la ropa para ti, la esposa del panadero.

—Oh, muchas gracias por la ropa.

—No pasa nada, ya no me sirve.

Mary se incorporó y Will se apresuró a pasarle un brazo por la espalda para ayudarle. Dio un sorbo a la sopa caliente y se sintió mejor.

—Meg, ve a avisar a tu padre de que vamos a comer. Will, os quedáis.

—No quiero ser una molestia.

Will interrumpió a Mary.

—Cielo, no podemos rechazar la invitación o Brenna se sentirá insultada.

—En ese caso, estaré encantada de comer con vosotros.

—Siéntate a la mesa antes de que lleguen los demás o no te dejarán sitio.

Sonriendo ante la exageración de Brenna, Mary obedeció. Al minuto apareció un enorme hombre quitándose un delantal de cuero y cuatro preciosos niños de diferentes edades.

—Will— a pesar de ser corpulento, el abrazo del panadero lo hizo desaparecer. Se giró hacia Mary—. Vaya, vaya, tú debes ser la doncella rescatada.

—Debo serlo— le ofreció la mano y él tiró de ella y le envolvió en otro abrazo.

—Es guapa, tienes buen gusto.

—Suéltala.

—Tranquilo, no te pongas celoso, Will.

—Acaba de recuperarse de un desmayo y no le dejas respirar bien.

—¿Ya estás bien?

—Sí, aunque tengo algo de calor.

Brenna abrió las ventanas aún más, para que entrara más aire fresco.

—Vamos, todos a comer, no quiero enfadarme.

—Será mejor que hagas caso, mi mujer es la que manda en esta familia.



Mary había salido nada más acabar de comer, después de que Brenna le asegurara de que no necesitaba ayuda. Se sentó en la entrada. Necesitaba calma para pensar.

No entendía qué significaba la imagen que había visto. ¿Era la asistente de una mujer noble? ¿Había sido una visión o un sueño? Aunque la joven de la imagen se parecía mucho a Meg y, si fuera un recuerdo, podría haber sido estimulado por la hija del panadero. Si fuera una doncella, eso explicaría por qué no sabía cocinar, entre otras cosas.

Empezaba a dolerle la cabeza. Debería hablar con Will de su visión. Pero, ¿y si creía que era de la nobleza y se alejaba de ella? Algunas mujeres nobles sin fortuna servían de damas de compañía para otras. Incluso podría pedirle al duque que la acogiera en su castillo mientras buscaban a su familia. Y ella no podía ser una mujer noble porque perdería a Will.

No, el destino no podía ser tan cruel.

—¿Te molesta si me siento contigo?

Sobresaltada, miró a Meg.

—No, por supuesto que no. Necesitaba tomar el aire.

—La cocina de mamá es bastante copiosa.

Mary sonrió.

—Y está muy buena. Estoy tan llena, que no puedo moverme.

—¿Vives con Will?— asintió con la cabeza, esperando que fuera la única pregunta incómoda que le hiciera—. ¿Y es cierto que no recuerdas quién eres?

—No consigo recordar nada. Aunque he tenido una imagen, pero no sé qué significa.

—¿Tienes miedo de no poder recordar nunca?

Mary lo pensó un momento.

—Sólo tengo miedo de recordar algo que me haga perder a Will.

—¿Sabes?— la adolescente arrancó un poco de hierba de forma distraída

—. A veces he deseado poder olvidar algo. Como si así pudiera dejar de doler.

Sorprendida, Mary la miró. Era demasiado joven como para que algo pudiera atormentarla tanto. No sabía qué responder a eso, pero tampoco parecía que Meg estuviera esperando una respuesta. Se mantuvieron en silencio, cada una pensando en sus cosas y Mary cogió varias flores y fue uniéndolas por los tallos hasta formar una corona.

—¿Sabes hacer coronas de flores?

Mary miró lo que había hecho, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento de lo que estaba haciendo.

—Eso parece.

—¿Y trenzas?

—Puedo probar.

Meg se sentó delante de ella, mientras Mary separaba su pelo en mechones y empezaba a trenzarlos. Siguiendo un impulso, fue incorporando flores en la trenza. Cuando terminó, estaba tan sorprendida como Meg.

—Has hecho algo muy hermoso— tocó con cuidado la trenza adornada con flores—. ¿Puedes enseñarme a hacerlo?

—Puedo intentarlo, pero mis dedos se han movido solos.

—Voy a traer flores.

—Corta el tallo largo.

La adolescente corrió hacia un rincón del jardín donde crecían unas bonitas flores silvestres azules. Mary la observó, pensando en la forma tan fácil en la que había hecho la corona. Sin pensar. Simplemente había dejado la mente en blanco y sus dedos se habían movido solos. ¿Y si era cierto que era la doncella de una mujer noble? Intentó serenarse. Eso no tenía por qué ser malo. Simplemente renunciaría a su puesto como doncella y viviría con Will

para siempre. Nada se lo impedía. A menos que fuera una mujer noble de familia venida a menos. Pero eso no podía suceder. Había encontrado en Will a la persona que le completaba. No sabía lo que había vivido en su vida anterior, pero si hubiera sentido por alguien lo que sentía por él, no hubiera podido olvidarlo a pesar del accidente.

—¿Así sirven?

Miró las flores que le enseñaba Meg.

—Sí, parecen perfectas.

Cogió dos flores y Meg la imitó. Sus manos empezaron a trenzarlas despacio, permitiendo que Meg siguiera sus pasos.

Cuando Will salió a buscarla, las encontró a las dos riendo animadas mientras se adornaban la melena mutuamente.

—Siento interrumpir vuestra diversión, pero creo que ya es hora de que nos vayamos.

—¿En serio tenéis que iros?

—Sí, lo siento.

—Puedes venir a verme cuando quieras, Will trabaja mucho y agradeceré tener visitas.

—Sería genial. Me encantaría que me enseñaras más cosas. ¿No te importa, Will?

—Por supuesto que no— abrazó a Mary, que se sonrojó por esa muestra pública de cariño—. Tiene a Furst para defenderla, pero creo que no le dará tanta conversación como tú.

—Voy a terminar esta corona y mañana me la pondré para lucirla, a ver qué dicen mis amigas— le dio un abrazo espontáneo a Mary—. Muchas gracias.

Meg cogió el resto de las flores y entró en la casa.

—Vamos— Will le cogió la mano y fueron hacia donde habían dejado los caballos.

—Debería despedirme.

—No te preocupes, ya lo he hecho yo por los dos.

—¡Will! Eso es de muy mala educación.

—Tengo muchas ganas de tenerte en mis brazos y no sé cuánto tiempo más me voy a poder controlar. ¿Seguro que quieres que te toque delante de ellos?

—No lo dices en serio— por toda respuesta, Will pasó su mano por su espalda y la acercó a él—. Will, puede vernos alguien— el joven acercó su cara a su cuello y empezó a besarle la oreja.

Mary lanzó una carcajada, intentando alejarse.

—Mejor nos vamos ya, ¿no?

Le cogió la mano y ella le siguió hasta los caballos.



VII

Mary!

Se asomó a la puerta al oír la voz de la joven y la vio bajar la colina corriendo hacia la cabaña. Sonriendo, la esperó, mientras Furst salía a su encuentro.

—Supongo que no me dirás que no a un vaso de agua fresca, recién cogida del pozo.

—Lo agradecería mucho.

La siguió dentro y se sentó en el banco.

—¿Has venido corriendo desde la aldea?

Meg soltó una carcajada.

—Claro que no. He ido a cazar primero y luego he ido al castillo a darle a Will una de las piezas. Suelo ir campo a través, es mucho más corto que seguir los caminos.

—¿Podrías llevarme un día al castillo? Tengo mucha curiosidad por ver el lugar donde Will creció y trabaja.

Meg pareció un poco incómoda. Will les había explicado que no quería que Mary supiera quién era porque era su pasado, y ella le respetaba

demasiado como para poner en peligro su vida actual.

—¿Will no se ha ofrecido a llevarte?

—No, dice que no es el lugar adecuado para una mujer soltera.

—Entonces es mejor que yo no te acompañe. Will me enseñó a cazar con el arco, le estoy muy agradecida. Y si él cree que no deberías ir al castillo, no debería llevarte yo.

—Tienes razón, no debería habértelo pedido— se levantó y cambió de tema para evitar la incomodidad de la más joven—. Supongo que has venido para algo. ¿Qué te parece si cogemos algo de comer y nos vamos a pasear y buscar flores? A menos que estés cansada.

—No, me apetece muchísimo.

Salieron hablando y riendo. Meg parecía totalmente distinta a la melancólica adolescente que sólo el día anterior parecía sobrepasada por un recuerdo doloroso. Le hubiera gustado preguntarle, pero no quería que se cerrara en sí misma. Le gustaba verla disfrutando al aire libre como una chica de su edad.



—Veo que no hacía falta que me diera tanta prisa en volver.

Will bajó la espada y se giró al oír la voz de su hermano pequeño.

—Lo tengo todo bajo control, pero creo que todos estos cachorros están aquí por la esperanza de parecerse a ti.

—Entonces tú eres la persona idónea para ellos, porque fuiste mi primer entrenador.

Con una sonrisa, abrazó a Rob.

—Pensaba que ibas a estar más tiempo fuera. Y creo que el duque también.

—El conflicto se ha solucionado antes de lo previsto. Han sido inteligentes y han decidido arreglar sus diferencias en cuanto vieron que el rey iba a tomar cartas en el asunto. Así que se puede decir que hemos ido para nada.

—Supongo que no has aprovechado para ir a ver a tu prometida, como hace Ian cada vez que sale de viaje.

—No, sigo sin ser bien recibido.

—¿A qué te refieres? Pensé que no la conocías porque no te apetecía.

—No— sacudió la cabeza—. Una cosa es que me dé igual con quién casarme, y otra que no haya mostrado interés en conocerla. Pon a los cachorros a luchar en parejas y así hablamos tranquilos.

Riendo, Will hizo lo que le decía su hermano. Le hacía gracia que se refiriera a ellos en ese término cuando algunos tenían su misma edad.

—¿Qué ocurre con tu prometida?

Su hermano se sentó mientras observaba el entrenamiento.

—No tengo ni idea. Desde que el rey hizo oficial nuestro compromiso, todas y cada una de las veces en las que he solicitado poder visitarla, he sido rechazado con burdas excusas.

—¿Por qué crees que son excusas? Tal vez tu visita no le cuadraba bien.

—Lo intenté tres veces el mismo mes y las tres veces me dijeron que estaba indispuesta por temas de mujeres.

—¿En el mismo mes?— su hermano asintió—. ¿Tres veces?— lanzó un silbido—. Vaya, parece que la novia no quiere verte antes de la boda.

—Supongo que no le parezco un buen candidato y está buscando otro que le guste más y que también sea del agrado del rey.

—¿Y eso no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarte? No es como si me conociera y no le gustara. Supongo que le resulto demasiado joven, no es nada personal.

—Pero si se sale con la suya, te quedas sin título.

—Si el rey consiente en que la dama se case con otro, me dará otra heredera o alguna con una buena dote. El título no me preocupa y él lo sabe.

—¿Y qué opina de la resistencia de tu novia a conocerte? ¿Se lo has dicho?

—Sí, le comenté que no conseguía acceder a su casa y me dijo que él también había recibido negativas a sus requerimientos para que acuda a la corte. Alega que está de luto por su padre.

—¿Cuándo murió su padre?

—Hace dos años. He aprovechado este último viaje para hablar con él sobre el tema, a ver si él consigue que por fin la conozca, pero el mes pasado volvió a requerirla y volvió a excusarse con el luto. Sin embargo, él cree que no tengo nada de qué preocuparme porque la herencia debería haber sido para su primo pero, como no se fía demasiado del joven, prefirió nombrarla heredera a ella a condición de que se casara con quien él quisiera. Si ella se niega a casarse, perderá su herencia y ella lo sabe.

—¿Y por qué cree el rey que se esconde?

—Cree que es tímida— su mirada estaba fija en el entrenamiento de los jóvenes—. ¿Es normal que ataque a su adversario poniendo la espada en ese ángulo?

Will miró, un tanto distraído.

—Sí, he intentado corregirle varias veces, pero no consigo que modifique

el gesto.

—¿Y qué vas a hacer para que lo corrija?

—Aprenderá cuando se canse de recibir golpes.

—No recordaba esa forma tuya de entrenar.

—Si quieres encargarte tú...

Rob se levantó y se dirigió hacia el joven, desenvainando su espada.

—Tú, conmigo.

Completamente azorado, el chico se sonrojó, antes de ponerse en guardia delante de Rob. El caballero dio un par de golpes fáciles de parar, de forma que el otro se confiara lo suficiente para atacarle. En cuanto lo hizo, aprovechó el ángulo extraño que hacía con la espada para golpearle con fuerza en el costado que dejaba totalmente desprotegido. El muchacho cayó al suelo.

—Si hubiera usado el filo, estarías muerto. No vuelvas a dejar tu cuerpo desprotegido de esa forma.

Sin añadir nada más envainó su espada, dio media vuelta y volvió con Will, que no se había levantado.

—Cuando venía hacia aquí, me ha parecido ver a la hija del panadero y, por el camino que llevaba, salía de aquí, del castillo. ¿Está ayudando a su padre? ¿Trae ella el pan?

—No, seguimos enviando a dos sirvientes con la carreta para que lo traigan.

—¿Qué hacía aquí entonces? —Will le señaló una perdiz que había en una esquina—. ¿Se supone que eso es una respuesta?

—Ha venido a traerme eso.

—¿Te ha traído una perdiz?

Will rió al ver su confusión.

—Es una niña muy agradecida. Desde que le enseñé a usar el arco, siempre me trae una pieza cuando sale a cazar.

—¿Sigue cazando?

—Según su padre, duerme abrazada al arco.

—¿Por qué no le dices que no hace falta que te pague en piezas?

—Se lo he dicho, mil veces. Pero es testaruda. Siempre lo ha sido. Es una niña orgullosa a la que no le gusta depender de nadie— sonrió—. Realmente fue una cura de humildad que una niña tan pequeña me superara en los entrenamientos con el arco.

—Era muy buena, la verdad.

—Estoy seguro de que le encantaría saber tu opinión.

—No veo por qué iba a importarle lo que yo piense.

—A todos nos gusta que nos alaben en lo que se nos da bien. Ella sabe que es buena con el arco pero, cuando se lo digo yo, se afianza su seguridad. Tú eres un referente, estoy seguro de que se sentiría muy orgullosa de sí misma si se lo dijeras.

—Tampoco creo que vayamos a coincidir demasiado. Cuando estoy aquí no suelo ir a la aldea y ella no entra en el castillo.

—Es una pena, tiene una filosofía de la vida de la que todos podemos aprender.

—No me voy a quejar de cómo me va en la vida.

—¿Y dices que tu prometida se niega a recibirte?

Rob le dio un golpe en el hombro a su hermano mayor.

—Te he dicho que no es personal, no me conoce de nada. ¿Y qué tal con tu invitada? ¿Ya ha recuperado la memoria?

—¿Mary? Me temo que no. Aunque ha tenido alguna especie de visión. Pero nada que nos sirva para saber quién es.

—¿Te preocupa?

Will pensó en la pregunta un momento. Después asintió con la cabeza.

—Me aterra.

—¿Crees que puede estar casada?

—Casada no— recordaba demasiado bien su primera noche juntos, la inocencia de ella—. Pero tal vez estuviera prometida.

—¿Y si es ése el caso?

—Haré todo lo necesario para disolver ese compromiso. Si tengo que pagar, lo haré.

—¿Y si, una vez recuperada la memoria, ella no quiere que anules su compromiso? ¿Y si está enamorada?

—¡No lo está!— se había puesto de pie, sorprendiendo tanto a su hermano como a sí mismo por su vehemencia—. No se puede amar a dos personas a la vez.

—¿Y está enamorada de ti?

—Sí, lo está.

—Entonces seguro que no tienes nada de qué preocuparte. Y, si necesitas algo, ya sabes que puedes contar con Ian y conmigo. Bueno— se levantó y le abrazó—, voy a ver a nuestro padre. A estas alturas ya debe saber que he llegado y estará esperando a que vaya a saludarle.

—¿Aún no habías ido?

—No, quería saber primero de qué humor estaba. Y viendo que sigues de sirviente, ya me hago una idea.

—¿Vas a pasar mucho tiempo en casa o vuelves a irte?

—Quiero quedarme un tiempo, ya se lo he dicho al rey.

—Te estás haciendo mayor para viajar tanto.

—No— su hermano le miró serio—, ahora que Ian está fuera, no me gusta dejar a nuestro padre solo.

—¿Acaso se encuentra mal?

—No, está fuerte como un roble— Will se relajó—. Es una intuición solamente. Creo que no le gusta quedarse solo— bajó la voz—. Negaré siempre haber dicho esto, pero él vivió una época muy convulsa en la que había que defender cada palmo de terreno. Luego vinieron años de calma, pero nuestro padre ve con preocupación estas escaramuzas que está habiendo últimamente. Soy consciente de que es muy capaz de defender este lugar él solo, pero tengo la sensación de que se ve mayor para volver a tener que defender su hogar. Antes me iba sin problemas porque, aunque también se fuera Ian, estabas tú aquí con él. Pero ahora prefiero que estemos alguno de los dos.

—No había pensado en nuestro padre de esa forma. ¿Tiene motivos de preocupación reales?

—No, no dejan de ser escaramuzas entre nobles aburridos. Y el rey las sofoca de inmediato— sonrió presuntuoso—. Ya ha corregido la forma de atacar. ¿Cuántas veces se lo habías dicho tú?

Will soltó una carcajada.

—Veo que tengo mucho que aprender del hermano pequeño.

—Voy a hablar con padre y a decirle que el rey no me va a necesitar en un tiempo. Así, al menos, uno de sus hijos le dará una alegría.

Dándole un golpe en la espalda a Will, se alejó en dirección a la entrada del castillo. Sonriendo, el mayor le observó mientras se iba. Su hermano siempre había sido muy maduro para su edad, pero había conseguido sorprenderle. Miró los entrenamientos y comprobó que, efectivamente, el chico ya no ofrecía su costado al atacar con la espada.



No estaba acostumbrado a llegar y que estuviera la cabaña vacía. Y era sorprendente que sólo en unas semanas se hubiera acostumbrado a verla al llegar. Meg había tomado la costumbre de ir a visitar a Mary todos los días y le hacía compañía hasta que él regresaba. No se las había encontrado de camino y eso le tranquilizó un poco, porque significaba que no habían intentado acercarse al castillo. Pero no sabía dónde buscarlas, así que cogió el cubo y fue a por agua. Iba a preparar algo de comer para cuando llegaran. Hacía ya 3 días que el administrador le había informado de que ya no eran necesarios sus servicios como entrenador y volvía a las caballerizas. Echaba de menos manejar la espada y dar órdenes, pero igual era el momento de llevar a Mary a las caballerizas para que viera dónde trabajaba. Tal vez podría pedir a Meg que le acompañara. Seguro que a la niña no le importaría tener otra oportunidad de encontrarse con Rob.

Era ya media tarde y empezaba a preocuparse, cuando oyó las risas femeninas. Salió a la puerta. El sol arrancaba reflejos naranjas en la melena de Mary, a la que se le iluminaron los ojos cuando lo vio. Will no tenía ninguna duda, esa mujer estaba tan enamorada de él, como él de ella. No podían ni querían disimular sus sentimientos. No tenían ninguna necesidad de hacerlo. Ella no recordaba su pasado, pero ambos sabían que su presente y su futuro les pertenecían.

—¿Se puede saber de dónde venís?

—Hemos ido a pasear. No pensábamos tardar tanto, pero hacía un día tan bueno...

Sin importarle la presencia de Meg, Will la cogió entre sus brazos y la besó.

—Será mejor que me vaya antes de que se ponga el sol. Muchas gracias por los consejos, Mary.

—Ha sido un placer.

—Te llevaré a caballo a la aldea.

—De ninguna manera, Will. Iré andando, aún es pronto y tardaré menos atajando.

Saludando con la mano, Meg se marchó, dejándolos solos.

—Se me ha hecho muy raro volver a casa y no verte— volvió a abrazarla, ya sin testigos.

—Meg es adorable y se nos ha pasado el día volando. El día que la conocí parecía demasiado melancólica para su edad, pero estos días parece otra. Está contenta, feliz. Como si lo del otro día hubiera sido un mal sueño.

Will sonrió. Sin duda, el que Rob estuviera de vuelta le había puesto de buen humor.

—Y ahora que no está Meg, ¿vas a darme la bienvenida que merezco?

Riendo, Mary le besó.



—¿Te gusta?

La niña acarició el suave pelo de la crin del potro.

—Es precioso— miró al hombre que sujetaba las riendas—. ¿Es para mí?

—Sí, ya tienes edad suficiente para hacerte responsable de tu propia montura. A partir de mañana, empezarán tus clases de equitación.

—¿Cómo se llama?

—El nombre se lo tienes que poner tú.

La niña observó los ojos del precioso animal, de un profundo tono castaño.

—Se va a llamar Ébano.

—Vamos a llevarlo a la cuadra. Tienes que aprender a cepillarlo. Coge las riendas.

La pequeña obedeció y, con mano firme, guió al animal detrás del hombre.

—Aldith, papá, esperadme.

La niña se detuvo para esperar a la más pequeña.

—Es mi potro— sonrió con orgullo—. Se llama Ébano.

—¿Cuándo voy a tener yo uno?

—Cuando seas un poco más mayor.

—Papá, yo quiero uno. No es justo que Aldith pueda aprender a montar y yo no.

—Tu hermana ya es mayor para montar, tú no. Y llorar no te va a servir de nada, Claire.

Enfurrñada, les siguió hasta las caballerizas. El jefe de cuadra salió a recibirles.

—¿Os ha gustado el regalo, pequeña señora?

—Me ha encantado, Gilbert. Es tan bonito...

—Enséñale dónde está el cepillo, por favor.

La niña le dio un abrazo.

—Muchas gracias, papá.

—Vamos, os enseñaré cómo dar lustre a esa preciosa crin.



Sobresaltada, se incorporó en la cama.

—¿Mary?— Will estaba abriendo los ojos—. ¿Qué te ocurre?

Con la mano en el pecho, intentó que su corazón dejara de latir acelerado.

—Creo que he tenido una pesadilla— volvió a tumbarse y Will le abrazó—. Siento haberte despertado con todo lo que madrugas.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no te preocupes— dejó que el calor de él la envolviera.

Will volvió a dormirse y ella no quiso moverse para no despertarle, pero sabía que iba a ser una noche muy larga porque no iba a volver a dormirse. El hombre que le había regalado el caballo era el mismo que estaba junto a la mujer en su anterior visión, un noble. Ya no había ninguna duda: ella le había llamado papá. No había olvidado cómo se limpiaba y cocinaba, probablemente nunca hubiera sabido hacerlo. Aunque seguía sin saber a qué lugar pertenecía, sabía que su posición social estaba por encima de la de Will, y eso iba a ser un gran problema. No podía recordar a qué familia pertenecía ni qué hacía sola en el camino, pero lo más probable es que estuvieran

buscándola. ¿Y ése era su nombre, Aldith? Pero no podía ser una noble, porque nadie había ido a buscarle. Si una joven de la nobleza se perdía, lo lógico sería que hubiera partidas de hombres buscándola, ¿no?

¿Y qué iba a hacer ahora? Si le contaba a Will sus sospechas de su origen noble, lo más probable es que él pidiera al duque que le alojaran allí, y ella no estaba preparada para separarse de él. Lo mejor sería que, hasta que estuviera completamente segura, no le dijera nada a él. Se limitaría a decirle cuál creía que era su nombre.



—Will— le sacudió ligeramente para despertarle—, te he hecho el desayuno.

—¿Me he dormido?

Verle despertar sobresaltado le hizo sonreír.

—Tranquilo, es pronto. He madrugado porque quería hacer algo por ti.

Will se levantó y se puso la camisa antes de acercarse a ella y abrazarla.

—¿Qué estamos celebrando, Mary?

Oírle llamarle por ese nombre, ahora que conocía cuál era el real, le puso un poco tensa. No sabía si sería buena idea confesar que había recordado su nombre, porque no quería contarle sus sospechas sobre su origen noble. Pero una parte de ella quería que él supiera su nombre real. Le gustaría oír cómo sonaba al salir de sus labios.

Notó que ella dudaba, antes de hablar.

—Creo que he recordado mi nombre.

La soltó sorprendido por esa revelación. Esperó a que ella continuara, bastante asustado por lo que podía venir a continuación. Pero como ella no parecía querer seguir, preguntó.

—¿Cómo es que sólo lo crees?

—Porque ha sido otro sueño. Alguien me llamaba Aldith.

—¿Y nada más? ¿Ni apellido ni nada?

Ella negó con la cabeza mientras ponía la comida en la mesa.

—Sólo eso.

—Aldith— repitió el nombre suavemente—. Es un nombre precioso. Me gusta muchísimo. ¿Tampoco recuerdas de dónde eres?

—No— intentó parecer sincera—, sólo el nombre.

—Poco a poco. Al menos ahora ya sé cómo llamarte. Me gusta ese nombre, Aldith.

La joven sonrió y Will relajó los músculos que había tenido contraídos por el miedo a que hubiera recordado más cosas además de su nombre, como dónde estaba su familia. No era justo para ella y él lo sabía, pero temblaba ante la perspectiva de que ella recordara algo que les impidiera estar juntos. La seguridad que había mostrado ante su hermano de que podría solucionar cualquier impedimento no era más que una fachada.

—Hoy iré temprano a la aldea a buscar a Meg e iremos a dar un paseo para recoger flores.

—Me parece una idea genial. ¿Por qué no le dices que te acompañe al castillo y te enseñe las caballerizas? Estoy seguro de que le va a encantar acompañarte, le gusta acercarse al castillo.

—¿En serio?— con la mirada brillante se lanzó sobre él y estuvo a punto de tirarlo del banco—. Estoy deseando ver ese lugar.

—Creo que es una buena forma de celebrar que ya sabes tu nombre. Aunque me va a costar acostumbrarme a llamarte de otra forma, Aldith— la besó—. Y ahora tengo que marcharme. Os espero allí.

Dándole un último beso, se marchó.

Aldith dejó de sonreír en cuanto salió. Siempre había odiado la mentira y ahora estaba mintiendo al hombre que amaba. Furst le pegó con el morro en la pierna para llamar su atención.

—Notas cuándo estoy triste, ¿verdad?— le acarició la cabeza—. No quiero mentirle, pero no puedo contárselo, lo perdería.



VIII

Es... es impresionante.

La enorme estructura de piedra se erguía ante ellas. Estaba rodeada por altos muros del mismo material sobre los que vigilaban soldados armados.

—Supongo que impresiona la primera vez que se ve. Cuando creces aquí, ya no lo ves tan imponente— se paró al ver que su compañera se había quedado quieta, observando—. Vamos, Mary. Perdona, Aldith. Me va a costar acostumbrarme.

—Es normal. A mí me va a costar acostumbrarme a oír que me llamáis así. ¿Van a dejarnos entrar sin más?

—Claro— Meg siguió andando, así que se apresuró a alcanzarla—. Muchos aldeanos hacen sus tratos aquí, con los soldados y los sirvientes. Además, hay una doble muralla, la exterior y la interior. Nosotras no podemos traspasar la segunda.

Mirando todo alrededor, cruzaron el primer portón. Aldith no sabía qué había esperado encontrar pero, desde luego, no era eso. Había muchas cabañas pegadas a la cara interna del muro exterior. Varias cabañas más salpicaban el resto del espacio. La zona estaba muy concurrida, había mucha más gente de la que esperaba.

—Esas cabañas— Meg señaló las que estaban pegadas a la pared—, son

las viviendas de algunos de los sirvientes del castillo. Las otras se usan para trabajar. La más grande pertenece al herrero, por ejemplo.

—Hay mucho ruido.

—Sí, pero una parte viene del patio de entrenamiento, que está en la parte de atrás.

—¿Y dónde están las caballerizas?

—También están en la parte trasera.

Se dirigieron hacia allí. Aldith iba impaciente por ver a Will en su entorno. Cuando tuvieron el patio a la vista, abrió la boca sorprendida. Había caballeros luchando en grupos y otros entrenando con el arco y la lanza. Algunos se habían quitado las camisas y sus músculos se movían al compás de la pelea. Hipnotizada, Aldith paseó la vista entre ellos hasta que se encontró con la mirada curiosa de Rob. Sonrojada, bajó la vista.

—Buenos días— se acercó a ellas poniéndose la camisa—. Es una sorpresa encontrarle aquí, Mary. Hola, Meg.

La adolescente hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Will me dijo que viniese para que me enseñara el lugar donde trabaja. Espero no resultar una molestia.

—Por supuesto que no lo es. Estaré encantado de acompañaros donde está él— se giró hacia los futuros caballeros—. ¿Por qué no os oigo entrenar?

Los jóvenes se apresuraron a volver a coger las armas.

—Si estáis ocupado, Meg puede guiarme.

—Sé que Meg conoce esto muy bien, pero un descanso no me vendrá mal, no me deje sin excusa, Mary.

Ella se echó a reír.

—En ese caso, os suplico que nos acompañéis. Por cierto, creo que mi nombre real es Aldith.

—¿Ha recordado su nombre?— ella asintió—. ¿Y algo más?

La vio dudar antes de negar con la cabeza.

—No, sólo eso.

Interesante, estaba mintiendo. Le preocupaba el motivo, pero sería mejor vigilarla sin decirle nada a Will. De cualquier manera, no querría escucharle.

—Bueno, el nombre es algo muy importante. Es un gran paso. Poco a poco. ¿Ve aquel edificio?

Aldith asintió.

—Es enorme.

—Tenemos muchos caballos. Esperad un momento aquí fuera, voy a asegurarme de que todos los caballos están controlados.

Aldith le observó entrar y se giró hacia Meg. La niña tenía una expresión soñadora mientras miraba al joven caballero desaparecer dentro del edificio.

—Es realmente atractivo.

—¿Tú crees? No me lo parece— la niña desvió la vista con expresión aburrida.



—Alguien ha venido a verte.

—Si lo dices por ti, te tengo muy visto.

Rob le dio un golpe en el hombro.

—Deberías mostrar más respeto por tu superior si quieres que esa preciosa mujer que está fuera no te descubra.

—¿La has dejado fuera?

—Sí, quería asegurarme de que no había peligro aquí dentro. Esos caballos que trajeron para domar la semana pasada me preocupan un poco.

—Los ha llevado Edward a correr. Necesitan mucho ejercicio aún.

—En ese caso, me marcharé para que no tengas que estar incómodo delante de tu dama.

—No es necesario que te vayas, no seas tonto.

—Sigue con esa actitud y tendré que castigarte delante de ella.

Soltando una carcajada, fue hacia la entrada.

—Aldith, bienvenida a mi territorio.

Le dio un beso y la cogió de la mano para acompañarla dentro. Meg les siguió. Aldith se quedó parada en la puerta, impresionada por su tamaño.

—Hay muchos caballos aquí— paseó la vista por los cubículos—. ¿Cuidas tú de todos?

—No, no, somos varios. Hoy han salido con unos caballos que estamos domando.

—Aún así, tienes que terminar agotado.

Azorado, echó un vistazo a su hermano pero, ante su sorpresa, parecía inmerso en sus pensamientos con la mirada fija en Aldith.

—Meg, ¿habías entrado alguna vez aquí?

—No, nunca.

—Los caballos están controlados, podéis mirar lo que queráis.

Aldith paseó entre los cubículos admirando los caballos y yeguas. Se paró ante una con un precioso pelaje negro.

—¿Puedo tocarla?

—Claro. Espera— Will se acercó a una enorme canasta con manzanas y le dio una.

Aldith acercó la fruta al hocico del animal. La yegua la olisqueó antes de cogerla con los dientes. Sonriendo, la joven le acarició el hocico.

—Es preciosa.

—Tú sí que eres preciosa.

Will se había acercado lo suficiente como para susurrarle al oído pero, aún así, Aldith miró nerviosa alrededor para asegurarse de que nadie le había oído.

No tenía de qué preocuparse. El joven noble se mantenía apartado y Meg se había acercado a la pared de la puerta trasera, donde había varios arcos colgados. Se quedó observándolos hasta que la voz de Rob le sobresaltó.

—Puedes cogerlos si quieres verlos más de cerca.

No le había oído acercarse.

—Gracias.

Cogió el que tenía más a mano. El arco que le había hecho Will cuando tenía 5 años había sido tosco pero perfecto para su medida. El segundo arco que le había regalado para que pudiera seguir cazando ya era tan grande como el que tenía en las manos pero, al contrario que ése, el suyo no pesaba nada. Era muy ligero. Estiró la cuerda, pero estaba muy dura. Aún así, la mantuvo tensa, no quería parecer débil delante de él.

—Toma.

Rob le ofreció una flecha de un carcaj que estaba colgado con los arcos.

—No quisiera asustar a los caballos lanzando una flecha.

—Son caballos de guerra, no se inmutarán. De hecho, en aquella pared hay una diana porque los vigilantes nocturnos suelen entrenar para matar el tiempo.

Dubitativa, la niña aceptó la flecha. El arco pesaba mucho y la cuerda estaba muy dura, demasiado para ella. Pero quería mostrarle lo buena que era, tal vez no tuviera otra oportunidad de enseñarle lo bien que había aprendido a defenderse sin él. Colocó la flecha en el arco, tensó todo lo que pudo hasta que sus brazos temblaron y disparó. La flecha no llegó a su destino y se sonrojó.

—Es normal fallar la primera vez que se dispara un arco distinto al que estamos acostumbrados.

El tono condescendiente de Rob la humilló aún más.

—Debo irme ya.

Sin querer estar más tiempo allí, salió corriendo por la puerta trasera, que era la más cercana.

—¿Qué le ha pasado?

Will se acercó a Rob, que parecía tan sorprendido como él.

—No tengo ni idea. Estaba probando un arco, he intentado animarla diciéndole que era normal fallar y ha salido corriendo.

—¿Le has dicho a una niña, que está orgullosa de su destreza con el arco, que es normal que falle? ¿Pero se puede saber qué te pasa?

—Will— asustada por la forma en la que se estaba encarando al hijo de su señor, Aldith le sujetó del brazo—, por favor, no hables así.

—Será mejor que la escuches— la mirada de su hermano podía convertir en hielo a cualquiera—. El hecho de haberte criado aquí no te da derecho a hablarme así. Espero no tener que repetírtelo.

Sin darle tiempo a contestar, salió.

—Will, debes tener cuidado. No quiero que te castiguen.

Se pasó la mano por el pelo para calmarse.

—Tienes razón, pero quiero mucho a Meg y me duele que se haya sentido humillada. ¿Por qué no le das otra manzana a tu nueva amiga? Yo iré a disculparme.

Salió corriendo para alcanzar a su hermano.

—Rob, espera— su hermano se detuvo, pero no se giró—. Siento mucho mi reacción, no debería haberte hablado así.

—Tenías todo el derecho, he sido un imbécil.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ella no quería disparar el arco, pero a mí me apetecía que lo hiciera para poder corregir su postura y enseñarle que soy mejor que ella en eso— soltó una risa hueca—. Pero, como no podía ser de otra manera, su técnica es impecable. Es mucho más depurada que la mía. Cuando ha fallado, le he hecho un comentario estúpido y no me he dado cuenta de lo mucho que la he ofendido hasta que me lo has dicho tú.

—Eso le puede pasar a cualquiera. No la conoces tanto como yo. Llevo años viéndola mejorar y sé lo orgullosa que se siente de lo que el entrenador y yo le dijimos que era un don.

—Debería haberme dado cuenta cuando no ha querido disparar. Ese arco no era para ella y lo sabía perfectamente. Sólo buscaba sentirme superior a ella en algo.

—Eres mejor que Meg en muchísimas cosas, no entiendo por qué tienes

esa obsesión por ser mejor que ella en todo. No te recordaba tan competitivo cuando erais pequeños.

—La gente cambia. ¿Debería ir a buscarla para asegurarme de que está bien y disculparme?

—No creo que sea buena idea. Si te ve aparecer, probablemente busque algo que te pueda clavar en el corazón y nuestro padre la castigará a ella y a toda su familia.

Rob pareció tranquilizarse con la broma de su hermano.

—Tienes razón, la dejaré tranquila. Ya la he fastidiado bastante hoy— miró más allá de Will—. Deberías volver al establo. Tu dama parece preocupada.

Pensando en tranquilizar a la mujer que les observaba nerviosa, le dio una palmada amistosa a Will en la espalda.

Cuando el noble se alejó, Aldith dio unos pasos hacia Will, pero se detuvo cuando vio que se acercaba a ella sonriendo.

—¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes— le dio la mano y volvieron a entrar en el establo—. Ambos queremos mucho a Meg y estábamos frustrados porque se haya sentido mal. Y ahora— se paró y la atrajo hacia un rincón—, permíteme que te muestre lo cómodo que es el heno.

Se sentó sobre unas balas sin soltarla y la arrastró hacia él.

—¿Estás loco?— intentó separarse sin conseguirlo.

—Sólo quiero tenerte cerca— la besó apasionado y ella le respondió—. Confía en mí.

—¿Y si viene alguien?

—Van a tardar aún en volver con los caballos. Desde luego, van a tardar

más que yo.

Sonriendo, la colocó encima de él a horcajadas, mientras le besaba el cuello. Con manos apresuradas, le levantó la falda para sentirla contra él. A pesar de encontrarse en un lugar en el que podía entrar cualquiera, cuando Will la tocaba perdía el contacto con la realidad. Sentirse abierta contra él encendía todos sus sentidos. Las manos de él se interpusieron entre ambos cuerpos para liberar su miembro. Totalmente vestidos, Will la penetró con fuerza, mientras ella se mecía contra su virilidad, para sentirlo más cerca. Se movían al unísono, ajenos a todo lo demás. Mordisqueó la suave piel femenina del cuello y los suspiros de ella le provocaron una urgencia que parecía que iba a matarlo. Cerró los ojos con fuerza, tenía que aguantar hasta que ella llegara al orgasmo. Aldith echó la cabeza hacia atrás, para permitirle acceder mejor a su cuello. Los dientes del joven le provocaban escalofríos. Cuando sintió los primeros espasmos, lanzó un gemido que Will acalló con su boca. El hombre se puso rígido dentro de ella y derramó su semilla. Aldith se relajó entre sus brazos, aún con él dentro de ella. Will era reacio a separarse, pero acababan de hacer una locura y no quería que nadie les sorprendiera. Con gran esfuerzo, la levantó de su regazo y se colocó bien la ropa.

—Me haces perder la cabeza.

Aldith se echó a reír.

—Puedes echarme la culpa a mí, pero ambos sabemos quién ha empezado.

—Tengo que terminar de alimentar a los caballos y entonces seré todo tuyo... otra vez.

Levantó las cejas lascivo haciendo reír de nuevo a Aldith.

—Si necesitas ayuda...

—No, no voy a tardar nada. Puedes mirarme si quieres.

Ella soltó otra carcajada. Le gustaba oírla reír.



—Cada vez lo estás haciendo mejor.

Will sonrió al ver la cara de satisfacción de Aldith ante el comentario de Brenna. Ella había congeniado con esa familia y estaba aprendiendo a hacer pan. Verla llena de harina haciendo esfuerzos por darle forma de hogaza a la masa le encantaba. Estaba deseando probar el resultado, pero ya sabía que se lo comería aunque fuera asqueroso. No podía hacer otra cosa, la quería. Se esforzaba muchísimo por aprender cosas nuevas y su carácter afable hacía que la gente se abriera a ella con facilidad. Incluso la joven Meg, cuyo mundo giraba alrededor de Rob, había caído rendida a su encanto. Pasaban los días juntas y Aldith le había enseñado a utilizar flores para adornarse el pelo.

—Aldith— Meg apareció en la puerta, con un ramo de flores y seguida de otra adolescente—, hemos traído flores para adornarnos el pelo.

—Genial. Esperad un momento a que termine con esto.

Las dos se sentaron en el suelo y esparcieron las flores, para ir eligiendo las que querían utilizar.

—Will, voy a sacar el pan del horno de fuera, acompáñame.

Siguió a su amigo.

—¿Crees que su pan será comestible?

Charles soltó una carcajada.

—Tranquilo, no morirás. Estaba pensando en esa habilidad de Aldith con los peinados.

—¿Qué tiene de raro?

—Vives en un castillo, vienes mucho a la aldea,... ¿A cuántas mujeres has

visto que sepan peinar como lo hace ella?

—Bueno, mi madre murió cuando éramos pequeños y somos tres chicos, por eso no soy un experto en peinados— al ver que el otro levantaba una ceja, exclamó—. ¿Qué?

—Exacto, no conoces a ninguna aunque el castillo esté lleno de sirvientas, porque no hay mujeres nobles.

—¿Estás insinuando que es una mujer noble?

—No, por dios— su amigo lanzó una carcajada—. Esas mujeres son incapaces de vestirse solas. Pero he oído que hay sirvientas que aprenden a peinar para tener menos trabajo, ya que sólo se dedican al aspecto de sus señoras.

—Entonces, ¿crees que trabaja para una mujer noble?

—Es una buena suposición. De hecho, igual no todo es culpa de su amnesia. Probablemente, si su señora está tan satisfecha con su trabajo como Meg, puede que Aldith nunca haya necesitado aprender a cocinar o limpiar. Si lo piensas bien, resulta un poco extraño olvidarse de cosas tan cotidianas. ¿No te parece?

—Prefería no pensarlo para no llegar a una conclusión que no me gustaba.

—¿Qué conclusión?

—Que fuese noble. Tiene unas manos tan suaves...

—No creo que sea noble, ya hubiera venido una partida a tu castillo buscándola. De cualquier forma, si ella hubiera sido una mujer noble, lo único que tendrías que hacer es asumir tu herencia. No veo por qué te preocupaba.

—Porque si fuera una mujer noble, no podría casarme con ella.

—¿Porque no te gustan las nobles?

Will sonrió ante la confusión de su amigo.

—No, porque los nobles no se casan con quien quieren. Lo más probable es que ella estuviera ya casada o, al menos, comprometida. Y si renuncio a mi libertad, yo tendría que aceptar el compromiso asumido por mi padre.

—Los nobles sois demasiado complicados.

—Te recuerdo que yo ya no pertenezco a la nobleza.

—Will, sabes que te aprecio, pero creo que no estás siendo realista.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes, no eres estúpido— abrió la puerta del enorme horno—. Vives en una cómoda cabaña, tienes un pequeño cobertizo, un terreno en el que puedes cultivar si lo deseas— comprobó la masa y, al ver que ya estaba hecha, cogió la pala para sacar las hogazas—. Si hasta tienes un caballo. Trabajas en las caballerizas de tu padre...

—¿Dónde quieres llegar?

El tono tenso de Will no le desanimó.

—Abre los ojos. Vives con comodidad porque tu padre confía en que, después de tu descanso, vuelvas a tus obligaciones. ¿Crees que, cuando sea consciente de que no vas a volver, tu vida será así de fácil? Probablemente te haga abandonar sus tierras. ¿Qué harás entonces?

—Sabes que soy muy bueno con los caballos. Mi padre no querrá perder a alguien con mi talento.

—Puede ser, a menos que la afrenta de romper un compromiso sea mayor para él que el beneficio de tener tu talento a su servicio.

—Si eso ocurre, buscaré otro señor al que servir. Intentaré hablar con mi padre uno de estos días para dejarle claro que mi decisión es irrevocable.

—¿Vas a hablarle de Aldith?

Al oír su nombre Aldith se quedó quieta, indecisa sobre si interrumpirles o

no.

—Sí, aunque sé que se va a enfurecer. Pero debo hacerlo, tengo que casarme con ella.

—¿Tienes que...? ¿Se puede saber qué le has hecho?

—No le he hecho nada— sonrojo, movimientos para ocultar su incomodidad... Si Charles hubiera tenido alguna duda, ya estaría totalmente despejada—. Nada malo, en todo caso.

—Y porque no has hecho nada malo, te tienes que casar con ella.

Ninguno de ellos oyó la exclamación ahogada de Aldith que, silenciosamente, los volvió a dejar solos.

—No lo entiendes, Charles. Es cierto que dormimos juntos cada noche, pero jamás lo hubiera hecho de no haber estado seguro de lo que siento por ella.

—Buf— sacudió la cabeza—, el duque no va a estar nada contento si sigues adelante.

—No, supongo que no.



Sintiendo que le temblaban las piernas, Aldith se alejó de la esquina sujetando contra su pecho la jarra y volvió a la puerta. Había salido para ofrecerles cerveza pero, al oír su nombre, se había parado. No tenía intención de espiar, iba a volver a entrar, pero la curiosidad había sido más fuerte. Y ahora se arrepentía amargamente. Sus apasionadas noches entre los brazos de Will habían sido increíbles, pero nunca pensó que él se sentiría obligado por ello. Creía que él sentía lo mismo que ella. Por lo visto, no era así. Tenía que

esforzarse por recuperar la memoria y devolverle su libertad. Tal vez podría aceptar aún la oferta que le había hecho Ian y alojarse en el castillo. La próxima vez que le viera, se lo pediría. Así, Will no tendría que seguir cargando con ella.



—Vas demasiado callada— Will le pasó un brazo por los hombros y la acercó a su cuerpo—. Resulta extraño.

—Estoy centrada en el paisaje, quiero recordar.

—No te fuerces— con la mano libre, dio una palmada en el lomo a Furst, que trotaba a su lado—. Ya sabes que eso surge cuando menos te lo esperas.

—Empiezo a impacientarme. Necesito saber ya cuáles son mis raíces, si tengo familia que me está buscando,...

—Lo entiendo perfectamente, pero no sirve de nada intentar forzarlo. Estamos cerca de casa, ¿quieres que nos sentemos aquí y cenemos el pastel de carne que nos han regalado en la aldea y el pan que has hecho tú?

—Sí, me gusta aprovechar estos días de calor.

—Vamos allí, debajo de ese árbol. Nos quedaremos cerca del camino.

Se sentaron y Will sacó la comida. Aldith aguantó la respiración mientras él cortaba un trozo de hogaza y se lo metía en la boca. Masticó durante un momento, antes de mirarla.

—Está delicioso.

—¿En serio?— no muy convencida, partió un pedazo y lo probó—. Will, eres un mentiroso. Este pan está correoso.

—A mí me gusta.

La mirada sospechosa de ella le hizo reír. Se inclinó y le dio un beso.

—Si me mientes, no voy a mejorar nunca.

Volvió a besarla.

—No necesito que mejores. Eres perfecta tal y como eres.

Aldith sintió un escalofrío al oír sus palabras. ¿Cómo podía ser capaz de decirle cosas así sin sentirlo realmente? Cerró los ojos y se abandonó a ese beso, prefería no pensar en el futuro hasta que éste llegara. Unas palabras vinieron a su mente:

“Hijas, debéis tener cuidado. Los hombres son capaces de decir y prometer cualquier cosa con tal de conseguir sus fines. No os fiéis nunca de sus dulces palabras. Tenéis que ser listas. Vuestro padre confía en vosotras para conseguir buenos aliados, así que no podemos fallarle. Nunca os quedéis a solas con ningún caballero, aunque lo conozcáis desde niñas. Hay cosas que a los hombres no les cuesta hacer, como arruinar la reputación de una doncella. Vamos a demostrar que somos fuertes e inteligentes. Le mostraremos a vuestro padre que puede contar con nosotras. ¿De acuerdo?”

—¿Aldith?

Abrió los ojos. Will ya no la estaba besando y la miraba preocupado.

—Creo que estaba recordando unas palabras de mi madre— se pasó las manos por la cara para organizar sus ideas—. O de una madre a sus hijas, aunque yo estaba cerca.

No le dijo a Will que esa voz le había recordado una nana, cantada con dulzura.

—¿Estás bien?— la abrazó para reconfortarla.

—Sí, no pasa nada.

Un estruendo les informó que se acercaban varios caballeros. Will sabía que por esa zona sólo pasaba una persona tan bien acompañada. Soltó a Aldith, pero permaneció sentado.

Doce caballeros aparecieron en el camino. Al ver esos colores, una especie de nostalgia se instaló en su alma. ¿Por qué se sentía así si había renunciado por propia voluntad? No, era estúpido preocuparse. Era normal que, después de tanto tiempo preparándose, ahora echara un poco de menos esa vida. Eso no significaba que quisiera volver. Y menos ahora que había conocido a la mujer de su vida.

Cuando entraron en el campo de visión de los caballeros, Rob, que iba delante, miró en su dirección. Will contuvo una maldición al ver que su hermano aminoraba. Eso llamó la atención de su padre, que hizo un gesto para detener la marcha.

—William— la voz grave de su padre resonó tan autoritaria como siempre —, mañana quiero hablar contigo.

—Por supuesto, milord.

Su padre levantó la ceja, sorprendido ante ese tratamiento tan formal.

—Ven a verme a primera hora.

Sin echar ni un vistazo a Aldith, el duque volvió a ponerse en marcha. Rob le lanzó una sonrisa a ella como despedida.

—¿Qué le pasa a tu hermano?

—¿A qué se refiere?

—Robert, no estoy de humor para tonterías. Sabes perfectamente que es la primera vez que William me trata con esa frialdad.

—Está decidido a cambiar su destino. Y ha empezado a tratarnos como cualquier otro sirviente.

—Me estás ocultando algo.

Rob suspiró. No quería provocarle problemas a su hermano, pero su padre tenía un sexto sentido en cuanto a sus hijos se refería y últimamente, a causa de Will, estaba muy tenso.

—Creo que es por la sirvienta con la que estaba. No quiere que ella sepa que es noble.

—¿Qué le importa lo que piense ella?

Rob se encogió de hombros.

—Está enamorado y ella no sabe quién es.

Esas palabras preocuparon un poco al duque. Rob aún estaba en una edad en la que los sentimientos no significaban nada para él. Pero, desgraciadamente, con su experiencia él ya sabía que había hombres que podían cometer estupideces por amor. Tenía que tener una seria charla con su primogénito.



—Te estaba esperando, William— su padre no se levantó de su silla—. Parece que los sirvientes no madrugan demasiado.

—He estado limpiando las caballerizas antes de venir.

—Ahora entiendo ese olor.

Will no reaccionó ante el comentario insultante. Eso sólo le haría perder tiempo, así que era mejor dejarse de tonterías e ir al grano.

—¿De qué queríais hablarme?

—¿Por qué no me explicas a qué viene esa actitud? Cuando te marchaste

de aquí, seguías tratándome de forma normal. En cambio, ahora me tratas con mucha formalidad. No puedo evitar sentir curiosidad.

—Voy a ser sincero, al principio no tenía muy claro lo que iba a ocurrir en el futuro. No sabía si quería cambiar de vida para siempre o sólo necesitaba un poco de tiempo para asimilar mi destino.

—¿Y ahora ya lo tienes claro?

—Sí— desvió la vista, sabía que a su padre no le iba a gustar la respuesta—. Ya sé que no voy a volver a mi antigua vida.

—Ya veo— la tranquilidad de su padre le sorprendió—. Eso me genera un enorme problema. He empeñado mi palabra de casar a mis tres hijos. He invertido mucho tiempo eligiendo las mejores opciones para vuestros compromisos. Y tú has decidido renunciar a tu familia y tu herencia por puro egoísmo.

—No es por egoísmo.

—¿Cómo llamas a escapar de tu vida real porque no te gusta la idea de casarte por el bien de tu gente?

—Eso es simplificarlo demasiado.

—Y, sin embargo, se reduce a eso. El niño consentido no quiere hacer esfuerzos por su herencia. Sólo nos interesan los privilegios, pero no los deberes. Hijo, en esta vida no hay nada gratis. Has tenido una vida privilegiada y no te va a costar apenas nada, sólo un matrimonio.

—Mi decisión es inamovible.

Su padre se levantó y se asomó a la pequeña ventana excavada en la piedra.

—¿Crees que te va a gustar la vida de sirviente?

—Sé que me gusta.

—No, no lo sabes. Ahora mismo te estoy tratando como si fueras un invitado en mi propiedad. Te pago un sueldo mayor que al resto de los sirvientes y no te cobro nada por permitirte vivir en mis tierras. Si decides cortar con todo, yo también lo haré.

—¿Me estáis amenazando?

—No— se rió sin humor—. Simplemente te estoy explicando cómo va a ser tu vida en el futuro. Me vas a obligar a romper una de mis palabras, así que no me siento muy magnánimo contigo. Te pido que te lo pienses un poco.

—Es definitivo.

—Está bien, en ese caso vuelve a tu trabajo.

—Sí, señor.

Aliviado porque la escena no había sido tan desagradable, salió de la sala. No sabía qué le había ocurrido a su padre, pero había sido bastante conciliador, a pesar de que suponía que, a partir de ese momento, su vida iba a ser bastante difícil.

Lo vio salir y se volvió a sentar. Tenía que tomar cartas en el asunto. No le gustaba la idea de romper su palabra, pero a lo que no estaba dispuesto era a ver a su hijo tirar su vida por la borda. Necesitaba información sobre esa mujer. Iba a enterarse de quién era y de dónde había salido. Y, lo más importante, cómo sacarla de la vida de William.



IX

Estaba quieta en la cama, con los ojos fuertemente cerrados, como si así pudiera contener la marea de recuerdos que se agolpaban.

Su hermana y ella eran demasiado pequeñas aún para asistir a las fiestas, pero esa noche se escaparon de su habitación. Fueron a hurtadillas hasta uno de los pequeños ventanucos que se abrían por encima del gran salón. Apenas se había atrevido a echar un vistazo y, lo que le había llamado más la atención, había sido la belleza de su propia madre. Siempre estaba tan hermosa, que se preguntó si alguna vez sería como ella. Su hermana se parecía muchísimo a su madre, pero ella no.

Quería dejar de mirar y volver a su alcoba antes de que descubrieran que se habían escapado. Tiró de su hermana para separarla de la ventana pero, en ese momento, Claire lanzó una exclamación:

— Dios mío, ese caballero es guapísimo.

Se asomó con curiosidad. Allí, en una de las mesas más cercanas a la de sus padres, estaba el hombre más guapo que había visto en su vida. Era muy joven, pero se le veía cómodo entre todos esos caballeros. Y le trataban con respeto a pesar de su juventud. Conversaba animadamente con su primo Drew.

—¿Quién crees que es?

Sacudió la cabeza en respuesta a la pregunta de su hermana.

—No lo sé, pero papá parece tenerle en alta estima, así que será hijo de uno de sus aliados. Desde aquí, no veo los colores de su casa— volvió a coger a su hermana de la mano—. Vámonos antes de que nos metamos en un lío.

En ese momento no lo sabía, pero ésa fue la primera vez que vio a Ian.

Tres años más tarde, su destino quedó sellado por su padre.

—Vuestros padres quieren hablar con vosotras.

Las palabras de la sirvienta le asustaron, aunque la mujer no parecía alterada. Ayudó a vestirse a las dos muchachas y les recogió el pelo en sendas trenzas. Las jóvenes bajaron a la entrada. Sus padres estaban hablando con el joven que había llamado su atención cuando eran unas niñas. Era todavía más guapo, más hombre. Su cuerpo ahora parecía más duro que entonces y su expresión era decidida.

—Ian, ellas son mis hijas— les puso el brazo alrededor de los hombros.

Galantemente, el joven les besó las manos con una inclinación. Claire no pudo evitar un pequeño suspiro.

—Ian es el hijo de mi gran amigo, el duque de Bedford.

—Debo salir ya, mis hombres me están esperando.

—Es una pena que tu visita haya sido tan rápida.

—Llevaré las buenas noticias a mi padre, estará muy satisfecho de que su gran esperanza se haya hecho realidad— se inclinó hacia la elegante mujer—. Ha sido un inmenso placer volver a verla, señora, como siempre.

Riendo, ella le devolvió la inclinación.

—Te has convertido en un muchacho muy guapo y galante.

—Iré en breve a visitar a tu padre para formalizar el trato.

Con un abrazo, su padre se despidió de él. No se movieron de la puerta hasta que el joven hubo salido por el portón.

—Hijas, debo hablar con vosotras.

Siguieron a su padre en silencio hasta su pequeño despacho.

—Mi amigo quiere que formalicemos una alianza. Para ello, me ha ofrecido a su hijo. No hace falta decir que me hace ilusión estrechar lazos con él y unir las familias.

—¿Qué significa que te ha ofrecido a su hijo?— Claire parecía confundida, aunque Aldith sabía qué significaba y estaba empezando a palidecer—. ¿Va a venir a vivir con nosotros?

—No, hija, significa que me ha ofrecido a su hijo para que se case con una de vosotras— ambas guardaron silencio, esperando a que su padre continuara—. Aldith, vas a contraer matrimonio con el hijo del duque de Bedford.

Se cubrió la cara con las manos mientras las imágenes se sucedían en su mente. Había pasado dos años intentando que su padre cambiara de idea. Quería conocer a jóvenes, ir a fiestas, visitar la corte, enamorarse... Era muy injusto que se perdiera todo eso porque su padre hubiera decidido ya con quién debía casarse. Al ver que él no daba su brazo a torcer y seguía argumentando que su prometido era de una familia honorable, había decidido una acción desesperada: tenía intención de ir a ver a su prometido y le convencería de romper el compromiso. Tal vez entre los dos pudieran. Se había escapado de noche, en cuanto sus padres se hubieron retirado a su alcoba. Había convencido al palafrenero para que dejara su silla en el suelo, donde ella pudiera colocarla sola en su yegua, con la excusa de que quería salir muy temprano al día siguiente a cabalgar y no quería molestarle.

Resultó fácil salir sin ser vista, porque conocía la rutina de los guardias. Había aprovechado los caminos vecinales, no quería utilizar las rutas principales porque sería el primer sitio en el que la buscarían cuando descubrieran que no estaba en su alcoba. Cabalgó toda la noche y, al salir el sol, descansó un poco. Las tierras de su prometido estaban hacia el norte, aunque no sabía exactamente dónde. La idea era cabalgar un par de días y

preguntar en las aldeas que se encontrara. Llevaba atado a la grupa de su yegua un hatillo con víveres que esperaba que fueran suficientes para llegar hasta allí. Como le daba miedo que le atacaran animales salvajes por la noche, cabalgaba casi toda la noche y, cuando quedaban un par de horas para que amaneciera, salía del camino y buscaba un lugar que le proporcionara cierta seguridad y dormía hasta mediodía. No encendía fuego para no llamar la atención. Usaba dos mantas para mantenerse caliente. Al tercer día de marcha empezó a temer haberse equivocado de camino en algún momento. Lo mejor sería buscar una aldea y preguntar a alguien. Aldith iba sumergida en sus pensamientos cuando un animal asustó a su yegua. Al encabritarse, ella no pudo reaccionar y cayó al suelo, golpeándose la cabeza. Y había conocido al hombre de su vida, a pesar de que él no sentía lo mismo que ella.

Se había prometido que, en cuanto recordara quién era, le dejaría libre. El momento había llegado. No sólo había recordado quién era, también tenía la seguridad de que su familia podía hacerse cargo de ella. Pero le faltaba fuerza de voluntad. Sólo necesitaba unos días más junto a él y volvería a su casa con el recuerdo de lo que iba a ser la época más feliz de su vida. Por eso, porque necesitaba buenos recuerdos que le duraran el resto de su vida, iba a aprovechar al máximo el tiempo con él. No se iba a centrar en lo que él había dicho, sino en lo que le hacía sentir.

Porque, una vez dejara a Will, volvería a ese lugar como prometida de Ian.



Furst le salió al paso, cerca de la cabaña. Paró su montura al verlo y miró alrededor. Aldith le esperaba a un lado, bajo unos árboles, con una enorme sonrisa. Se apeó del caballo y ella se echó en sus brazos.

—He pensado en darte una sorpresa. Hace un día increíble y seguro que has trabajado mucho— le cogió de la mano y le llevó hasta la manta que había extendido en el suelo—. Siéntate, te serviré un poco de vino.

Obediente, cogió la copa que le ofrecía y cerró los ojos, relajado. Lanzó un suspiro. La lengua de Aldith en su oreja le hizo dar un respingo. Abrió los ojos de golpe, con todos sus sentidos alerta.

—Relájate, tienes que estar cansado.

—No creo que pueda relajarme si sigues haciendo eso— juraría que pudo notar cómo sonreía contra su oreja—. Es más, me estoy poniendo bastante nervioso.

—Puede que lo esté haciendo mal.

Provocadora, su lengua se deslizó por su cuello. De ahí pasó a su hombro, donde le dio unos ligeros mordiscos. Will contenía el aliento, no podía creerse que ella estuviera tomando la iniciativa de esa forma. Y tan cerca del camino. Si bien era cierto que los árboles y la hierba alta creaban sensación de intimidad, un jinete podría verlos desde su montura. Sin embargo, con la lengua y los labios de Aldith torturándole de esa forma, apenas podía pensar con claridad. Su mano se deslizó por su pecho y Will sintió que le sobraba la camisa. Pero, aunque sentía mucha curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar, no era el sitio adecuado, y uno de los dos debía mantener la cordura. La sujetó de las manos para separarla de él.

—Voy a pasar de la comida y de estar al aire libre y vamos a ir a casa a que me enseñes cómo piensas acabar esto.

Riendo, le siguió encantada.

Will abrió los ojos al escuchar el sonido de los cascos. Miró hacia la ventana, pero estaba oscuro. Aldith, entre sus brazos, estaba profundamente dormida. Se quedó tenso, esperando oírles pasar de largo, pero se detuvieron. No oyó ni un ruido, nadie descabalgando, nadie que le llamara, sólo el piafar de los caballos. Eso sólo podía significar que era Rob.

Con cuidado para no despertar a la joven, se levantó y se vistió. Hizo un gesto a Furst para que se mantuviera quieto, aunque el perro sólo había levantado las orejas al oír a los caballos y luego había permanecido tranquilamente tumbado. Abrió la puerta y se encontró a Rob, montado junto a

3 de sus hombres.

—Necesitamos a Furst— Rob fue directo, como siempre que entraba en acción—. Ha venido Charles a decirnos que Meg ha desaparecido.

—¿Meg?— Will no perdió el tiempo e hizo una seña al perro, que obedeció al momento—. Voy a por mi caballo y os acompaño— cerró la puerta y se dirigió rápidamente hacia el pequeño cobertizo—. Supongo que has traído algo de ella.

—Sí, date prisa mientras se lo enseño a Furst.

Puso la silla, ajustó las cinchas y montó. Las noches ya refrescaban, pero no perdió tiempo yendo a buscar una prenda de abrigo. El perro estaba oliendo un trozo de tela de la mano de Rob. Era el mejor rastreador del castillo.



—Creo que ya lo tiene— el perro estaba olisqueando el aire mientras movía la cola—. Busca, chico, busca.

Salió corriendo en dirección al norte y ellos pusieron en marcha sus monturas tras él.

Will echó un par de vistazos hacia atrás mientras se alejaban y Rob notó su preocupación.

—Tengo varias partidas de hombres buscándola, sólo necesito el olfato de Furst. Estoy seguro de que puede encontrarla. Si te preocupa dejarla sola, quédate.

—Si Aldith se entera de que Meg está sola en el bosque de noche y yo no he ayudado a buscarla, dejaría de hablarme. Se preocupa más por los demás

que por ella misma. Y le tiene mucho cariño a Meg, pasan muchas horas juntas.

—Parece una gran mujer.

Will le miró. A pesar de la oscuridad, notó la tensión en las facciones de su hermano.

—¿Qué es lo que no te gusta de ella?

Su tono sonó más duro de lo que había pretendido, pero su hermano lo pasó por alto.

—No es que no me guste, pero el otro día me dio la sensación de que mentía al decir que sólo había recordado su nombre. Creo que está ocultando algo y me preocupa.

—Aldith jamás me mentiría. Si dice que no recuerda nada más, es porque no lo recuerda. Puede que lo que tomaste como falsedad no sea más que la incomodidad por estar junto a un noble.

—Tienes razón. Probablemente confundí su reacción— esa mujer había mentido y no le cabía la más mínima duda, pero Will estaba hechizado y era mejor no seguir—. Creo que soy demasiado protector con la gente que quiero.

—Eres el menor, deberías ser tú al que protegiéramos los mayores, pero siempre te has cuidado muy bien solo.

—Nuestro padre nos enseñó bien— sonrió mientras se esforzaban por seguir a Furst—. Tú aún sigues durmiendo alerta.

—No es que duerma alerta, es que has hecho muchísimo ruido.

—Furst ha perdido el rastro— Rob se apeó del caballo y llamó al animal para darle a oler de nuevo la prenda de Meg—. Venga, chico, lo estás haciendo muy bien.

—¿Cuánto hace que se ha perdido?

Volvieron a ponerse en marcha en cuanto el perro lanzó un ladrido y echó a correr.

—Charles no tiene ni idea. Ha salido a cazar, como siempre. Cuando ha empezado a caer el sol y ha visto que no volvía, ha salido a buscarla por los alrededores de la aldea con varios vecinos. Como no han conseguido encontrarla, ha venido a pedirnos ayuda. Charles no debería dejarle vagabundear durante todo el día, es peligroso.

—Eso significa que puede haber tenido un accidente hace horas.

—No le va a pasar nada— la vehemencia de Rob le sorprendió—. Se habrá perdido, pero seguro que está bien.

Will no quiso recordarle que la niña llevaba años recorriendo esos bosques, era casi imposible que se hubiera perdido. Pero su hermano estaba muy tenso. Al llegar a la zona donde se espesaba el bosque, detuvieron a Furst.

—Toca buscar a pie— a una seña de Will, los hombres se apearon.

—Sigues haciéndolo.

—¿De qué hablas?

—Das órdenes a mis hombres como si fueran los tuyos. Y ellos te obedecen sin dudar. ¿Qué ocurrirá el día que Aldith esté presente cuando hagas eso?

—Tienes razón, no es tan fácil como yo pensaba dejar mi antigua vida atrás. Tal vez lo mejor sea pensar ya en mudarme a otro sitio.

—¿Y no crees que Aldith debería saber cuál es tu pasado?

—El pasado no es importante. Me voy a centrar en nuestro futuro. Y lo mejor será que nos vayamos a otro lugar donde nadie nos conozca y empecemos de cero.

—A mí me gustaría conocer el pasado de la persona con la que voy a

compartir mi vida. Muchas veces el pasado nos ayuda a comprender por qué son como son. Será mejor que dejemos los caballos aquí— dio la riendas a uno de los soldados—. Quédate con ellos.

Aceleraron el paso detrás del perro. Oyeron unos ruidos a la izquierda, pasos pesados de varios hombres.

—¿Quién va?

—Soy Arthur, lord Robert.

Detuvo al perro para esperar a que se acercaran.

—¿Habéis encontrado algo?

—Absolutamente nada. Nuestra zona está peinada y ahora íbamos a avanzar un poco más al norte.

—Vale, vamos a abrirnos en abanico.

Avanzaron como les había ordenado Rob. Los hombres empezaron a gritar el nombre de la joven. Al cabo de 15 minutos, Furst se puso nervioso.

—Parece que ha encontrado algo. Vamos, Furst.

Rob salió corriendo detrás del perro y los demás le siguieron. Gritaron esperando que la joven les oyera y respondiera. Furst empezó a ladrar y Rob gritó aún más fuerte, sin obtener respuesta. El perro se acercó a un árbol y escarbó en un montón de hojas.

—Furst, atrás.

Los hombres se acercaron y empezaron a apartar la maleza. Debajo de la hojarasca se encontraron a Meg, inconsciente. Rob le tocó la cara.

—Está viva, pero helada— se quitó la capa y la envolvió con ella, antes de cogerla en brazos. Se volvió hacia uno de los hombres—. Ve a buscar al médico y llévalo a casa del panadero— el hombre corrió a obedecer—. Arthur, busca al resto de las partidas y que vuelvan a casa.

Con la pequeña en brazos, se dirigieron a la zona donde habían dejado los caballos. Will montó.

—Dámela, yo la llevaré.

Rob dudó un momento, pero dejó que su hermano se hiciera cargo de ella y montó en su propio caballo. Rápidamente pusieron rumbo a la aldea.

—La noche es demasiado fría para permanecer a la intemperie.

—Se ha tapado con hojas, es una superviviente. Supongo que se cayó y no pudo continuar, así que intentó mantenerse caliente. Probablemente tenga un hueso roto y se haya desmayado por el dolor.

—Ten cuidado con su pierna. Si está rota, puedes empeorarla si dejas que cuelgue así.

—Estoy teniendo mucho cuidado, pero no quiero bajar el ritmo. Parece que está recuperando un poco de calor, pero necesita un buen fuego.

Meg se volvió entre sus brazos, pero no abrió los ojos.

—Sabía que vendrías a buscarme.

Su voz apenas era audible, pero a Rob le llegó alta y clara y fue como si le abofetearan. Era cierto que se había alejado de ella siendo niños y que Meg había establecido un vínculo muy fuerte con Will cuando él la entrenó en el uso del arco. Pero lo había reconocido sin abrir siquiera los ojos porque había confiado en que la buscaría.

—Estás a salvo, Meg— la voz de Will era suave—. Lo has hecho muy bien, eres muy lista.

—¿Will?— abrió los ojos con dificultad.

—Tranquila, es mejor que descanses. En breve llegaremos a tu casa.

Recostó de nuevo la cabeza en su pecho.

—Espero que el médico ya haya llegado— Rob parecía molesto, pero Will no acertaba a saber por qué—. Voy a adelantarme por si no han encendido el fuego.

El caballero arreó a su montura y desapareció, dejando a sus hombres escoltando a Will y Meg.

Cuando llegaron a la aldea, los padres de Meg estaban en la puerta, esperando nerviosos, a pesar de que Rob ya les había dicho que la habían encontrado y estaba bien. Will se la dio a Charles antes de desmontar.

—¿Dónde está Rob?

—Ha traído agua, me ha ayudado a encender el fuego y, en cuanto ha llegado el médico, se ha marchado. Tenía que madrugar mañana.

—Voy a esperar a ver qué dice el médico, porque Aldith me preguntará qué tal está Meg en cuanto se entere.



Estaba cansado y se le cerraban los ojos. Tenía frío, pero no había querido aceptar la oferta de Charles de pasar la noche en su casa. Aldith estaba sola y él se había acostumbrado a dormir con ella. No creía poder conciliar el sueño si no tenía su cuerpo pegado al suyo. Sonrió al pensar en estar calentito bajo las mantas, con ella. Ya quedaba menos. Distraído, vio a un animal cruzarse y el caballo se encabritó. No tuvo tiempo de sujetarse y cayó sobre un pequeño arroyo. Lanzando un juramento, se levantó, notando el frío meterse en sus huesos. Se acercó a su caballo que, bien entrenado, se había quedado quieto en cuanto él había caído.

—Si vuelves a tirarme, te convertiré en comida para perros.

Volvió a montar y reanudó su camino. Furst seguía el paso del caballo sin

problemas. Will adivinó que tenía tantas ganas de llegar como él.

Ocuparse del caballo le costó mucho trabajo, estaba demasiado cansado. Furst no dejaba de andar en círculos esperando a que terminara. Cuando por fin el animal estuvo acomodado, fue a la cabaña. Al abrir la puerta, vio la luz de la vela. Aldith estaba sentada a la mesa.

—¡Will!— se levantó para abrazarle—. ¿Qué ha ocurrido? Estás empapado.

—Ha venido Rob. Meg no había vuelto a casa y quería a Furst para buscarla. He ido con ellos. Al volver, el caballo me ha tirado en un pequeño arroyo.

—¿La habéis encontrado?— Will asintió—. ¿Está bien?

—Sí, estaba desmayada y creímos que tenía un hueso roto, pero el médico ha dicho que sólo se ha torcido el pie y que se pondrá bien. Siento mucho haberte dejado sola.

—Tenías que hacerlo. Esa criatura estaba sola en el bosque— se separó de él—. Siéntate, he calentado algo de caldo para cuando volvieras.

—Me vendrá muy bien. Necesito entrar en calor.

Puso un plato delante de él.

—No tienes buena cara, estás pálido— cogió una manta y se la puso sobre los hombros.

—Sólo estoy cansado— devoró el cuenco—. Tenía más hambre de la que pensaba.

—Vamos a la cama.

—De acuerdo— se levantó y la abrazó—. Pero vas a tener que hacerlo todo tú, yo no creo que pueda moverme.

Aldith se echó a reír.

—Será mejor que guardes las pocas energías que te quedan— le ayudó a desvestirse y se acostó junto a él—. Mañana iré a la aldea para ver a Meg mientras estés trabajando.



X

El manotazo en la cara le despertó. Se llevó la mano a la mejilla, donde sentía el dolor.

—Will, me has hecho daño— se sentó en la cama, pero el joven seguía dormido—. Will, ¿te encuentras bien?

Oyó la voz de Aldith, pero parecía muy lejana. Intentó abrir los ojos, pero no podía. Tenía calor y frío al mismo tiempo.

—Will, por favor, respóndeme.

Quiso hablar, pero el esfuerzo lo dejó agotado y se abandonó otra vez a la oscuridad.

Aldith, asustada, lo zarandeó, pero no respondía. Le puso la mano sobre la frente y se dio cuenta de que estaba ardiendo. Tenía que bajarle la temperatura. Se levantó y se vistió. Cogió el cubo y fue rápidamente a por agua. No quería dejarle solo, pero no iba a tardar y necesitaba el agua, era la única manera que conocía de que la fiebre no siguiera subiendo. Cuando volvió, empapó un lienzo limpio en el cubo y se lo puso en la frente. Él se retorció como si le doliera y Aldith sujetó el paño para que no se le cayera.

—Por favor, Will, no me hagas esto. Yo no sé qué hacer, aparte de mantenerte frío. Necesito un médico y no sé dónde encontrarlo.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas, estaba asustada. Will corría peligro y ella no podía ayudarlo. Furst acarició su mano con el hocico, queriendo consolarla. Eso hizo que Aldith se secara la cara. Miró hacia la ventana al notar que empezaba a amanecer. Probablemente en el castillo ya se estarían despertando. No iba a dejar solo a Will para ir a pedir ayuda, pero seguro que Furst podía hacerlo.

—Furst, necesito tu ayuda— le sujetó la cabeza con ambas manos—. Tienes que ir al castillo. Busca a Robert. Busca.

El perro movió la cola y Aldith, esperando que le hubiera entendido, le abrió la puerta. El animal salió corriendo y ella volvió al lado de Will. Sintióse culpable, se sentó a su lado. Después de haber oído la conversación entre Will y Charles había tomado la decisión de dejarle en cuanto supiera quién era. Pero ya lo sabía y seguía sin devolverle a Will su libertad. No se imaginaba su vida sin él y, a pesar de saber que estaba siendo egoísta, no encontraba las fuerzas para irse. No dejaba de repetirse que sólo quería un día más con él, y ya habían pasado varios días. Era una persona horrible, porque había antepuesto sus prioridades a las de él.

Pero se había acabado. Iba a cuidar de él y, en cuanto se recuperase, se iría. Además, sus padres tenían que estar muy preocupados.

Pensar en eso hizo que las lágrimas corrieran por sus mejillas, pero se las secó, decidida. Lo primero era conseguir que Will se recuperase. Seguramente había sido por el frío de la noche, mojarse lo debía haber empeorado. Esperaba que Furst pudiera traer un médico.



—Señor— Rob alzó la mirada. No solían molestarle cuando desayunaba a menos que fuera importante—. Uno de los perros ha llegado al castillo muy nervioso.

—Si ha enfermado, ya sabes lo que hay que hacer.

—No parece enfermo, señor. Está intentando que los hombres del patio le sigan, no deja de tirar de nuestras ropas.

—¿Qué perro es?

—El que está con vuestro hermano.

—¿Furst?— se levantó de golpe y corrió hacia fuera—. Quiero 3 hombres conmigo ya. Y que ensillen mi caballo.

Vio al animal en el patio, lanzando gruñidos mientras intentaba que los hombres a su alrededor fueran con él. En cuanto vio a Rob, corrió hacia él y empezó a saltar.

—¿Qué ocurre, chico?— intentó acariciarlo, pero el perro parecía demasiado nervioso—. ¿Le ha pasado algo a Will?— consiguió sujetarle la cabeza y acercó su cara a la del can—. Te voy a acompañar, tranquilízate.

Su tono de voz sosegado pareció surtir el efecto deseado y Furst le siguió más calmado hasta la entrada de las caballerizas. Los hombres salieron sujetando las bridas de los caballos y Rob cogió las del suyo.

—¿Queréis que le digamos algo a vuestro padre, señor?

—No, hasta que no sepa qué ha ocurrido. Mandaré aviso si es algo grave. Hasta entonces, no quiero que nadie le diga dónde he ido. Dile al capitán de la guardia que se encargue hoy del entrenamiento de los caballeros.

—Por supuesto.

Los vigías se apresuraron a abrir los portones sin necesidad de recibir la orden y Rob y su séquito lo traspasaron a toda velocidad, con Furst corriendo a su lado. A pesar de lo temprano que era, había luz suficiente para poder seguir el camino. No quería pensar en las posibilidades de lo que podía haber ocurrido, no iba a ponerse en lo peor, necesitaba tener la mente despejada. Era muy improbable que alguien le hubiera atacado. Habían estado varias horas buscando a Meg por el bosque, si hubiera habido alguna amenaza se hubieran

dado cuenta.

En cuanto tuvo a la vista la cabaña, sus músculos se relajaron al comprobar que no había señales de ataque. Frenó su caballo y, antes de desmontar ya estaba gritando a su hermano.

—Will, ¿estás ahí dentro? Este perro tuyo se está comportando como un loco.

Al oír la voz de Rob, Aldith salió corriendo de la cabaña.

—Dios mío, gracias a dios— se echó a los brazos de un sorprendido Rob—. Es Will, está muy enfermo y yo no sé qué hacer. He enviado a Furst a pedir ayuda.

Rob palideció y entró, seguido de la mujer y el perro. Se acercó a la cama y comprobó que Will tenía mucha fiebre.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Me he despertado de madrugada, cuando ha empezado a quejarse.

Volvió a salir.

—Ve a buscar al médico inmediatamente— el hombre giró su montura y volvió al galope por el camino—. Llevad los caballos a ese cobertizo, vamos a quedarnos aquí.

Aldith observó la autoridad con la que, aún siendo casi un niño, daba órdenes y la rapidez con la que obedecían sus hombres.

—He estado intentando bajarle la fiebre con un lienzo húmedo, no sabía qué más hacer.

—Eso es lo único que podemos hacer hasta que llegue el médico, lo has hecho muy bien. También ha sido muy buena idea enviarnos a Furst. Dame otro lienzo y te ayudaré. ¿Hay suficiente agua fría?

—He traído antes un cubo, pero voy a por otro.

—Puede hacerlo uno de mis hombres.

—Gracias, pero me vendrá bien ir hasta el pozo.

Furst salió con ella. Una vez en el pozo, soltó el cubo y se sentó en el suelo. Las piernas le estaban temblando por la tensión. Sólo necesitaba unos minutos para calmarse. Robert había tomado las riendas, el médico iba a llegar pronto y Will estaría en las mejores manos posibles.

Furst se tumbó a su lado y puso la cabeza sobre su regazo. Distraídamente, le acarició las orejas y empezó a sollozar. El can se levantó para lamerle las lágrimas.

—Te has portado muy bien— se abrazó a él, sonriendo al recordar el miedo que le había tenido al principio—. Nunca te podré agradecer lo suficiente esa fidelidad. Cuando me vaya sabré que Will tiene a alguien que le quiere tanto como yo.

Lanzando un profundo suspiro, se levantó más tranquila, recogió agua en el cubo y volvió a casa.

Cuando entró, Rob no hizo ningún comentario sobre su tardanza.

—¿Qué tal sigue? ¿Ha despertado?

—No, pero al menos parece que está menos alterado.

Dejó el cubo cerca de la cama y le sujetó la mano. Rob la miró.

—Pareces cansada. ¿Por qué no duermes un poco hasta que llegue el médico?

—Estoy bien

—Si enfermas tú también, no serás de mucha ayuda.

—Soy fuerte.

Rob se encogió de hombros. No iba a avisar a su padre todavía, primero

quería saber lo que opinaba el médico. Si decía que debían trasladarlo al castillo, se lo diría a su padre cuando estuvieran allí. Pero si lo desaconsejaba, tendría que avisarle y no le cabía ninguna duda de que se presentaría allí. No le iba a hacer mucha gracia ver a esa mujer al lado de la cama de su hijo. Después de que Will le dejara claro que su nueva vida estaba lejos de su linaje, su padre había tenido una seria conversación con él. Quería saber todo lo posible sobre la mujer a la que Will no había nombrado en ningún momento. Se había sorprendido mucho cuando Rob le contó la historia. Una mujer con amnesia en sus tierras pero a la que nadie conocía. Su padre no perdió el tiempo. Dio su descripción a varios emisarios y los envió a los alrededores para que averiguaran quién era. Y le pidió a su hijo que vigilara a esa mujer. Era un hombre muy desconfiado por naturaleza y no escatimaba esfuerzos en mantener a sus hijos protegidos.

Rob no se había negado a obedecer pero, si bien había mentido al decir que sólo había recordado su nombre, su actitud respecto a Will demostraba que no quería hacerle daño. Más bien al contrario, estaba muy preocupada por él.

Cogió un lienzo limpio y lo hundió en el cubo de agua. Se lo pasó a su hermano por la frente. Él se removió, inquieto.

—Espero que el médico no tarde demasiado— los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se esforzó en retenerlas. No quería llorar delante de Rob—. Sigue ardiendo.

Vio brillar sus ojos, esa preocupación no se podía fingir. Era mejor que estuviera ocupada.

—¿Puedes hacer algo de caldo?

—No va a poder tragarlo.

Rob sonrió.

—No es para él, es para mí y mis hombres. Y a ti también te vendría bien alimentarte un poco.

Aldith se sonrojó.

—Siento mucho no haberlo pensado. Calentaré estofado, os sentará mejor que el caldo.

La oyó moverse por el reducido espacio, tener una tarea haría que se tranquilizara un poco. Rob apartó la manta para dejar al descubierto el pecho de su hermano y aplicarle el lienzo húmedo. Su hermano gimió, casi como una protesta, pero él siguió con su tarea. Al igual que Aldith, él también necesitaba sentirse ocupado y útil mientras llegaba el médico.

—Will me dijo anoche lo que le ocurrió a Meg. Tuvo que asustarse mucho.

—Es muy lista, se las arregló muy bien hasta que llegamos. Supo mantenerse lo más caliente posible— recordó el momento en el que la encontraron y el alivio que habían sentido—. Cuando venga el médico podrás preguntarle cómo está.

—Espero que no tarde.



—Tenéis que aseguraros de que permanezca hidratado— el médico estaba guardando sus instrumentos—. Y seguid manteniendo su temperatura baja. Parece una gripe y eso es lo único que se puede hacer. Vendré a verle esta tarde para asegurarme de que no empeora— se giró hacia Rob—. ¿Vuestro padre está al tanto?

—No, aún no le he avisado. Primero quería saber si era grave, por si era necesario trasladarlo al castillo. ¿Cree que es mejor llevarlo?

—No hay problema en moverlo, aunque ahora está tranquilo. Yo lo dejaría aquí.

—Voy a mandar a buscar a mi padre, aunque espero que no se obceque en moverlo. Suele tomar sus propias decisiones siguiendo sus propios criterios y le gusta tener todo controlado. Si al final decide trasladar a Will, le avisaremos para que vaya al castillo a verlo.

—¿Cómo se encuentra Meg?

—Es una niña con mucha suerte. Sólo se hizo un esguince, aunque tendrá que estar una temporada sin andar. Para alguien tan inquieta, va a ser un auténtico suplicio.

—Me alegra muchísimo oír eso.

—Muchas gracias por todo, doctor— Rob lo acompañó fuera.

—Vigilad a esa joven, no tiene buena cara.

—Creo que sólo se trata de cansancio, pero me ocuparé de que coma y descanse en condiciones.

Cuando volvió a entrar vio a Aldith: seguía pegada a la cama de Will. Se notaba que sentía algo por él y Rob se sintió mal por haberle hablado de ella a su padre, pero no había podido hacer otra cosa.

—Come un poco, no puedes caer enferma.

Aldith se limitó a asentir con la cabeza. Cuando Rob puso el cuenco encima de la mesa, ella se sentó frente a él. Estaba bastante callada y a él tampoco le apetecía hablar, así que comieron en silencio.



Rob oyó el ruido de caballos y se puso tenso. Su padre siempre se movía muy bien acompañado, por lo que sus hijos siempre sabían cuándo llegaba. Miró intranquilo a Aldith. Sabía que iba a pasar el peor rato de su vida. Cuando su padre se alteraba era capaz de amargar la vida a cualquiera. Le daba pena que ella tuviera que pasar por ello, porque en el rato que llevaba allí no se había separado de Will más que para ir a por agua al pozo. Desde que tenía uso de razón, su vida se había regido por la lealtad, así que la reconocía en cuanto la veía. Ignoraba si Aldith estaba enamorada, pero profesaba una lealtad inquebrantable hacia su hermano. Y eso hacía que ella se hubiera ganado la suya. Por eso estaba dispuesto a enfrentarse a su padre para defenderla. No quería verla sufrir.

Aldith se giró al oír que se abría la puerta. Reconoció al duque, no sólo porque le había visto en el camino, sino porque ahora que había recuperado la memoria, sabía que le había conocido en el pasado. Se le veía alterado, como si estuviera asustado. Parecía una reacción exagerada por un sirviente del castillo. Por lo visto, Will no mentía cuando había dicho que se había criado allí y tenía buena relación con sus señores. Su propia madre solía hacer regalos a los hijos de los sirvientes.

—¿Qué le ha ocurrido?

Ella se apartó de la cama para dejarle sitio, aunque juraría que el hombre no se dio ni cuenta.

—El médico dice que es gripe. Lo estamos manteniendo hidratado y le estamos bajando la fiebre con paños húmedos.

—He traído una camilla, vamos a abrigarlo y lo llevamos al castillo.

—El doctor dice que no es necesario trasladarlo. Que, lo único que se puede hacer para que se mejore, se puede hacer aquí.

—Robert, prepara a William. Nos lo llevamos.

—Milord— sin acobardarse ante la dura mirada que le dirigió, Aldith continuó—, creo que deberíais permitir que lo cuidemos aquí.

—He dicho que se viene.

—Pero milord, hace ya una hora que duerme tranquilo, sin sobresaltos. Si le movéis ahora puede que perdamos el progreso que ha hecho hasta ahora y empeore.

—¿Cómo te atreves a llevarme la contraria? ¿Sabes quién soy?

—Sois la persona que no está tomando decisiones en base a lo mejor para Will.

El duque enrojeció de furia, así que Rob se puso en medio para protegerla.

—Padre, deberíamos calmarnos todos— oyeron a Will removerse en la cama, intranquilo—. Será mejor que discutamos esto fuera.

Salieron y Rob tomó la palabra, para que su padre centrara su atención en él y se olvidara de Aldith.

—Will ha tenido fiebre muy alta y tenía convulsiones, pero lleva más de una hora durmiendo tranquilamente. Moverlo ahora puede ser contraproducente. Y el médico va a venir a la tarde a verlo. Padre, va a estar bien atendido.

A pesar de los esfuerzos de Rob para que ella pasara desapercibida, la mirada del hombre se centró en la joven. Se alejó de todos mientras le hacía una seña a ella para que le siguiera. Asustada pero sin dejarlo ver, obedeció. El duque se paró y permaneció de pie con los brazos a la espalda, mirando fijamente el horizonte. Aldith se quedó a su lado, sin hablar.

—¿Qué es lo que te propones?

—No os entiendo, milord.

—Quiero saber qué es lo que quieres de William.

—Yo sólo quiero lo mejor para él.

—¿Y crees que lo mejor eres tú?

Aldith sonrió, con tristeza.

—No, yo nunca podré hacerle feliz. Hace tiempo que lo sé, aunque me ha faltado coraje para actuar en consecuencia. Y ahora me necesita. Milord— le miró directamente a los ojos—, os juro que nunca le haré daño, desapareceré de su vida en cuanto se recupere, pero permitidme que cuide de él. No puedo marcharme dejándolo así.

—Soy muy capaz de encargarme de William. En el castillo estará bien cuidado.

—Lo sé, pero necesito hacer esto por él. No sabéis todo lo que ha hecho por mí desde que nos conocemos, y ahora puedo devolvérselo. Después me marcharé sin la sensación de que le debo algo, podré irme en paz y dejarle vivir su vida.

—Si le pasa algo a William, te haré responsable.

—Me parece lo justo.

Sin añadir una sola palabra, el hombre dio media vuelta, volvió con sus hombres y se marchó, dejando un par de hombres en la cabaña.

Aldith vio a Rob entrar de nuevo con Will. Se sentó un rato en la hierba, para pensar. Había hecho una promesa, así que en cuanto estuviera recuperado tendría que irse.

Casi era gracioso que el duque no la hubiera reconocido, aunque era normal teniendo en cuenta que sólo era una niña la última vez que la había visto. En cuanto su hijo había tenido edad suficiente, se había encargado él de los tratos familiares.



—Parece que sigue estable, no ha empeorado. Dejadle descansar. Si esta noche sigue sin fiebre, se recuperará.

—Muchas gracias, doctor.

El hombre saludó con la cabeza y salió.

—Eso es una buena noticia— Aldith le puso la mano en la frente, más para sentir su contacto que para comprobar que seguía sin fiebre—. Esperemos que siga así.

—¿Vas a dejarle?

Aldith miró a Rob, sorprendida. Había estado muy pensativo desde la visita de su padre.

—¿Cómo?

—No soy tonto. Mi padre no hubiera dejado a Will aquí en contra de sus deseos si no hubiera conseguido algo importante a cambio— le sujetó la mano y la miró a los ojos—. ¿Te ha amenazado? Puedes confiar en mí.

Los ojos azules oscuros de ese joven la miraban como si pudieran leer su alma y, por un momento, estuvo a punto de llorar. Pero se recompuso.

—No me ha amenazado ni me obliga a nada. Esa decisión ya la había tomado antes de que Will enfermara.

—¿Y si no consigues recordar quién eres?

—Ya lo recuerdo— desvió la vista incómoda y Rob dedujo que en eso estaba mintiendo el otro día—. Y mi familia puede hacerse cargo de mí. De hecho, estarán muy preocupados. Además, en realidad Will no está enamorado de mí. Se siente importante cuidándome porque le necesito, pero tengo previsto regresar a mi vida y devolverle su libertad.

—¿Te ha dicho que no está enamorado?

—A mí no, pero le he oído decírselo a Charles.

Rob se quedó un momento pensativo. Eso no tenía mucho sentido, porque su hermano estaba dispuesto, más que nunca, a dejarlo todo por ella. El día que les habló de ella parecía un idiota enamorado. Y, viendo la preocupación de ella durante la enfermedad de Will, estaba seguro de que ella sentía lo mismo.

—Creo que ese tema deberías hablarlo con él cuando se recupere. No sé en qué has quedado con mi padre, pero creo que Will se merece que le cuentes tu punto de vista, dejando de lado los deseos de mi padre.

—Hablas con mucha sensatez para ser tan joven.

Rob se echó a reír. Aldith le miró como si le viera por primera vez. Las pocas veces que había coincidido con él le había parecido un joven muy guapo, pero demasiado serio para su edad. Se comportaba como si fuera un hombre de más de 40 años. Se le veía seguro de sí mismo y daba órdenes a hombres mayores que él con mucha autoridad. Ahora estaba siendo consciente de lo mucho que le recordaba a Ian la primera vez que le vio a hurtadillas en su hogar. Sin embargo, era la primera vez que le veía reír. Sus ojos parecían más claros y su cara estaba relajada. Ahora sí parecía un adolescente.

—¿Por qué no duermes esta noche, Aldith? Ya me quedo yo vigilando que Will siga durmiendo tranquilo y no le suba la fiebre.

—Prefiero permanecer despierta.

—Lo siento, pero tengo que insistir. Debes descansar. Tienes sopa en el fuego, cena algo y acuéstate.

El tono que usaba Rob incitaba a obedecerle. Se echó un poco de sopa en un cuenco y se sentó al lado de la cama, mientras comía.

—Gracias por preocuparte tanto por Will.

—Por supuesto, no puedo hacer otra cosa. Y también me quedo para asegurarme de que tú descansas— sonrió ante la sorpresa de ella—. ¿No puedo preocuparme por ti?

—No entiendo por qué deberías hacerlo.

—Porque he visto tu lealtad hacia él. Eso es algo que aprecio mucho en una persona. Así que quiero que recuerdes algo: si alguna vez necesitas cualquier cosa, lo que sea, pídemelo. Te lo digo en serio.

Sonrojada, desvió la vista.

—Muchas gracias— dejó el cuenco—. Voy a dormir. Si empeora...

—Por supuesto, no te preocupes.

Rob la vio meterse en la cama y acurrucarse en una esquina. A pesar de su juventud, no era tonto. Sabía que no estaba acostumbrada a dormir sola.



—Aldith— la sacudió con delicadeza, pero ella se despertó sobresaltada.

—¿Es Will? ¿Está bien?

—Tranquila, está perfectamente— Rob la abrazó para calmarla—. Ya es de día.

—Dios mío— se pasó las manos por la cara—. He dormido un montón de horas. Lo siento mucho.

—No pasa nada, en serio. No te he despertado antes porque necesitabas descansar— se levantó—. Voy a casa, tengo cosas que hacer. Esta tarde volveré a ver cómo sigue— ella asintió con la cabeza—. Se quedan dos de mis hombres fuera, por si me necesitas.

—De acuerdo— se acercó a ver a Will y se relajó al ver que su respiración era profunda y regular y la temperatura seguía normal—. Si

despierta antes de que vengas, mando a tus hombres a avisarte.

—De acuerdo.

Salió y Aldith se tumbó junto a Will.

—Sé que no puedes responderme, pero estoy segura de que me oyes. Despierta pronto, que necesito volver a ver tus ojos y tu sonrisa. Quiero volver a oír tu voz. Echo de menos tus abrazos— empezó a sollozar—. Will, por favor, vuelve a mí.



XI

Qué tal sigue?

Aldith sonrió a Rob, que acababa de entrar. Llevaba dos días yendo a ver a Will.

—Está como ayer. Esta noche ha estado tranquilo y no ha vuelto a aparecer la fiebre.

—¿Has dormido?

—Sí, Will ni se ha movido. He podido descansar, aunque he despertado varias veces para controlar que todo siguiera bien.

Rob se acercó a su hermano.

—¿No estarás disimulando para no trabajar?

Aldith soltó una carcajada. Se sentía cada vez más cómoda con Robert.

—Es un hombre muy responsable.

—Sí, lo es— dudó un momento, antes de continuar—. ¿Has cambiado de idea respecto a dejarle?

Aldith sacudió la cabeza.

—No, lo mejor para él es que me vaya cuando se haya recuperado.

—¿Cómo piensas volver?

Desvió la vista un poco incómoda.

—He tenido una idea, aunque no sé si es adecuada.

—¿Quieres contármelo?

—Como ayer me dijiste que podía pedirte cualquier cosa...

Dejó la frase inacabada, esperando su reacción.

—¿Vas a pedirme que te escolte?

Aldith sonrió ante su tono sorprendido.

—No, no que me escoltes, sólo necesito que me acompañes.

Rob vaciló un momento. Era cierto que se lo había dicho, pero eso que le pedía significaba entrometerse en la relación de su hermano.

—¿No es mejor que se lo pidas a él? Si, como sostienes, no te quiere, se sentirá aliviado al saber que puede llevarte con tu familia y dejar de sentirse responsable.

—Prefiero no pedírselo. Su percepción del honor es demasiado grande como para librarse de mí.

—Llevarte con tu familia no es librarse de ti. Porque dijiste que tu familia se podía hacer cargo de ti, ¿no?

—No me refiero a eso. Es un poco complicado.

El sonrojo de ella le hizo caer en la cuenta del problema. Su hermano la había tomado y, si se sentía obligado, seguramente era porque Aldith era virgen.

—¿Te vas a despedir?

—No, le dejaré una nota y espero que me perdone. ¿Te parezco cobarde?

—Renunciar a él por su bien me parece demasiado valiente— había ofrecido su ayuda y, por mucho que se sintiera mal por Will, tenía que cumplir con su palabra. El honor le obligaba—. Cuando estés lista te llevaré.

—Nunca voy a estar lista, pero hice un trato con tu padre y tengo que cumplirlo. Will va a mejorar rápido porque es un hombre fuerte y entonces yo tendré que abandonarle. Lo mejor es que me vaya al segundo día de su vuelta al trabajo, aprovechando que estará trabajando en las caballerizas.

—Si se entera de que te he ayudado a irte, dejará de hablarme.

—No hay forma de que se entere, Rob, por favor. Si no me acompañas tú, tendré que ir sola.

—Está bien. Al segundo día de su vuelta, vendré a buscarte.



Will abrió los ojos. Sentía un calor reconfortante. Estiró una mano y encontró el cuerpo acurrucado de Aldith contra él. Se giró y se acercó a ella, abrazándola.

—¿Will?— se despertó y le miró con preocupación—. Estás despierto. ¿Qué tal te encuentras?

—¿Me has pegado una paliza?— riendo, ella negó con la cabeza—. Entonces estoy fatal.

—Me has dado un buen susto, Will.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Llevas tres días inconsciente, aunque el médico se mostraba optimista y dijo que, mientras no subiera la fiebre, estarías bien— se levantó del jergón—. Rob se ha ido al anochecer, pero ha dejado dos hombres para que le avisaran si había algún cambio. Voy a decirles que has despertado.

—¿Avisaste al castillo de que estaba enfermo?

—Sí, necesitaba ayuda porque no sabía qué te pasaba.

—¿Vino Rob?

—Sí— vaciló unos segundos—. Y también el duque.

—Dios mío, ¿el duque estuvo aquí?— ella asintió, sin mirarle a los ojos—. ¿Se portó bien contigo?

—Sí. Demostró mucha preocupación por ti— salió de la cabaña y se dirigió al establo improvisado para que los dos hombres dieran la noticia en el castillo.

Cuando volvió, Will estaba sentado.

—Supongo que no vendrá hasta que amanezca. Aún falta para eso. ¿Por qué no duermes?

—Dices que llevo tres días durmiendo, creo que ya he descansado lo suficiente— la abrazó y Aldith se sentó junto a él—. ¿Tú estás bien?

—Sí, ahora sí.

La besó suavemente.

—Siento haberte asustado— pegó su cara al cuello de ella, mientras le dejaba una estela de besos en su camino hacia el lóbulo—. Te necesito, Aldith.

La abrazó y se tumbó, arrastrándola a ella. Empezó a besarla, hambriento, y Aldith respondió con toda la frustración que sentía. No podía ser sincera con

él y decirle quién era realmente. No podía soñar con una vida en común y, realmente, él tampoco la quería, sólo le divertía por ahora.



—Will, me alegra verte bien— Rob abrazó a su hermano, feliz—. Recibimos la noticia en cuanto llegaron los hombres, pero pensé que era mejor dejarte descansar.

—Os dejaré solos, tengo que ir al pozo a por agua.

—Aldith, te dije que puede ir cualquiera de mis hombres.

—Lo sé, pero prefiero ir yo. Así aprovecho para que Furst se ejercite.

—Tienes razón, te vendrá bien salir un poco.

Will observó extrañado el cariñoso tono que había usado su hermano. Siempre se mostraba frío y reservado, sin duda era el mejor discípulo de su padre en cuanto a sus enseñanzas sobre dejar los sentimientos fuera de sus vidas.

—No hagas que tenga que matarte— al ver que su hermano le miraba sorprendido y sin comprender, aclaró—. Es mía.

La sincera carcajada de Rob le asustó. Hacía años que no le oía reír. La última vez había sido siendo un niño. Incluso le costaba recordarle sonriendo. No la mueca irónica y desdeñosa que usaba, sino una sonrisa de verdad. Su padre se había casado enamorado de su madre, en contra de lo que predicaba ahora. Y habían llegado a un pacto: cuando los niños tuvieran edad suficiente para empezar el entrenamiento, su padre tomaría las decisiones concernientes a su educación. Hasta entonces, se encargaría su madre. Por desgracia, el nacimiento de Rob casi le costó la vida y, aunque sobrevivió, quedó muy débil. Aún así, se había empeñado en que tuvieran una infancia feliz, sin

obligaciones. Will, al ser el mayor, tenía muchos más recuerdos de ella que sus hermanos, y los atesoraba. Ella murió siete años después, al enfermar de un catarro que se convirtió en neumonía. A partir de entonces, su padre cambió y se centró en sus hijos. La niñez terminó pronto para Rob. Su padre desterró de su vida cualquier muestra de afecto. Por eso su hermano pequeño no reía a carcajadas. Hasta ahora.

—¿Qué encuentras tan gracioso?

—A ti. Te comportas como un idiota a pesar de no estar enamorado de Aldith.

—¿Quién ha dicho que no estoy enamorado de ella?

—¿Lo estás?

—¿Eso te molesta?

—Will, ¿quieres calmarte? No estoy interesado en Aldith.

—¿Y a qué viene comportarse de ese modo tan cariñoso con ella?

—La he visto preocuparse por ti, Will. Esa mujer te ha cuidado sin descanso. Se enfrentó a nuestro padre, deberías haber visto el cabreo que llevaba cuando se fue de aquí. Y creo que el motivo es que está enamorada de ti. Y, si alguien quiere a mi hermano, entonces cuenta con mi lealtad.

—Es una mujer especial, ¿verdad?

—Si te doy la razón, ¿me pegarás?

Su hermano acababa de bromear, no se lo podía creer. Riendo, le dio una palmada en la espalda.

—¿Ya ha vuelto Ian?

—No, no esperamos que lo haga hasta la semana que viene. Supongo que aprovechará el viaje para pasar un par de días en las tierras de su prometida.

—¿Sigue en pie su compromiso?

—Por ahora, nuestro padre no ha tomado una decisión sobre qué compromiso romper, así que Ian sigue haciendo de novio enamorado para ganarse a su suegro. A fin de cuentas, tú no necesitabas una heredera, pero él sí.

—Y le dejo mi herencia, y tampoco está contento.

—Por lo visto, es una auténtica belleza. Fría y superficial, pero muy hermosa y con una buena herencia.

—¿En serio?

—Sí, aunque no creo que le dé demasiado placer en la cama porque no soporta a Ian.

—¿Su prometida se le resiste? Parece difícil de creer.

—Pues créelo, porque me lo dijo él la última vez que la visitó. Fueron a pasear para poder estar a solas e intentó besarla. Ella le cruzó la cara.

Will se quedó un momento con la boca abierta y luego soltó una carcajada.

—Pobre Ian. ¿Y cómo reaccionó? Porque no está acostumbrado a que le rechacen así.

—La levantó y la tiró a una fuente que había en el jardín.

Soltó otra carcajada mientras su hermano sonreía.

—Es una pena que ese matrimonio no se vaya a llevar a cabo, seguro que nos divertiríamos un montón. Si nuestro padre decide anular tu compromiso, puede que ella se convierta en tu mujer.

—Mierda.

Al pensar en esa posibilidad, Rob palideció. No podía tener tan mala suerte.

—¿Qué ocurre?— Will no pudo desaprovechar esa oportunidad de torturar a su hermanito pequeño—. Creí que habías sido tú el que había dicho que los matrimonios eran sólo una formalidad y que seguro que nuestro padre había elegido bien.

—La peor le había tocado a Ian— sonrió guasón.

—¿Conoces ya a tu prometida?

Negó con la cabeza.

—Aún no he conseguido verla, pero no creo que sea como la de Ian. Será tímida y sin carácter. Siempre he preferido las mujeres que tengan sangre. Pero estoy seguro de que al final podremos llevarnos bien, aunque no nos queramos. Pienso respetarla y no me cabe duda de que ella hará lo mismo.

—A veces me sorprende lo maduro que eres, te lo digo en serio. Creo que eres el hijo del que está más orgulloso nuestro padre.

—Eso no es cierto— Will notó un poco de tristeza en su voz—. Soy el que hace todo lo que se espera de él para conseguir que se sienta orgulloso, pero viendo la consideración que os tiene a Ian y a ti, me pregunto si no será inútil mi esfuerzo. Siempre que habla de vosotros, se nota lo satisfecho que está. Hay veces que creo que es, precisamente, vuestra rebeldía, lo que le gusta. Ese valor que tenéis para plantarle cara, es algo que admiro en vosotros.

—Está tremendamente orgulloso de ti. Le he visto hablar con otros nobles sobre tus dotes como caballero. Se le va expandiendo el pecho y temo que algún día explote.

Los dos hermanos rieron.

—No es un mal hombre y, a su manera, sé que nos quiere. Pero a veces es demasiado impositivo. Nunca nos pide nuestra opinión a la hora de tomar decisiones. Si nos hubiera reunido para comentarnos la posibilidad de concertar los matrimonios, probablemente no me hubiera negado.

—No está acostumbrado a negociar, siempre ordena y los demás le

obedecen. No ha visto la necesidad de tratar de forma distinta a sus hijos.

—Y tú has heredado su autoridad. Tus hombres no necesitan que les repitas una orden, antes de que termines de hablar ya están obedeciendo.

—Me gustaría pensar que soy más flexible.

Will sonrió.

—Un poco más, sí.



Cuando Aldith entró en la cabaña, les encontró riendo.

—Parece que lo estáis pasando bien.

—Will no es mala compañía cuando está despierto— su hermano le pegó un golpe en las costillas.

— ¿Te quedas a comer, Rob?

—No, gracias. Mi padre me espera. Creo que tenemos visita, aunque tampoco me he preocupado en saber de quién se trata. Creo que debo irme ya, tendré que asearme antes de comer. La última vez que tuvimos visita se trataba de unas damas muy tías que no dejaron de torcer la nariz porque decían que olía a caballo.

Aldith y Will se echaron a reír. Rob, el hombre adusto, les dio un abrazo antes de salir.



Rob detuvo el caballo en el patio, se apeó y le dio las riendas a uno de sus hombres. Rápidamente, se dirigió al salón, donde sabía que estaría su padre. Esperaba noticias de Will.

—Padre— se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa, mientras se sentaba—, ya he vuelto.

—Has tardado.

No hizo caso del tono áspero de su padre. Sabía que estaba preocupado por su primogénito, aunque no lo reconociera nunca.

—Me he quedado hablando un rato con él para asegurarme de que estaba bien— hizo una seña a una de las sirvientas para que le trajera una jarra de cerveza—. Está débil todavía, pero un par de días descansando y comiendo bien harán que vuelva a estar como siempre. No ha sido nada.

—Ha estado inconsciente. Podía haberle pasado cualquier cosa.

—Pero, por suerte, estaba ella para cuidarle.

—Ella es la culpable de que estuviera en esa cabaña aislada.

—Padre— dio un trago de la jarra que acababan de ponerle delante—, eso no es justo. Will ya llevaba un par de semanas viviendo allí cuando ella apareció en su vida.

Su padre le miró fijamente, como si pudiera ver dentro de él, haciéndole removerse incómodo.

—¿Se puede saber desde cuándo estás de parte de esa mujer?

—No estoy de parte de nadie, pero echarle la culpa a una mujer que no es responsable de nada, no es parte del código de caballeros.

El hombre miró a su hijo. Ciertamente había hecho un buen trabajo con el pequeño, pero tenía que tener cuidado con sus palabras, porque era un joven que no toleraba ninguna clase de injusticia y, en este momento, lo necesitaba de su lado.

—Tienes razón, la he atacado injustamente. Pero sabes que me preocupa mucho que tu hermano tire su futuro por la borda, y esa mujer le está haciendo cometer el mayor error de su vida— bebió cerveza él también—. Cuando hablé con ella, me hizo una promesa, pero tengo mis dudas de que vaya a cumplirla. Probablemente me lo dijo para que no moviera a Will, aunque ahora reconozco que mi decisión de trasladarlo no fue muy acertada.

—Padre, no te preocupes, va a cumplir su palabra.

—No puedes saberlo. Por muy bien que te caiga...

—Padre, me ha pedido que la escolte hasta sus tierras en cuanto Will esté bien. Ya ha recordado de dónde es y dónde vive su familia.

—¿En serio?

—Sí, pero no quiere despedirse de Will. Va a esperar a que él haya vuelto a sus ocupaciones en el establo. Mientras él esté aquí, yo iré a buscarla y la acompañaré a su casa.

—Vaya— el hombre se quedó un momento pensativo—. Parece que no la he juzgado bien. Eso es una buena noticia y hará que Will vuelva al sitio al que pertenece.

—Creo que no eres consciente de que eso va a destrozar su vida.

—Da igual lo que crean sentir. Una vez separados, el tiempo les hará olvidarse el uno del otro. Y ahora, ve a descansar un poco.

Sin añadir una sola palabra más, Rob se levantó y salió. El duque dejó vagar su mente, que fue directa al día que conoció a su mujer. En el momento en el que sus miradas se cruzaron, sintió como si el mundo se parara. Su corazón empezó a latir desbocado y estuvo toda la noche buscando la forma de que alguien se la presentara formalmente. La primera vez que sujetó su mano, una corriente traspasó su cuerpo. Entonces lo supo: estaba enamorado sin remedio de esa mujer. Por eso sabía que existía el amor y que podía ser más letal que una espada. Se había encargado de concertar los matrimonios de sus hijos y había elegido mujeres que, no sólo les aportaran un título nobiliario a

sus hijos menores, sino que fueran mujeres con un carácter débil. No buscaba su infelicidad, lo único que quería era que no se enamoraran, porque perder al ser amado podía destruir a un hombre. Lo sabía de primera mano.

Tomando una decisión, llamó a uno de sus hombres. Le proporcionaría a esa mujer una buena montura como regalo por marcharse.



—Tienes cara de cansado. ¿Por qué no te acuestas un poco?

—Sólo si vienes conmigo.

Se echó a reír ante su expresión traviesa.

—Will, es de día.

La abrazó con fuerza y empezó a besarla. Poco a poco, la reticencia de ella se fue esfumando y fue correspondiendo a sus besos, cada vez más apasionada. A Will le encantaba eso. Se sentía el hombre más poderoso del mundo sólo por poder despertar esa respuesta en ella. Deslizó una mano desde la mitad de su espalda hasta su culo. Aldith se acercó aún más a él, amoldando sus suaves curvas al duro cuerpo masculino. La llevó hasta el camastro sin dejar de besarla. La ropa fue cayendo y, cuando la tuvo completamente desnuda, la empujó contra la cama, tumbándose encima de ella.

—Eres muy hermosa, Aldith.

Ella se sonrojó ante sus palabras. Nunca se había sentido especialmente guapa. En su familia la belleza de su madre la había heredado su hermana pequeña. Pero cuando Will le decía eso, su expresión y su tono no le dejaban duda de que era sincero. Ese hombre la veía hermosa y ella estaba enamorada sin remedio de él.

Se inclinó y la besó despacio, saboreándola. No tenía prisa, quería disfrutar de ella. Fue dejando un reguero de besos en su cuello, su pecho, su tripa... hasta que llegó al inicio de sus muslos. Aldith miró su cabeza, intrigada. Will le dobló una de las piernas y enterró su cara en el centro de su feminidad. Con un jadeo, ella le sujetó del pelo para mantenerlo cerca.

—Quiero que disfrutes— habló contra su sexo, haciendo que le recorriera una descarga de energía por el cuerpo—. Relájate. Quiero saborearte.

Cerrando los ojos, se dejó llevar por las agradables sensaciones que sus labios y su lengua le estaban provocando. Confiaba en él y, algo que le hacía sentir tan bien, no podía ser malo. Empezó a sentir un intenso calor.

—Creo que me estoy poniendo mala, Will. No me siento muy bien.

Él se limitó a sonreír, sin dejar de jugar con su clítoris. Notaba el aumento de su humedad y sabía que estaba cerca del orgasmo. Con la lengua acarició su pequeño botón.

—Oh, dios mío.

Cerrando los ojos con fuerza, como si estuviera sufriendo, Aldith empezó a sentir los primeros temblores. Su cuerpo se puso tenso, lanzó un gemido y se dejó ir. Su orgasmo fue el más intenso de todos los que había tenido desde que él le hiciera el amor por primera vez.

—Me encanta ver tu cara cuando te doy placer.

—Me da vergüenza que digas esas cosas.

Él se echó a reír y se colocó encima de ella. Le pasó un dedo sobre sus rizos mojados y, con la otra mano, fue guiando su miembro hacia la entrada. Con delicadeza, empujó despacio hasta que estuvo dentro totalmente. Se quedó un momento quieto, disfrutando de las convulsiones que aún sentía ella.

—Te adaptas a mí tan bien...

Se movió intentado ser delicado, pero las ganas que tenía de ella hicieron que no pudiera controlarse demasiado, por lo que terminó acelerando el ritmo.

Ella se movió con él, levantando las caderas para acudir a su encuentro. Will apretó los dientes. Cuando no pudo aguantar más, se vació en ella, con un gemido ahogado.

Permaneció tumbado, abrazado a ella, intentando no aplastarla.

—¿Estás bien?

Parecía un poco preocupada.

—Sí, sólo necesito descansar un poco. Creo que la fiebre me ha dejado más débil de lo que pensaba.

Con esfuerzo, se giró para quitarse de encima y tumbarse. Aldith se acercó a él y Will la abrazó.

—No deberíamos haberlo hecho.

—Tenía que hacerlo, aunque me hubiera matado.

Notó la risa de ella y eso le encantó.

—Voy a dejar que descanses y voy a salir fuera para que Furst corra un poco. Además, quiero tomar un poco el aire. Luego te haré algo de cena.

La vio vestirse y salir. Furst salió a su lado. Ese perro no se separaba de ella. Aunque era normal, porque ella no dejaba de darle mimos. Probablemente, nadie le había acariciado tanto antes. Tampoco él se había sentido nunca con nadie como se sentía con ella. Le hacía feliz. Era una mujer incapaz de hacer daño. Y no quería descansar si ella no estaba tumbada a su lado. Se puso la ropa y salió.

Aldith estaba corriendo mientras Furst intentaba atrapar el palo que ella tenía en la mano. Su risa resonaba en la explanada de hierba. Tiró el palo con fuerza y el perro corrió a buscarlo. Se sentó, estaba demasiado débil para participar en el juego. Además, sólo con verla disfrutar, ya se sentía feliz.

Vio venir a los caballeros, extrañado. Ni su padre ni ninguno de sus hermanos venían con ellos. Se puso tenso ante la posibilidad de que le hubiera

pasado algo a alguno de ellos y vinieran a avisarle. Blanco, se puso en pie y se acercó a ellos, para impedir que Aldith pudiera oírles.

—¿Qué ocurre?

—Nada, milord. Su padre nos ha ordenado que os traigamos un caballo por si queréis ir al castillo o a la aldea con vuestra invitada.

—¿En serio?— miró la preciosa yegua que traían.

¿Qué le pasaba a su padre? ¿Había desistido de su intento de hacerle cambiar de idea y le apoyaba? ¿Sería porque había conocido a Aldith y se había dado cuenta de lo feliz que le hacía esa mujer? Sonrió, su padre nunca haría eso. Sin duda estaría tramando algo para salirse con la suya. Pero iba a estar en guardia para evitar que atacara de alguna manera a la mujer de su vida.

—Dadle las gracias a mi padre por el detalle.

Bajando la cabeza a modo de saludo, los caballeros se alejaron, dejando las riendas del animal en las manos de Will.

—¿Qué querían?

—El duque nos ha enviado esta yegua para que la puedas usar para ir a la aldea.

—¿En serio? Es muy generoso. Voy a tratarla con mucho cuidado.



XII

Will se despertó y miró a Aldith, que dormía abrazada a él. Viéndola así, no podía evitar pensar que su cambio de actitud de esos tres últimos días era imaginación suya. Sumida en el sueño, sonreía feliz y relajada y buscaba el calor de su cuerpo. Sin embargo, despierta se comportaba de forma extraña. Cuando creía que él no la miraba, se quedaba pensativa, como retraída. Al volver en sí, sonreía como si no pasara nada. Probablemente se estaba preocupando sin motivo. Lo más seguro era que estuviera pensando en su familia e intentando recordar.

Por las noches había sido ella la que se le había tirado literalmente encima. Parecía que, poco a poco, estaba superando su vergüenza, y eso hacía a Will muy feliz.

Se levantó con cuidado para no despertarla pero, al notar el frío, Aldith abrió los ojos.

—¿Qué hora es?

—Es pronto— se acercó a la cama y la besó—. Duerme un poco. Voy a salir a caminar un poco, necesito hacer algo de ejercicio.

—¿Vas a estar bien?

—Claro. No es que me queje, pero estos días has estado tonificando mis músculos de una forma muy... agradable. Pero necesito ejercitar también mis

piernas. Si quieres, esta tarde podemos ir a ver a Charles y Brenna. Seguro que Meg está deseando verte.

—Me encantaría.

Will la miró fijamente.

—¿Por qué parece triste?

—Aún estoy dormida, sólo es eso.

No muy convencido, la volvió a besar antes de salir de la cabaña.

Aldith esperó a oír sus pasos alejarse y entonces dio rienda suelta a su dolor. Sentada en la cama, lloró como una niña. Furst, al oírla, se acercó y le olió la cara. Su nariz entró en contacto con las lágrimas saladas de la mujer y las lamió, esperando consolarla. Pero no había consuelo para ella. Iba a dejar a Will. Lo que iba a hacer era lo mejor para él. No podía quedarse, porque en cuanto descubriesen dónde estaba, su familia iría a buscarla y Will estaría en problemas. Su padre exigiría que se le castigara por deshonorarla y el duque, por mucho aprecio que le tuviera, tendría que satisfacerle. Y no quería amargarle la vida. Después de un buen rato, se secó las lágrimas y se levantó. Furst movió la cola, feliz, al ver que dejaba de llorar. Había quedado con Robert en que fuera a buscarla al segundo día de la incorporación de Will al trabajo. Lo mejor que podía hacer era seguir disfrutando del poco tiempo que les quedaba juntos para tener aún más recuerdos que atesorar.



—Espero que nadie del castillo me vea así.

Aldith sonrió.

—No estás haciendo nada malo.

Will bufó mientras arrancaba otra flor.

—Estoy cogiendo flores como si fuera una delicada dama.

La joven soltó una carcajada.

—Estoy casi segura de que las damas no cortan las flores ellas mismas— miró las flores que Will estaba echando en la cesta—. Lo estás haciendo mal. Tienes que dejarles el tallo más largo.

—¿Qué más da? Le van a gustar igual.

—No lo entiendes, no son para que se limite a mirarlas. Meg debe estar pasándolo muy mal por tener que guardar reposo. Las flores son para que pueda hacer coronas e inventar peinados. Eso la mantendrá entretenida el tiempo que tenga que permanecer encerrada. Y ahora— le devolvió la cesta—, deja de refunfuñar y piensa en esa pobre niña.

Will la observó mientras recogía flores. Era muy típico de ella pensar en el bienestar de los demás.

Dejó la cesta en el suelo y se acercó a ella sin hacer ruido. Sin previo aviso, la agarró de la cintura haciéndola gritar por la sorpresa y se la puso sobre el hombro.

—¡Will!— Aldith apenas podía hablar, sofocada por la risa—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Te estoy llevando detrás de ese enorme árbol para poder besarte sin que nadie nos sorprenda.

—¿Te has vuelto loco? Bájame, que nos puede ver alguien.

—Sólo voy a besarte.

—Nunca te limitas a besarme.

Will sonrió.

—¿Me está proponiendo algún acto indecoroso, señora?

Notó la carcajada de ella en su hombro.

—Jamás me perdonaría pervertir a un alma pura como la suya, señor.

La dejó en el suelo sin soltar su cintura, arrastrándola con él cuando se sentó. La besó con suavidad, sólo quería saborearla, pero la vehemencia de ella le sorprendió. Se sentó a horcajadas sobre él, apretando su cuerpo contra el suyo. Su falda quedó a la altura de la cadera, dejando su feminidad totalmente abierta.

Sabía que no era el sitio más apropiado y no había sido ésa la idea que tenía en mente cuando la había apartado del camino. Se iba a limitar a abrazarla y besarla, le gustaba escandalizarle. Pero si ella le buscaba, él era incapaz de resistirse. Tenerla entre sus brazos, dispuesta a entregarse a él, le excitaba de tal manera que olvidaba todo a su alrededor y sólo podía pensar en su cuerpo contra el suyo. Un escalofrío le recorrió la espalda, esa mujer podía hacer con él lo que quisiera. Y, sin embargo, darse cuenta de eso no le dio miedo. Confiaba en ella.

Los dedos de ella tratando de acceder a su miembro le sacaron de sus pensamientos. No podían arriesgarse a que los descubriesen así. A esas horas, cualquiera podía verlos. Detuvo sus manos sin dejar de besarla y las colocó alrededor de su cuello. En cuanto las soltó, ella las dejó deslizar por su pecho, en busca de nuevo de su objetivo. Volvió a pararla y, esta vez, ella dejó de besarle para mirarle con extrañeza.

—¿Qué ocurre?

—No podemos hacer esto— respiró profundamente, intentando calmarse.

—¿Estás bien?

Sonrió ante la preocupación de ella.

—Sí, no me pasa nada.

—Entonces, ¿por qué no puedes?

—No es que no pueda, contigo mi cuerpo siempre está preparado— verla sonrojarse con sus palabras le gustó—. Pero éste no es el mejor lugar. No está muy transitado, pero no quiero que nadie nos sorprenda en una actitud comprometida.

—¿Qué más da eso?— Aldith le abrazó, acercando su boca a la oreja de Will y apretando su pecho contra él—. Algo que nos hace sentir tan bien, no puede ser malo.

Acarició su lóbulo con la lengua, con mucha suavidad, antes de sujetarlo con los dientes.

Un escalofrío le recorrió la columna. Sin poder razonar ya, él mismo sacó su miembro y lo acercó a la húmeda entrada. Al notar que ya estaba más que preparada, la penetró de un solo movimiento. Se quedaron mirando a los ojos, ambos muy quietos, como si no fueran conscientes de dónde estaban, como si el mundo se hubiera detenido por ellos.

Sin apartar la mirada, Aldith se humedeció los labios, mientras separaba apenas un poco su cuerpo. Con la misma lentitud, volvió a acercarlo, hundiendo de nuevo su miembro en ella.

En esa posición se sentía poderosa. Podía marcar el ritmo y, a pesar de estar al aire libre, no tenía ninguna prisa. Will volvería al trabajo al día siguiente, su tiempo juntos se acababa y también su oportunidad para ser feliz. Porque aunque Ian fuera un buen hombre, ella sabía que nunca lograría sentir por él lo que sentía por Will. Tendría una buena vida, pero todas las noches añoraría los brazos de Will rodeándola, fuertes, capaces de hacerla estremecer, de hacerle sentir segura. No le importaba que alguien pudiera sorprenderles, su vida no podía romperse más. Sólo le importaba el momento con Will. Se convertirían en los recuerdos que atesoraría para aliviar su dolor.

—Esto no es una buena idea.

Las palabras de Will la sacaron de sus pensamientos.

—Chist— puso el índice sobre sus labios para que no rompiera la magia

con sus palabras. No quería que entrara en razón y se separara de ella.

Acercó su boca al cuello de Will y le dio ligeros mordiscos que hicieron que se le pusiera la carne de gallina. Incapaz de controlarse, la sujetó de las caderas para marcar el ritmo, duro, rápido. Esa mujer conseguía que no le importara el momento ni el lugar, sólo ella.

Las uñas de ella se clavaron en sus hombros y echó la cabeza hacia atrás. Los movimientos de Will aumentaron, buscando él también su desahogo.

Se mantuvieron un rato abrazados, mientras sus respiraciones se calmaban.

—Si hacemos otra parada de camino, no llego vivo a la aldea.

Aldith soltó una carcajada.

—Tranquilo, creo que tenemos suficientes flores para Meg— se puso en pie, colocándose bien la falda del vestido—. Será mejor que nos pongamos en marcha ya.

Le ofreció la mano y Will la aceptó. Pero, en vez de levantarse, tiró de ella y la hizo caer de nuevo sobre él.

—Will— Aldith no podía parar de reír mientras él le hacía cosquillas—. Si no me sueltas, llamo a Furst.

Él la soltó.

—Será mejor que nos vayamos. No quiero que ese perro me odie.

Esta vez le ofreció él su mano y sonrió al ver la cara de sospecha de ella antes de aceptarla.

—Coge la cesta, no se nos olvide.

—No pretenderás que la lleve yo, ¿no?

—Tranquilo, no pesa.

Con un suspiro, hizo lo que ella le decía y la siguió, disfrutando de la vista que ofrecía ella al caminar.



—Creo que voy a mezclar estos colores en una corona, puede quedar muy bien.

Aldith miró de forma crítica los colores de las flores separadas por Meg.

—Es una combinación un poco arriesgada, pero puede que funcione.

—Estoy segura de que, si las mezclo haciendo un dibujo, va a quedar preciosa. Va a ser mi regalo para ti.

—Oh, Meg— le dio un abrazo a la niña—. La guardaré con mucho cariño.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Iba a ser la última vez que les iba a ver y no podía despedirse de ellos.

—Voy a preparar las judías.

Aldith se levantó al oír a Brenna.

—Te agradezco mucho que te hayas ofrecido a enseñarme.

—Es un placer. En esa balda hay un tarro con trozos de pan duro. Cógelo, los vamos a necesitar también.

Se lo acercó y observó cómo la mujer mezclaba los ingredientes.

—Estoy aprendiendo muchísimo de cocina. Por las mañanas suelo hacer gachas, me salen muy buenas.

—¿Gachas?

—Sí, me dijeron que era la comida preferida de Will, pero creo que me gastaron una broma.

—¿Por qué?

—Porque se las hice para sorprenderle y no me hizo ningún comentario.

—Estoy segura de que le encantó, pero para él es difícil.

—¿A qué te refieres?

—Hace años que murió su madre, pero fue un golpe para los niños. Les cocinaba gachas por las noches para cenar, por eso es su comida preferida. La asocian a ella. Si no te dijo nada, probablemente es porque aún su recuerdo está muy presente y le duele.

—Soy tonta.

Brenna sacudió la cabeza.

—Es normal que no lo supieras.

—Esta noche se las volveré a cocinar.

—Aldith, ¿qué te parece?

Se volvió para mirar la corona que le enseñaba Meg. La niña había arriesgado y, en verdad, los colores casaban a la perfección.

—Es preciosa, Meg. Me has superado, tienes mucho talento para esto.

—Pruébatela, a ver si te queda bien.

Se la colocó sobre la cabeza, ajustándola.

—Me queda perfecta. La guardaré para una ocasión especial.

—Puedes trenzar la parte de arriba del pelo a la corona y luego dejarlo caer.

—Traemos la carne.

Los hombres aparecieron por la puerta. Habían estado asando un cerdo en el patio.

—En seguida están las judías.

Aldith se acercó a Will.

—Mira lo que me ha regalado Meg.

—Veo que ha aprovechado bien las flores que me has obligado a cortar por el camino.

Al pensar en la parada que habían hecho en el camino, se sonrojó. Se sentó al lado de Meg para comer.

—¿Te has planteado dedicarte a peinar? Tal vez la señora del castillo pueda disfrutar de tu talento.

Un silencio cayó sobre los presentes. Parecían incómodos. Will decidió romper la tensión.

—Desde que murió la duquesa, ya no hay mujeres nobles viviendo de forma permanente en el castillo. El duque no tiene hijas.

—No lo sabía, siento haber sacado el tema.

—La duquesa era muy querida en la zona— Charles sonrió—. No tienes que disculparte por habérmola recordado.

—Cuando el heredero se case, estoy segura de que su mujer se sentirá muy afortunada si puede contar con tus servicios.

—Bueno— Will cambió de tema—, ¿quién quiere probar esto?

Los niños empezaron a gritar, alborotados y Aldith sonrió.

—¿Cuándo vuelves al trabajo, Will?

—Mañana. Ya me encuentro totalmente recuperado.



XIII

Despacio, casi arrastrando los pies, envolvió uno de los vestidos de Brenna en una sábana. En cuanto volviera a esa tierra, le regalaría vestidos nuevos por su amabilidad.

Al pensar en esa familia que le había acogido con los brazos abiertos, estuvo a punto de volver a derrumbarse. Hasta que no viniera Rob, no podría dejarle la nota a Will, porque no tenía material para escribir. Cogió el cubo y fue al pozo, quería que Will tuviera agua fresca cuando volviera. Observó el paisaje durante un rato. Cerró los ojos y levantó la cabeza para sentir la ligera brisa que corría. Sintió la cabeza del animal contra su pierna y, sin abrir los ojos, bajó la mano y le acarició entre las orejas.

—Es hora de volver, pequeño.

Con paso cansado, volvió a la cabaña, dejó el cubo dentro y se sentó fuera, mientras Furst jugaba a traerle la piedra que ella le tiraba.

Una hora después, Rob apareció. Aldith se puso de pie para saludarle. El muchacho le dio el trozo de papel que le había traído, la pluma y el tintero.

—Voy dentro a escribirle. No tardaré.

—Tarda lo que tengas que tardar. Ensillaré tu yegua.

Con pulso firme, empezó a escribir. Sabía lo que iba a ponerle, llevaba

tres noches pensándolo. No podía ser sincera con él, aunque le partía el corazón no poder contarle la verdad. Al final se enteraría y eso haría que la odiara. Pero él lo superaría y encontraría a una mujer a la que amara de verdad.

Cuando salió, Rob dejó de jugar con el perro y la miró.

—¿Estás lista?

Con una sonrisa triste, ella negó con la cabeza.

—No, pero tengo que hacerlo.

Él cogió el fardo de ropa que le dio y lo sujetó a la grupa de su caballo.

—Furst— Aldith se agachó y le acarició, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—, tienes que quedarte con Will. No sabes lo mucho que te voy a echar de menos.

El perro ladró. Puede que no entendiera sus palabras, pero era obvio que sabía que era una despedida y no estaba de acuerdo.

—No te preocupes. Voy a encerrarlo en la cabaña para que no nos siga.

Una vez que el perro estuvo controlado, Rob le ayudó a subir a la yegua.

—Tú dirás dónde vamos.

—¿No vienen tus hombres?

—¿Para escoltarte? Me basto yo solo. ¿No confías en que pueda mantenerte a salvo?

—No, claro que no. No quería insinuar eso— se sonrojó, preocupada por la posibilidad de haberle ofendido.

Rob lanzó una carcajada que puso un poco nerviosa a la yegua.

—Estaba bromeando.

—Menos mal, porque no quiero que te enfades conmigo. Simplemente me preocupa que vuelvas solo.

—Me gusta viajar solo de vez en cuando. Así no tengo que estar pendiente de nadie.

—¿No es aburrido?

—Para nada, la soledad es necesaria a veces. ¿Dónde vamos?

—Hacia el sur.

—¿Puedes decirme algo más concreto?

—Aún no estoy preparada. Prefiero ir guiándote.

—Como prefieras, me adapto a ti. ¿A cuántas jornadas estamos?

—No demasiado lejos. A ritmo lento, unos tres días. Pero, como vamos ligeros, un día y medio o así.

—Para recortar tres días en uno y medio, no podremos descansar apenas.

—A mí no me importa. Si tú aguantas, yo también puedo.

Rob la miró, poniendo una expresión ofendida.

—Si una mujer puede llevar un ritmo rápido, un caballero puede doblarlo.

A pesar de su tristeza, ella rió.

—Entonces parece que estamos de acuerdo. Haremos paradas breves para que los caballos coman y descansen un poco.

—Tienes ganas de llegar.

—Quiero ver a mi familia, tienen que estar preocupados.

—Entonces, ¿no es por tus ansias de librarte de nosotros?

La broma de él le puso triste cuando volvió a pensar en todo lo que dejaba atrás.

—Hubiera sido feliz si hubiera podido quedarme con Will.

—¿Estás enamorada?

—Por primera y última vez en mi vida.

Fueron durante unas horas cabalgando en un relajado silencio que ambos agradecían. Rob iba pensando en sus cosas y ella no podía quitarse a Will de la cabeza. ¿Cuál sería su reacción al leer la nota? Probablemente en el momento se sentiría engañado, pero luego vería que se había quitado un problema de encima y había recuperado su vida.



Will desmontó rápido. Tenía ganas de verla y abrazarla. Abrió la puerta y Furst salió corriendo, como un loco. Empezó a moverse en círculos, olfateando el suelo.

—¿Qué ocurre, chico?— intentó acariciarlo para que se calmase, pero el perro no parecía ser consciente de su presencia, estaba buscando algo—. Aldith, ¿qué le pasa a este chucho?

Entró en la cabaña y la encontró vacía. Lo primero que pensó era que ella se había decidido a ir sola a la aldea y esperarle allí, pero no hubiera dejado al perro solo. Dentro tampoco había signos de lucha. ¿Qué había ocurrido? ¿Y dónde estaba Aldith?

Encima de la mesa, había un trozo de papel. Con manos temblorosas, lo cogió y empezó a leer:

“Will, por favor, no me odies. Hace unos días que recuperé la memoria, ya

sé quién soy y a qué lugar pertenezco, y no es éste. Siento mucho no haberte dicho nada, pero no quería retrasar tu recuperación. Voy a echarte de menos y, puede que no me creas, pero sé que nunca voy a encontrar otro hombre como tú. Lo que hemos compartido ha sido precioso, pero debo volver al mundo real. He preferido no despedirme de ti para no hacerlo aún más difícil.”

Esas pocas líneas hicieron que el mundo se le viniera encima. Aldith se había marchado, para siempre. Parecía una broma de mal gusto. Se sentó, derrotado. Por fin había creído que iba a ser feliz y se lo habían arrebatado todo. Su padre tenía razón, los sentimientos debilitaban a los hombres. Y, por no escucharle, una mujer había destrozado sus sueños y se había reído de él. Aldith llevaba días sabiendo quién era. Rob tenía razón, le había mentado.

Rió sin ganas. Se lo tenía merecido, por imbécil.



—Pareces cansada. ¿Quieres que paremos?

Aldith negó con la cabeza.

—Estoy bien. Puedo continuar sin problemas.

Rob paró su montura y ella le imitó.

—Se nota mucho que estás cansada. Estás a punto de caer dormida del caballo. No me gustaría que te partieras el cuello.

La joven sonrió, bastante aliviada.

—La verdad es que sí me vendría bien un pequeño descanso. Sólo necesito parar unos minutos y estaré lista para seguir.

Rob miró al horizonte. Aún faltaba mucho para que se pusiera el sol, pero

era evidente que Aldith necesitaba un descanso más largo de lo que aseguraba. Tampoco tenían prisa, así que no le costó nada tomar la decisión correcta.

—Creo que este sitio es perfecto para pasar la noche. Hay un río cerca y estamos resguardados, aunque no parece que vayamos a tener lluvia.

Se apeó del caballo y le ayudó a ella a desmontar. Sus movimientos rígidos le hicieron sonreír. Will había dicho que no le gustaba quejarse y era cierto.

—Gracias— le sonrió en cuanto la soltó.

—Estás peor de lo que decías. Deberíamos haber parado mucho antes.

—No quiero entretenerte más tiempo del necesario. Cuanto antes lleguemos, antes podrás volver a tu hogar.

—Paso más tiempo fuera de casa que en ella. Estar de viaje no me supone ningún malestar. Intentaré que tardemos lo menos posible para que puedas tranquilizar a tu familia, pero no quiero que el viaje se convierta en un suplicio para ti.

Al pensar en la preocupación de su familia se sintió aún más culpable. Había alargado su estancia con Will porque le dolía dejarle, sin pensar en lo que él quería ni en su familia.

El abrazo de Rob le pilló por sorpresa, absorta como estaba en sus pensamientos. Su pecho fuerte y sus brazos de acero le recordaron tanto a Will que, sin pensarlo, se abrazó a él y se puso a sollozar. El muchacho se limitó a abrazarla, sin decir nada.

Cuando consiguió calmarse, se apartó avergonzada, secándose la cara con las manos.

—Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. Necesitabas desahogarte.

—Te prometo que voy a ser una buena compañía durante el viaje.

—¿A qué distancia estamos?

Aldith pensó un momento.

—No creo que tardemos más de 2 días.

—¿Y sin forzar la marcha hasta que caigas desmayada?

Sonrió un poco avergonzada.

—Puede que 4 días.

—No es un viaje demasiado largo.

—Eso espero.

—Voy a llevar los caballos al río para que beban. ¿Puedes juntar ramas para hacer fuego?

—Claro que sí.



—Padre, tenemos que hablar.

—Estoy ocupado— Su padre no le miró siquiera. Siguió observando a los hombres ejercitándose en el patio. Llevaba dos días esperando esa conversación, desde que Robert le había comunicado que partía para escoltar a la mujer a su hogar. Will se colocó a su lado, mirando el entrenamiento — ¿No deberías estar trabajando en las caballerizas? Te pago para eso.

Por lo visto, su padre quería ponérselo difícil.

—Es importante.

—¿Qué te parece?

Siguió la mirada de su padre.

—Rob está haciendo un buen trabajo con ellos. Están mejorando rápidamente— miró alrededor—. ¿No está aquí?

—No, ha tenido que irse de viaje.

—Quiero volver a casa.

El duque le miró. Will tenía las ojeras muy marcadas. Su cara estaba mortalmente seria, su mirada desprendía una dureza que no recordaba haber visto nunca. Su sufrimiento era más que evidente y, por un momento, recordó el inmenso dolor que había sentido con la muerte de su mujer.

—Siempre has sido muy directo. Me gusta la gente que no pierde el tiempo. ¿Puedo preguntar qué ha ocurrido para que cambies de idea? La última vez que hablamos de este tema, estabas firmemente convencido de que no querías volver.

—He sido un imbécil. Una mujer se ha reído de mí— sacudió la cabeza, con una sonrisa—. Tenía razón, somos demasiado crédulos en algunos aspectos de la vida. Debí confiar en sus decisiones. Me gustaría pedirle perdón por los quebraderos de cabeza que le he causado con mi comportamiento egoísta e infantil. Me he equivocado.

—Ningún hombre se equivoca por seguir sus instintos. Se equivoca cuando se da cuenta de que ese camino no le lleva a ningún lado y no rectifica el rumbo por cabezonería— le puso la mano en el hombro—. Es obvio que lo estás pasando mal. Soy tu padre, no me hace feliz tu estado. Si un hijo mío sufre, yo también sufro. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte a superarlo.

—No voy a poder superarlo nunca.

—El tiempo va difuminando el dolor.

—Parece difícil de creer.

—Y, sin embargo, es cierto— dudó un momento, no estaba seguro de que fuera un buen momento, pero prefería dejarlo todo atado—. Y ahora que has vuelto, supongo que estás decidido a retomar todas tus obligaciones.

Will sonrió sin humor al oír el leve énfasis con el que había pronunciado la palabra “todas”.

—Por supuesto. Me casaré con mi prometida si aún no ha roto el compromiso.

—Sigue en pie.

—¿Por qué no me ha repudiado en todo este tiempo, padre?

Su padre pareció sorprendido por la pregunta.

—Estoy muy orgulloso de los hombres en los que os habéis convertido. Nunca repudiaría a ninguno de vosotros por tomar una decisión como la que tomaste.

—Si no pensaba repudiarme, ¿cómo iba a solucionar lo de los compromisos?

—¿Te das cuenta ya de que no era tan fácil como lo veías?

Will sonrió entre avergonzado y complacido. Había estado convencido de que la negativa de su padre a repudiarle se debía a que confiaba en que iba a volver, y la realidad era que le quería. No debería haber creído nunca que fuera capaz de llegar a hacerlo.

—Lamento muchísimo los inconvenientes que le he causado.

—Eres un buen muchacho, nunca me has dado motivo de queja. Y ahora que has recapacitado, será mejor que vuelvas a ocupar el lugar que te corresponde cuanto antes.

Con un gesto de cabeza a modo de saludo, salió del salón privado de su padre. No había esperado que su padre mostrara tanta comprensión y que le

facilitara la vuelta. Por supuesto que no había dudado en que le permitiría volver, pero estaba preparado para sus reproches.

Su alcoba estaba exactamente igual, pero la habían mantenido limpia. Las armas seguían donde las había dejado. Deslizó los dedos por una de las espadas, disfrutando del familiar contacto del frío acero contra su piel. No pudo evitar pensar en la enorme diferencia con la calidez del cuerpo de Aldith, cómo se estremecía cuando pasaba los dedos por una zona sensible, cómo se erizaba su piel...

Apartó furioso la mano. No quería pensar en ella, no podía. Porque cada vez que la recordaba, un dolor lacerante le traspasaba el pecho. Su padre siempre les había dicho que los hombres no lloraban, pero cuando su mente volvía a ella por las noches, las lágrimas corrían libres por sus mejillas sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Ese desahogo era la única forma de aliviar la enorme tristeza que sentía en su interior. Era como si su alma se derramara cada noche, dejándole un poco más vacío cada vez.



Aldith lanzó una carcajada ante una ocurrencia de Rob. Llevaban 3 días de marcha y había descubierto que, pese a su apariencia seria y adusta, el muchacho tenía un peculiar sentido del humor que conseguía aliviar su profunda tristeza durante el día.

Las noches, en cambio, le resultaban interminables. Cuando se acostaban para dormir, sus sentimientos se desbordaban hasta casi ahogarla, y lloraba durante horas hasta que se dormía por agotamiento. Rob no decía nada, pero Aldith estaba segura de que, a pesar de sus esfuerzos por no hacer ruido, él la oía.

—Me va a dar pena que se acabe el viaje. Eres un buen compañero.

—Si lo deseas, cuando parta hacia mi próxima misión, te aviso y me

acompañas.

Aldith lanzó otra carcajada.

—Me temo que, al igual que ahora, te retrasaría.

—Entonces deberías venir, tal vez evites que mis hombres me maten mientras duermo.

A Aldith le costaba creer que el hombre que le tomaba el pelo fuera el mismo que se comportaba en el castillo como si no supiera sonreír. Supuso que estar a la altura de su fama debía ser agotador.

El ruido de un grupo de jinetes les hizo detenerse. Cuando se estaban apartando para dejarles paso, Rob se dio cuenta de que les estaban rodeando. Tenso, hizo un movimiento para quedar delante de Aldith, mientras desenvainaba la espada. Era una partida de unos diez hombres, pero no mostró el más mínimo gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre?

Aldith parecía un poco asustada.

—Tranquila, yo me encargo. No te separes de mí.

Uno de los caballeros se adelantó, con la espada en la mano, y se dirigió directamente a Rob.

—Sepárate de esa dama.

—¿O qué?

—O tendrás un problema.

—Genial, me encantan los problemas.

—Será mejor que obedezcas y envaines esa espada, no queremos lastimarte, niño.

—Hablas demasiado.

El otro hombre se puso rojo y se adelantó aún más. Aldith se asomó, sin salir de detrás de Rob, y sonrió.

—¡Drew!— adelantó su yegua para acercarse al hombre—. Envaina esa espada. Me estaba escoltando a casa.

Se bajó sola del caballo, para intentar relajar los ánimos entre los dos hombres, que se miraban mal.

—¿Qué haces viajando con este desconocido?

—Es una larga historia y, si me paro a contártela ahora, tardaré aún más en llegar a casa. Además, no me gusta que trates así a alguien que ha sido tan generoso conmigo. Hasta me han dejado una montura. ¿Dónde están tus modales?

El hombre se sonrojó.

—Tienes razón, pero llevamos mucho tiempo buscándote y estábamos preocupados por si te había pasado algo. Tu familia lo está pasando muy mal y tu padre se culpa de todo lo que se ha llegado a imaginar que te había pasado.

—Entonces será mejor que no perdamos el tiempo— se volvió hacia Rob—. Ya estoy con mi gente, así que no tiene sentido que te haga venir conmigo durante más tiempo.

El muchacho desmontó y se acercó a ella.

—Júrame que vas a estar bien con ellos, que no me despides porque tengas miedo de que nos peleemos.

Aldith se echó a reír.

—No quiero que les hagas daño, Drew es mi familia. Y algo en tu actitud me dice que, no sólo hubieras salido bien parado del enfrentamiento, sino que lo hubieras disfrutado.

Él sonrió, bajando la cabeza.

—Veo que no se te puede engañar.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Y puedes devolverle la yegua a tu padre, ha sido muy amable dejándomela.

—No te la ha dejado, era un regalo.

—¿Un regalo? ¿Por qué?

—Supongo que por haber cumplido tu promesa. Lo conozco y sé que le da muchísima importancia a la palabra dada. Siempre dice que alguien que no tiene palabra, no tiene honor.

—No puedo aceptarla.

—Y yo no puedo volver a casa con ella, me desheredaría.

Ella rió y cogió las riendas del precioso animal.

—Dale las gracias de mi parte— abrazó al joven, que le envolvió con sus fuertes brazos.

—¿Quieres que le diga algo a Will?

—No.

—Mejor, porque preferiría no decirle que te he escoltado yo para que te vayas.

Le sonrió, comprensiva.

—Gracias a haberos conocido, ya no tengo miedo al futuro. Puede que no me guste, pero ya no lo temo.

—No sé qué hemos hecho para lograr eso, pero me alegro un montón.

Le ayudó a montar en la yegua y se quedó de pie, mirando cómo se iba.



—¿Cómo están?

—Muy preocupados. Te hemos buscado incansablemente, aunque tu padre nos pidió que fuéramos discretos. No quería que nadie se enterara de que te habías escapado para que no supieran que podías estar sola y resultaras una presa fácil para alguno de sus enemigos.

—Siento mucho las molestias que os he causado. No era mi intención.

—¿Dónde has estado? Y, para colmo, apareces acompañada de ese crío impertinente.

—Estoy un poco cansada y no me apetece hablar.

—¿Quieres que hagamos noche?

—No, me gustaría llegar cuanto antes. Supongo que mi padre no estará muy contento.

—Aunque te resulte extraño, no está enfadado. Lo único que quiere es encontrarte cuanto antes.

—Estoy deseando verlos y abrazarlos. Les he echado mucho de menos— miró a su primo, con una sonrisa triste—. Os he echado de menos a todos.



XIV

La mujer corrió por los pasillos, sujetando su falda para no tropezar. En cuanto entró en el salón, buscó con la mirada a su marido.

—¿Es cierto? ¿Han encontrado a Aldith?

—Sí, Drew la encontró cuando estaba regresando a casa. La está escoltando hacia aquí y ha enviado a un hombre para que nos avisara.

—Voy a ordenar que enciendan el fuego en su alcoba. Después del viaje estará cansada y destemplada. Y pediré a la cocinera que le prepare su plato preferido.

Su esposo la sujetó del brazo, para detenerla.

—Siento mucho lo que ha pasado— la abrazó y enterró la cara en su cuello—. Casi la hemos perdido y ha sido culpa mía, por no haberla escuchado. No te culpo por haberme hecho responsable de esto, pero me gustaría que, ahora que la hemos recuperado, me perdonaras.

—No te hago responsable.

A pesar de que el tono de su mujer sonaba sincero, él sacudió la cabeza.

—Sí lo haces, por eso durante este tiempo no me has dirigido la palabra. Estabas sufriendo y yo no he hecho nada para aliviar tu pesar.

—No, te equivocas. No he querido hablar contigo ni con nadie porque, por dentro, me estaba muriendo de la preocupación. Y, si intentaba hablar, me daba miedo echarme a llorar y no poder parar. No quería que ésa fuera la imagen que tuvieran los sirvientes de mí— le sujetó la cara con ambas manos para que le mirara—.

No creo que fuera culpa tuya, quisiste hacer lo que te pareció mejor para nuestra hija y ella tomó la decisión de escaparse. Llevas todo este tiempo sin dormir buscándola, no has cejado en tu empeño y eso es algo que te agradezco. Has demostrado el amor que tienes a tu familia.

Le besó en la boca sin importarle que hubiera más gente en el salón en ese momento, y su marido no se apartó. Cuando ella se separó, él estaba sonriendo.

—Mis hombres se van a reír de mí por esto.

—Si se atreven, dales una paliza, que aún puedes con cualquiera de ellos.

Riendo, levantó a su esposa en brazos y salió con ella en dirección a los dormitorios.

—Vamos a darles algo más de qué hablar.

—¿Qué haces? Es de día y nuestra hija está de camino y...

Su marido la calló con un beso que le hizo olvidar todas sus objeciones.



Por fin en casa. Esos muros que antaño le habían parecido una prisión, ahora tenían otro color. Ése era su hogar, donde estaba su familia.

—No tengas miedo, todos están deseando verte.

Miró a Drew y sonrió.

—No tengo miedo. Por primera vez en mi vida, no tengo miedo a nada.

Puso su yegua al galope para llegar cuanto antes, riendo feliz. Drew la siguió de cerca.

Nada más pisar el patio, frenó al animal y desmontó antes de que nadie pudiera ayudarle. Subió las escaleras de piedra y corrió hacia el salón.

—Padre, madre— gritó, sin importarle las miradas curiosas de los sirvientes.

—¡Aldith!— su madre se levantó de la silla y corrió a abrazarla—. Estás a salvo.

Su padre se unió al abrazo y Aldith empezó a sollozar.

—Os he echado de menos.

—Tus hermanos estaban muy preocupados. Salieron junto con Drew a buscarte. Hemos enviado hombres a avisarles de que estás en casa.

—¿Y Claire?



—Está en su alcoba. ¿Por qué no subes a verla? Luego, a tu madre y a mí nos gustaría hablar contigo en nuestra alcoba. Merecemos una explicación por tu parte.

—Por supuesto, padre.

Subió las escaleras y abrió la puerta sin llamar, como hacía siempre. Drew pareció sobresaltado, pero su hermana se lanzó a sus brazos.

—Aldith, Drew me estaba contando cómo te había encontrado. Nuestros padres me enviaron a esperar a la habitación porque querían hablar antes contigo.

El abrazo de su hermana le resultó reconfortante.

—Lo sé, pero me han dejado venir a saludarte antes.

—¿Por qué has tardado tanto en volver?

Aldith sonrió. Su hermana era la única persona a la que había contado su plan.

—Es una historia larga y preferiría no tener que repetirla demasiadas veces. Creo que deberías reunirte con nosotros para oír lo que voy a contar a nuestros padres.

—Pero no creo que ellos quieran.

—Pero esta decisión no es suya, es mía. Quiero que tú también estés presente.

La cogió de la mano y, juntas, fueron a buscar a sus padres. En la amplia estancia había dos grandes sillones ocupados por sus padres, así que ellas se sentaron encima de la cama, como cuando eran pequeñas.

—Me gustaría que también estuviera Claire. Creo que os debo una explicación a todos por haceros sufrir.

—Por supuesto.

—Primero quiero pedir os perdón, pero mi intención no era estar tanto tiempo fuera de casa, no pretendía escaparme. De verdad, os lo juro. Cuando papá dijo que me tenía que casar con el hijo de su amigo, me asusté. Me temo que no estaba preparada para pensar en casarme, y menos sin conocer al novio. Así que pensé que lo mejor era viajar a las tierras del duque para hablar con mi prometido e intentar convencerle de que se negara a la boda. Creí que, si los dos nos poníamos de acuerdo, podríamos anularla. De camino, mi caballo me derribó y debí golpearme la cabeza— bajó la vista, porque no

iba a contar toda la verdad y se sentía como si estuviera mintiendo—. Me recogieron unas buenas personas que cuidaron de mí hasta que desperté. Pero el golpe me hizo perder la memoria y no la recuperé hasta hace poco.

—Dios mío, hija— su madre se tapó la cara, con las manos—. Has estado todo este tiempo sin recordarnos.

—Pero ya estoy bien, madre. Y sé que ahora todo va a ir bien.

—Aldith— su padre parecía incómodo—, tenemos que hablar. El que hayas vuelto no cambia el hecho de que estás prometida. Aunque ahora me encantaría poder cambiar eso, es imposible romper así la palabra dada. Pero quiero decirte algo que debería haberte dicho aquel día: conozco a tu futuro esposo y es un hombre íntegro y un formidable caballero. Sé que va a ser bueno contigo, de otra manera nunca hubiera entregado a una de mis hijas.

—Lo sé— sonrió con un poco de tristeza—. Terminé en las tierras del duque y conocí a mi futuro esposo antes de recordar quién era yo. Lo pude tratar sin prejuicios y ha resultado ser educado y detallista. No creo que pueda amarlo nunca— sabía que no podría, pero no quería dar explicaciones—, pero podré tolerarlo como esposo y yo seré una buena esposa para él.

—Me alegra mucho oírte decir eso y que le des una oportunidad. Mantendremos la fecha de la boda.

—Padre, me gustaría casarme cuanto antes— los tres la miraron como si se hubiera vuelto loca y ella se sonrojó—. Quiero decir que no veo motivos para esperar tanto, tengo el vestido preparado desde hace tiempo y sé que te viene bien estrechar lazos cuanto antes con mi futura familia.

—Es guapo, ¿verdad?

Sonrió ante el comentario de su madre, aliviada de que le hubiera dado una salida a su situación.

—Mucho.

—Podemos hablar luego sobre la fecha de la boda. Primero debes

descansar— se levantó y ofreció la mano a su hija—. Ven, vamos a tu alcoba para que te refresques antes de comer algo.

La siguió en silencio. Le iba a venir bien el descanso.

—Ahí tienes la tina de agua caliente, la han traído mientras hablábamos. Te ayudaré con el baño.

Se quitó la ropa y se metió despacio en el agua. El calor fue relajando sus doloridos músculos. Se recostó y dejó que el agua la envolviera. Su madre mojó un lienzo y lo frotó con jabón. Luego empezó a lavarle el pelo. Aldith dejó escapar un suspiro de placer.

—¡Qué bien sienta estar en casa!

—Y nosotros estamos muy felices de que estés de vuelta, hija— los movimientos circulares en su cuero cabelludo la tenían medio hipnotizada, y la voz suave de su madre contribuía a ello—. Estoy muy feliz de que aceptes a tu prometido, sólo me preocupa una cosa.

—¿Cuál?

—¿Es él el padre de tu hijo?

—¿Cómo sabes que...?— bajó la cabeza, avergonzada. No era capaz de decirlo en voz alta.

Con un suspiro, se madre se arrodilló al lado de la bañera.

—Soy tu madre, a mí no puedes engañarme. Cuando has pedido adelantar la boda me ha costado creer que pudiera ser por eso, pero tu cuerpo está cambiando— al ver su cara de angustia, le sonrió con cariño—. Tranquila, con ropa aún va a tardar en que se te note nada. Adelantaremos la boda y así no habrá habladurías. Sólo quería asegurarme, pero no quería hablar de esto delante de tu padre. Voy a enviar inmediatamente un mensaje a tu prometido explicándole el motivo de la petición del adelanto de la boda.

—Madre— al verla llorar, supo lo que iba a decirle.

—Él no es el padre, ¿verdad?— Aldith negó con la cabeza—. Sal ya del agua— cogió un lienzo y se lo dio para que se sacara, mientras ella preparaba la bata.

Cuando estuvo seca y abrigada, su madre cogió el peine, se sentó frente al fuego y le hizo señas para que se sentase en el suelo, delante de ella. Sin decir nada, empezó a desenredarle el pelo con suavidad.

—Madre, lo siento muchísimo— al decirlo se dio cuenta de que no era cierto—. No, lamento la preocupación que os he causado y el inconveniente de haberme quedado en estado, pero estar embarazada de él es maravilloso. Y sucedió cuando aún no había recuperado la memoria, así que no pensé que estuviera haciendo nada malo.

Se echó a llorar mientras su madre le acariciaba la cabeza.

—¿Quién es?

—Trabaja en las caballerizas del duque. Es el que me encontró tirada en el camino. Me llevó a su casa y me cuidó.

—¿Te obligó?

—¡No!— la reacción escandalizada de su hija la tranquilizó—. Al contrario, él no quería acercarse a mí. Decía que no estaba bien sin saber si yo estaba casada, que no era honorable.

—Parece un buen hombre. Y si él no quería comprometerte y tú no sabías si estabas casada, ¿cómo acabaste embarazada?

—Le quiero muchísimo, madre. Estoy enamorada de él— ésa no era la repuesta que pedía su madre, así que confesó—. Le provoqué hasta que aceptó.

Si no hubiera sido una conversación tan incómoda, la cara de incredulidad de su madre la hubiera hecho reír.

—Y después de eso, ¿te ofreció matrimonio?

Su expresión se volvió triste al recordar.

—No, pero tenía intención de hacerlo. Le oí decirle a un amigo que tenía que casarse conmigo. No le dijo que era su obligación, no hacía falta. Su forma de decirlo dejaba claro que, en realidad, no quería unir su vida a la mía. En ese momento tomé la decisión de dejar de ser una carga para él en cuanto recuperara la memoria. Durante mi estancia allí conocí a los hijos del duque. Cuando recuperé la memoria y descubrí quién era mi prometido, vi que no era una elección tan mala. Al haberlo tratado sin prejuicios, me he encontrado a un hombre galante, divertido y, a pesar de su herencia, bastante sencillo. Y es muy guapo. Si bien no voy a volver a sentir nunca lo que sentí por el padre de mi hijo, creo que puedo llegar a quererle lo suficiente para que nuestro matrimonio sea agradable.

—Aldith, cariño, espero que te des cuenta de la cantidad de problemas que nos genera ese embarazo.

Se abrazó la tripa de forma protectora.

—Este bebé va a nacer.

—No estaba proponiendo lo contrario— escandalizada, se arrodilló en el suelo y abrazó a su hija—. Pero quiero que entiendas la situación tan difícil en la que estamos. Tu padre dio su palabra cuando aceptó el compromiso. La única opción es acelerar el matrimonio y casarte antes de que se te note el embarazo. Sin embargo tu hijo, en caso de ser varón, sería el heredero de tu marido sin llevar su sangre. ¿Puedes vivir con eso?

Con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

—Dios mío, no. No había pensado en ello cuando le he pedido a papá adelantar la boda.

—Entonces tenemos que buscar una solución. Si tu prometido es un buen hombre, no podemos hacerle eso. Por no hablar del padre del niño— al ver que su hija la miraba sin entender, aclaró—. Te has marchado sin decirle quién eres. ¿Qué crees que pensará cuando te vea volver a esa tierra para casarte con el hijo del duque?

—Probablemente se sienta aliviado al ver que, pese a nuestro deslíz, mi vida no se ha arruinado ni ha tenido que arruinar la suya.

—Puede ser pero, por lo que me has contado, no parece el tipo de hombre capaz de desentenderse de su hijo. Lo más seguro es que no se creyese que es prematuro e intentase luchar por él.

—Es verdad. Aunque a mí no me quiera, estoy segura de que no podría ver a su hijo y mirar para otro lado. ¿Qué he hecho? Voy a destrozar la vida de dos hombres.

Sentía el dolor de su hija como propio.

—Aldith, ahora necesito que seas valiente, porque la única solución que nos puede sacar de esto no es agradable— miró a su madre, muy atenta—. Debemos aplazar la boda unos meses. En vez de celebrar la boda en seis meses, pediremos un año. Podemos aducir problemas con los preparativos. Ya se nos ocurrirá algo. Cuando nazca tu hijo, diremos que es hijo de una familiar mía y que lo vamos a educar nosotros.

—No puedo renunciar a mi hijo.

—Aldith— su madre le sujetó por los brazos para que la mirara—, no queda más opción. No puedes llevar a tu hijo ilegítimo a vivir con tu marido, se terminaría sabiendo que es tuyo. Sabes que aquí va a estar bien cuidado, va a ser mi primer nieto.

Se echó a llorar, sólo de pensar en no tener a su hijo con ella.

—No voy a poder hacerlo, madre.

—No tienes opción, cariño.

—¿Y qué va a decir papá?

—Aún se lo podemos esconder durante un mes, más o menos. Así te doy tiempo a hacerte a la idea antes de que te enfrentes a tu padre. Le diré que es mejor atrasar la boda un año, que realmente no estamos tan preparados. Seguro que Gavin no pone impedimentos.



—Veo que has vuelto al redil.

—No estoy de humor, Ian.

—No pretendía molestarte.

Will sonrió.

—Debo estar muy mal cuando hasta tú andas con pies de plomo.

Su hermano sonrió.

—La verdad es que tu aspecto deja mucho que desear. ¿Qué ha ocurrido para que vuelvas?

—Aldith se ha reído de mí.

—¿Aldith? ¿Te refieres a Mary?— su hermano asintió—. ¿Ha recuperado la memoria?

—Sí, y ha decidido dejarme.

—Sabe quién es, ¿y te deja? ¿No has intentado detenerla?

—Se marchó mientras yo trabajaba. Me ha dejado una simple nota. Me siento tan idiota...

—Lo siento muchísimo, Will.

—Estoy bien, no te preocupes. ¿Has visto a tu novia?

—No, esta vez no me he acercado. No me ha parecido un buen momento.

—¿Por qué?

—Son cosas de pareja, nada importante. Y supongo que, si estás aquí, ocupando el sitio que te pertenece, es porque vas a empezar a mostrar un poco de interés por tu prometida.

—Una mujer acaba de humillarme. Voy a casarme, pero no tengo el más mínimo interés en ella. Como los matrimonios se van a celebrar en breve, esperaré hasta el día de la boda para conocerla.

—¿Y si justo ese día descubres que no te gusta? ¿No es mejor saberlo antes?

—¿Qué más da? Sea o no de mi agrado, voy a casarme con ella, no es una decisión mía.

—Pero puede que el matrimonio empiece mejor si muestras un poco de interés en ella. Una mujer receptiva es mucho más agradable.

—No creo que sea tan tonta como para no saber que no me interesa. La voy a respetar, pero no quiero engañarla, prefiero ser sincero. No voy a fingir por ella sentimientos que no me despierta.

—Tal vez si le dieras una oportunidad, podrías llegar a quererla.

La expresión de Will se endureció.

—Eso no va a pasar jamás. Ya se ha reído una mujer de mí, he tenido más que suficiente.

—Perdona, no quería recordarte a...

Calló antes de pronunciar su nombre y su hermano sonrió sin humor.

—¿A Aldith? Puedes nombrarla si quieres. No es oír su nombre lo que me la recuerda. Aún la tengo en la mente.

—Aquí estáis— Rob entró—. Nuestro padre quiere hablarnos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ni idea, pero está un poco... disgustado.

Con curiosidad, se apresuraron hacia el gran salón.

Sentado frente al fuego, su padre arrugaba un papel.

—Sentaos.

Obedientemente, ocuparon los asientos que les habían preparado junto a su padre.

—He recibido una noticia que no me gusta nada. Quieren aplazar uno de los compromisos hasta dentro de un año.

Los tres jóvenes se miraron entre sí.

—¿Cuál es el motivo?

—No lo tengo claro, sólo parecen excusas. Ahora que he conseguido que Will acepte, no voy a dejar que los compromisos se alarguen. He decidido que es mejor que las bodas se celebren cuanto antes. Y para que no haya más excusas, iremos a las tierras de las novias para que ellas no tengan demasiado que preparar. En tres meses, estaréis casados.



—Creo que ya va siendo el momento— su madre le miraba de forma crítica—. Tu tripa empieza a notarse a través de la ropa.

Aldith se pasó la mano por el vientre, notando que ya no estaba plano. No se había dado ni cuenta, era como si hubiera crecido de un día para otro.

—Pero apenas han pasado tres semanas.

Su madre vio su cara de sorpresa y se echó a reír.

—Nos ha pasado a todas en nuestro primer embarazo. No ves el momento de que te empiece a crecer la tripa y, un día, de repente, está ahí.

—¿Cómo vamos a decírselo?

—Lo mejor será ser directas.

—Madre— le sujetó del brazo—, yo no puedo decírselo. Va a ser una decepción enorme para él.

Judith miró la cara implorante de su hija, pero no podía hacer nada por ella excepto rezar porque el estallido de su esposo fuera pequeño. Sabía que terminaría perdonándola. A fin de cuentas, todo el mundo cometía errores y él quería con locura a su familia.

—Voy a estar a tu lado, no te preocupes. Será mejor que lo hagamos aquí, en la intimidad de mis aposentos. Voy a buscarle.

Su madre la dejó sola y Aldith se derrumbó sobre la cama. Las piernas apenas le sostenían. Intentando calmarse, se centró en respirar profundamente. Su padre tenía un genio muy vivo, pero no era violento. Tampoco creía que la echara de casa, no iba a llegar a tanto. Aunque sabía que le había puesto las cosas muy difíciles.

Cuando oyó los pasos que se acercaban, se levantó como un resorte. Su corazón se aceleró, no estaba preparada para tener esa conversación, pero no iba a tener más remedio.

—Tu madre dice que tienes que hablar conmigo.

—Padre, tengo algo que confesarle— sus padres se sentaron, pero ella se mantuvo de pie—. Es algo muy delicado— pensó un momento cómo decirlo, pero su madre decidió echarle una mano.

—Miles, mientras Aldith estuvo sin saber quién era, conoció a un hombre que le ayudó y le cuidó. Al final, pasando todo el día juntos, intimaron— su marido le miró como si no le entendiera—. Cariño, Aldith está embarazada.

Su padre palideció. Estuvo callado mucho tiempo, mirando fijamente un punto de su habitación. Cuando por fin habló, no pareció dirigirse a nadie.

—Estoy acabado. No sólo voy a fallarle a un gran amigo, también voy a ofender a uno de los nobles más poderosos del reino— rió sin humor, un sonido que erizó la piel de Aldith—. Me va a matar.

—Miles— su mujer parecía aburrida más que preocupada—, estás siendo muy exagerado. Gavin no va a matarte.

—No, es cierto. Mandará a uno de sus hijos, probablemente al pequeño, que es el más mortífero.

—Padre— Aldith abrió los ojos, sorprendida—, conozco a Rob y no sería capaz de venir a matarte a sangre fría.

—Claro que no vendría a matarme— la miró como si estuviera diciendo una estupidez—. Me matará en el campo de batalla. Gavin me declarará la guerra.

—Rob no es más que un muchacho.

—Ese “muchacho” se ganó sus espuelas de caballero hace dos años.

—El rey no permitirá esa guerra, sabes que lo soluciona todo imponiendo multas para llenar sus arcas.

Abrió los ojos como platos al oír las palabras de su madre. Ese tipo de comentarios se consideraban alta traición. Pero su padre no parecía preocupado por eso.

—Yo te estoy hablando de honor y tú me hablas de dinero.

Escondió la cara entre las manos.

—Padre— Aldith le puso la mano sobre la rodilla—, lamento mucho causar estas molestias. En aquel momento no podía ni imaginarme las consecuencias de mis actos. No recordaba mi procedencia ni mis

obligaciones. Sé que eso no es excusa, pero...

Sin poder evitarlo, se echó a llorar. Su padre puso su mano encima de la de ella y le dio unos golpecitos.

—Bueno, no llores, no sirve de nada lamentar el pasado— le secó las lágrimas—. Ahora lo que tenemos que hacer es lamentar el futuro.

—¡Miles!— el tono de su mujer mostraba su exasperación—. Déjate de dramas y escucha la solución. Le mandé un mensajero a Gavin para aplazar la boda un año. Argumenté problemas de planificación. Para entonces, Aldith se habrá recuperado del parto y celebraremos la boda. Y el niño se quedará viviendo con nosotros. Diremos que es hijo de una prima mía que ha muerto.

—Eso no va a funcionar.

—Ese pesimismo no nos va a llevar a ninguna parte— la mujer se levantó, decidida, y miró a su hija con cariño—. Ve a descansar. Todo saldrá bien.



XV

Desde el momento en el que habían confesado la verdad a su padre, se había sentido más ligera. Habían pasado casi tres meses y su padre ya le preguntaba por el embarazo con una sonrisa.

Se abrigó para salir a dar un paseo. Quería estar activa todo el tiempo que pudiera. A pesar del frío propio de la época, se había propuesto dar dos paseos al día. Entró en el salón, buscando a Claire. La encontró conversando con Drew. Los dos jóvenes pasaban mucho tiempo juntos, cuando él no estaba de torneos o en las tierras de su familia. Aldith le había hecho un comentario a su madre al respecto, pero ella no le había dado importancia. Le dijo que, a pesar de la diferencia de edad, casi habían crecido juntos. Viéndolos ahora se dio cuenta de que no había nada de qué preocuparse. La actitud de ambos era totalmente relajada. Recordó lo nerviosa que se ponía cuando estaba cerca de Will y sacudió la cabeza para sacarlo de su mente.

—Claire, ¿quieres acompañarme a dar un paseo?

—¿Seguro que quieres volver a salir? Esta mañana te has cansado demasiado.

—Estoy perfectamente— se acarició la tripa.

Ya se le había redondeado y le gustaba mucho pasarse la mano por ella. Sentía el mismo amor por ese niño que aún no había nacido, que por el padre. Evitó pensar en el momento en que tendría que separarse de él. No estaba

preparada.

Su hermana se levantó y fue a su alcoba para coger su capa. Su primo la miró, preocupado.

—¿De verdad estás bien? No tienes buena cara.

—Sabes cómo halagar a una mujer.

Drew se echó a reír.

—No hago esfuerzos en balde, sólo halago a mujeres con las que tengo alguna oportunidad.

Aldith sonrió. A pesar de sus palabras, sabía que su primo era encantador con todas las mujeres. Y no le sorprendía. Sabía que había coincidido durante una temporada con Ian en casa de un noble y se habían hecho amigos. Siempre le había oído hablar con admiración de Ian y de todo lo que le había enseñado sobre mujeres. Ahora que lo había conocido, comprendía a qué se refería. Ese hombre podía hacer que una mujer se sonrojara sólo con mirarla. Y, a pesar de que iba a ser su marido, eso no le ponía celosa. Estaba segura de que él, en caso de buscar la compañía de otras mujeres, sería discreto para no provocarle una humillación a ella. Will era otra cosa. Sólo pensar que en ese mismo momento podía estar abrazando y besando a otra mujer, le provocaba un dolor casi insoportable.

—Es mejor que os acompañe, te veo un poco débil.

—Gracias, Drew— le dio un abrazo a su primo.

Después de un momento, Drew se removió, incómodo.

—Vale, vale, sepárate ya. Un caballero no debe aceptar muestras de afecto en público.

Aldith le soltó, riendo.

—Nunca entenderé ese rígido código por el que os guiáis.

—Es normal, eres una mujer— con un guiño, salió por la puerta.

Pensó en la diferencia entre los caballeros y la libertad con la que Will se expresaba y actuaba. Iba a echar de menos esa naturalidad.

—Aldith— su padre apareció con un trozo de papel en la mano—, tenemos un grave problema.

Su mujer apareció detrás, totalmente blanca.

—¿Qué ocurre?— su mano se posó en su tripa.

—Gavin Monroe, duque de Bedford, llegará en una semana para celebrar el matrimonio entre su hijo y la hija de Miles Bradbury, conde de Durham.

Aldith sintió que el suelo se abría bajo sus pies.



—Ian, ¿dónde está William?

—Se ha retirado a su alcoba— se sentó al lado de Ian y bebió un trago de la cerveza de su hermano.

—¿Sigue de mal humor?

—Sí, como siempre. Desde que decidió volver, está insoportable. No sonrío y casi ni habla. Se pasa el día entrenando, dice que ha perdido mucha práctica durante el tiempo que, según sus palabras, estuvo haciendo el idiota. Sólo tolera la compañía del perro, que está tan triste como él.

—Es una pena que Aldith tuviera que abandonarle.

Ian miró a su hermano pequeño, sorprendido.

—¿No crees lo mismo que Will? ¿Que se rió de él y lo utilizó mientras lo necesitó?

—No, yo vi el dolor con el que se marchó.

Se dio cuenta tarde de lo que había dicho.

—¿Tú la viste irse?

—Por favor, no se lo digas a Will, no quiero que me odie. Yo la escolté hasta su tierra. Antes de llegar apareció una partida de guerreros buscándola y se hicieron cargo ellos de acompañarla.

—Entonces, ¿ya sabes quién es?

—No— sacudió la cabeza—, pero llevaban los colores de Durham. Supongo que para enviar a ese grupo de hombres, no sería una simple sirvienta. Puede que una familiar del conde. O alguna noble de visita en su casa. La verdad es que el cabecilla del grupo era un imbécil, me costó dejarla en sus manos. No estoy muy convencido de que pudiera protegerla. Si no llega a intervenir Aldith, nos enganchamos.

—Bueno, mañana salimos por fin para nuestras bodas. Espero que el dejar de estar encerrado aquí mejore el humor de nuestro hermano.

—Claro. Salir de aquí para ir a casarse con una mujer que ni conoce, seguro que le mejora mucho el ánimo y hace que se olvide de Aldith.

—¿No me digas que tú también la echas de menos?

Rob sonrió.

—Claro que la echo de menos. Estuve con ella cuando Will enfermó. Su preocupación por él no era fingida— se levantó estirándose—. Voy a dormir. Nos esperan unos días muy movidos. A partir de mañana, vamos a encontrarnos con nuestros destinos.

Ian vio irse a su hermano. Dio otro trago a la cerveza, con una sonrisa. Estaba deseando llegar a las tierras de Durham.



Miles esperaba a su mujer paseando de un lado a otro como un oso enjaulado. Cuando ella entró, estaba al borde de un ataque.

—Acaba de llegar un mensajero. En menos de una hora estarán aquí. ¿Está todo listo?

—Sí, en la cocina ya tienen el pan y las tartas preparadas, en cuanto lleguen empezarán a asar la carne. Y he mandado preparar dos alcobas para ellos. Los hijos tendrán que compartir habitación. Al menos hasta la boda.

—Si es que se celebra.

—Tranquilo, conseguiremos que haya un matrimonio entre nuestras familias.

—¿En qué estás pensando?

—Podemos esconder a Aldith durante su estancia y hacerles creer que Claire es la prometida. Así solucionaríamos este problema. Total, Gavin sólo las vio de pequeñas y, para la alianza, da igual una hija que otra.

Su marido lo pensó durante un momento, pero luego sacudió la cabeza.

—Eso no va a funcionar. En el contrato que firmamos viene especificado el nombre de la novia. Por no hablar de que cuando vino Ian a traer el documento, le presenté a las dos. Estoy completamente seguro de que él es capaz de reconocerlas. No, la única solución es decir la verdad. Gavin puede que no me perdone esta afrenta, pero si le miento y me descubre, será el fin de una larga amistad— con decisión, fue hacia la puerta—. Le diré lo que ha ocurrido, le pediré perdón y le ofreceré cambiar de novia— salió al pasillo y fue hacia la alcoba de Claire. Dio un golpe con los nudillos antes de entrar. Su

hija estaba eligiendo vestido con una sirvienta—. En menos de una hora te quiero en el salón. Te voy a ofrecer a cambio de Aldith.

Su padre desapareció tan rápido como había llegado. Claire estaba tan sorprendida por la brusca noticia y la forma de decirlo, como si ella fuera mercancía, que no había tenido tiempo de replicar, aunque sabía que tampoco le hubiera servido de nada. Cuando su padre tomaba una decisión, era definitiva.

Blanca como la nieve, corrió hasta la alcoba de Aldith.

—Es horrible.

Su hermana se levantó del sillón al verla entrar tan alterada y la recibió en sus brazos.

—¿Qué ocurre?

—Quieren cambiarme por ti, Aldith.

—Está bien, cálmate— le acarició la espalda en movimientos circulares—. No es tan grave como piensas. He conocido al novio y es muy buena elección. No sólo es apuesto, también es galante y parece un hombre recto. Si aceptan el cambio, él se llevará una preciosa y dulce mujer. Sería lo mejor para todos.

—¿Y si no consigo amarle?

—Basta con que aprendáis a teneros afecto y os respetéis. Si conseguís eso, vuestro matrimonio será tan dichoso, que no echarás de menos algo que no conoces.

Su hermana se limitó a sonreír con tristeza.

—Claire— la voz de su madre en la puerta era suave—, deberías estar vistiéndote. Ve a tu alcoba y ahora voy yo a ayudarte.

—De acuerdo.

Obediente, soltó a su hermana y salió.

—Supongo que ya te has enterado. Venía a explicártelo yo.

—No pasa nada, madre. Entiendo perfectamente que le ofrezcáis una alternativa al duque.

Su madre le acarició la tripa con ternura.

—Sabía que lo comprenderías. Como tu embarazo es bastante evidente y nos gustaría darle la noticia nosotros, sería conveniente que te quedes aquí hasta que te llamemos.

—No me apetece estar encerrada. Mejor me voy a pasear por el jardín, si no te importa.

—De acuerdo, pero abrígate, por favor. A pesar del sol, el viento viene muy frío.

—Estaré bien.

—Lo sé. Voy a asegurarme de que tu hermana va a estar lista a tiempo.

Con una sonrisa triste, Aldith cogió su capa. Era más que probable que el duque de Bedford aceptara el cambio. Y aunque eso debería aliviarla, en cierto modo sentía que volvía a perder a Will. Se había hecho a la idea de verle cuando se mudara a su nuevo hogar, aunque fuera desde lejos. Pero así sería mejor y el tiempo mitigaría su dolor. Probablemente sus padres le permitiesen tomar los hábitos en el convento que estaba cerca y poder seguir así el crecimiento de su hijo.

Caminó distraída por los pasillos, sin reparar en los esfuerzos que hacían los atareados sirvientes para esquivarla. Su última plegaria del día siempre era para que su hijo naciera sano, aunque también dedicaba alguna para pedir que tuviera los ojos azules de su padre. Así lo vería en él cada vez que lo mirara.

Al salir al patio se arrebujó en la abrigada capa de piel y se puso la capucha. Era cierto que empezaba a hacer mucho frío, pero salir le sentaba

muy bien. En vista de que en breve habría mucha gente por los alrededores, se encaminó hacia el jardín trasero. Caminaría en círculos. Lo importante era estar activa.



Cuando se detuvieron en el patio, en la parte superior de la escalinata ya les esperaban los anfitriones, acompañados de una hermosa joven.

—¡Gavin, amigo!— bajó para abrazar al duque, que sonreía—. Bienvenido a mi hogar. Hacía muchos años que no disfrutábamos de tu presencia aquí.

—Cada vez viajo menos. Me hago viejo.

El otro hombre sonrió.

—Gavin, ¡qué placer verte!

—Señora— besó la mano de la condesa de forma galante—, sigues tan hermosa como siempre— su mirada se posó en la joven parada a su lado—. Y, por el parecido, deduzco que esta belleza es la novia.

—Es mi hija Claire.

Miró a su amigo, entrecerrando los ojos.

—Estás muy tenso. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Hemos tenido un problema, pero preferiría comentártelo en privado. Es un asunto muy delicado.

Al ver las caras de preocupación, asintió.

—Parece haber algún tipo de problema— Rob se removió, incómodo.

Los tres hermanos permanecían aparte. A pesar de no oír la conversación, vieron el momento en que los hombros de su padre se tensaron.

—Hijos— se acercaron—, quiero presentaros a los condes de Durham y a su preciosa hija Claire. A Ian ya le conocéis.

—Sí— el hombre estrechó sus manos—. Has hecho un buen trabajo con ellos, Gavin. Son buenos mozos— miró a los jóvenes apreciativamente—. Estoy encantado de recibirlos en mi hogar por un motivo tan festivo.

Rob sabía que mentía. El conde de Durham no los quería allí. Miró a sus hermanos para ver sus reacciones. Ian saludaba y sonreía con su encanto habitual. Pero Will no le quitaba la vista de encima a la muchacha, que parecía incómoda.

—El conde y yo tenemos algo de qué hablar en privado. Ayudad a atender a los animales en las caballerizas.

—Gavin, mis hombres pueden encargarse de eso, no es un trabajo para tus hijos.

—Mis hijos han sido educados para ser capaces de hacer cualquier trabajo. De hecho, William es muy hábil con los caballos.

Les vieron entrar y llevaron de las riendas sus monturas hasta las caballerizas.

—¿Qué creéis que pasa?

—No lo sé. Igual necesitaban atrasar la boda por una mala cosecha o algo y no tienen dinero para organizar el festejo. Ya sabéis cómo son los nobles, demasiado orgullosos para reconocer que les va mal.

—Hablas como si tú no fueses noble, Rob.

—En teoría, no lo soy. Soy hijo de un duque, pero no voy a heredar ningún título a menos que los planes de nuestro padre salgan bien.

—Por nuestro bien, espero que salgan bien.

Rob sonrió al oír a Ian.

—A mí no me quita el sueño. Me da igual tener un título o no. Lo importante es tener tierras y dinero, y yo tengo ambas cosas. Los títulos no son una garantía de nada.

—Eso es una estupidez, ¿verdad, Will?

—Sí, sí.

—No estabas escuchándonos.

—Es cierto— sonrió ante el bufido de Ian—. Esa discusión es una estupidez— Furst empezó a ladrar—. Calla, no seas escandaloso.

—No sé por qué no has dejado al perro en el castillo. Últimamente no te despegas de él.

—Porque se siente muy solo desde que... Bueno, me gusta tenerle conmigo, me hace compañía.

—Haz que se calle, por favor. Está formando un escándalo.

—Furst, silencio.

El perro gruñó, bajó la cola y salió corriendo.

—Maldita sea.

Will salió corriendo detrás, preocupado. Su perro nunca se había comportado así. Estaba como loco. Lo siguió hasta el jardín. Aterrado, lo vio lanzarse sobre una mujer sentada en un banco.

—¡No!

Su grito no sirvió de nada. El perro alcanzó a la mujer, que pegó un grito por el susto. Después de un momento de sorpresa, le vio arrodillarse y acariciar al animal, que le lamía las manos, feliz. Cuando llegó a su altura, se detuvo en seco.

—¿Qué haces tú aquí?

Aldith levantó la cara sorprendida al oír esa voz. Los ojos de Will la miraban. No podía ser, era un sueño.

—Will, ¿realmente eres tú?

Levantó una mano para tocarle, pero la volvió a bajar. Cruzó ambos brazos sobre su vientre para disimular su estado, aunque con la capa no era evidente. No se le había ocurrido que él podía viajar con el duque y su familia.

—¿Por qué me dejaste?

—Te lo expliqué en mi nota.

—¿Me tomas el pelo? Esas palabras eran una auténtica estupidez. Estabas en el mundo real, conmigo. Y si no pertenecías a ese lugar, sólo tenías que haberme pedido que me fuera contigo y lo hubiera dejado todo. Pero, en cambio, me abandonaste.

—Will— la tristeza de ella no podía ser fingida—, me fui para devolverte tu vida. Para que no te sintieras obligado a casarte conmigo— al ver que no le entendía, le aclaró—. Te oí cuando le decías a Charles que debías casarte conmigo. Te sentías obligado, pero eso te hubiera hecho desgraciado a ti y, al verte así, también hubiera sido desgraciada yo. Por eso, cuando recuperé la memoria, me marché.

—¿Es por eso? ¿Por eso te fuiste?— se pasó la mano por la cabeza—. Veo que no te quedaste a escuchar el resto. Le dije que tenía que casarme contigo, pero que el motivo no era haberte arrebatado la doncellez como él creyó, era porque estaba enamorado de ti. Si no me hubiera enamorado, no te hubiera metido en mi cama. Dios, aún te quiero, no consigo olvidarte.

—No digas esas cosas, por favor. Ya es muy tarde.

—No, no lo es. Aldith, por favor, escúchame.

Ella se giró con intención de irse, pero él la sujetó del brazo y tiró hacia él. Aldith golpeó contra su fuerte cuerpo. ¿Siempre había estado así de duro?

Se resistió para que la soltara. A pesar de todo, no le tenía miedo, pero no quería que descubriera su secreto. Al tomar impulso para alejarse, su capa se abrió. Los ojos de Will cayeron sobre su vientre. Lentamente, la soltó.

—¿Qué significa esto?— el silencio de ella fue la respuesta que buscaba
—. ¿Lo sabías cuando te fuiste?

—Lo sospechaba.

—Quiero una respuesta ya: ¿qué haces aquí, Aldith?

—Soy la prometida de Ian Monroe.

Gritó con furia.

—Voy a matarlo con mis propias manos.

—¿Qué ocurre aquí?— un caballero llegó corriendo con cuatro soldados
—. ¿Estás bien, Aldith? Aléjate de ella.

—No te metas en esto. Es entre ella y yo.

—No te lo vuelvo a repetir, sepárate.

—Will— Rob llegó corriendo— ¿Qué estás haciendo?— al ver a Drew, se paró en seco y miró a la mujer que estaba con su hermano—. Aldith.

—Otra vez tú. Llévate a tu amigo de aquí, si no queréis problemas.

—¿Vas a ser tú quien nos obligue a irnos?

—Maldita sea, niño, deja de calentarme. Al final me vas a encontrar.

—Drew— se giró al oír la voz de su amigo. Ian venía andando tranquilamente, con una enorme sonrisa—. Veo que sigues tan irritable como siempre. ¿Me vas a obligar a salvar tu pellejo nada más llegar?

—¿A qué te refieres?

—Ese niño es mi hermano, Robert Monroe. Supongo que habrás oído hablar de él.

Drew palideció pero, en ese momento, Will se lanzó furioso contra Ian. Le dio un puñetazo en la mandíbula y lo derribó.

—Levántate, maldita sea. Saca la espada, vamos a solucionar esto.

—¿Qué te pasa?

—Por favor— Aldith intentó sujetar del brazo a Will, pero Rob la apartó para que no la lastimaran sin querer—. No puedes pegar a un noble.

Él la ignoró. Estaba centrado en el hombre en el suelo.

—No te hagas el inocente. Sabías quién era ella y, aún así, te callaste. Y encima parecías divertirte dándome celos.

—Will, sólo fue un juego

—¿Sólo un juego? Eres un descerebrado. Tu juego ha provocado que tu prometida esté embarazada de mí.

—¿Cómo?— Ian palideció—. ¿Cómo ha sucedido eso?

—¿En serio tengo que explicártelo?

—¿Se puede saber qué diablos ocurre contigo?— Ian se puso de pie, totalmente furioso—. Voy a matarte.

Fuera de sí, se lanzó contra Will, que le esperaba impaciente.

—¡No!— Aldith intentó interponerse entre ambos, pero Rob la sujetó con fuerza.

—Ahora mismo no pueden oírte— la abrazó y, con una mano tras su cabeza, le obligó a apoyar la cabeza contra su pecho para que no pudiera ver la pelea. Miró a uno de los soldados—. Llévate al perro a las caballerizas, con los caballos. No quiero que se altere.

Sin dudar un momento, el hombre obedeció.

Al oír los ruidos de los golpes, empezó a sollozar con fuerza, aunque el sonido quedaba ahogado por el cuerpo del joven.

Drew y los soldados estaban tan sorprendidos, que no sabían qué hacer. Aquellos dos hombres se estaban golpeando con los puños, como dos salvajes. Drew miró a Robert que, pese a su fama, parecía el más tranquilo de los tres. Casi juraría que se estaba divirtiendo.

—¿No piensas separarles?

—Ni hablar— sonrió amigablemente—. Pero puedes hacerlo tú. Pareces lo suficientemente estúpido.

Un poco decepcionado vio que Drew se limitaba a apretar con fuerza la empuñadura de su espada. Al verlo allí, a punto de atacar a su hermano, había pensado que el viaje no sería aburrido después de todo. Parecía que se había equivocado. Ahora que, por culpa del bocazas de Ian, sabía quién era, no se acercaría a él. Aunque igual podía provocarle un poco.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?— el rugido de Gavin Monroe paró la pelea en seco—. ¿Puedo saber por qué estáis avergonzándome?— se volvió hacia su amigo, que parecía sorprendido por la escena—. Disculpa su comportamiento, creo que estos meses de inactividad les han afectado— miró al pequeño, que abrazaba a una mujer—. Robert, me parece lamentable que no les hayas detenido— la mirada de desaprobación de su padre le dolió—. Levantaos y venid. Tenemos algo que hablar con vosotros. Vuestras estupideces pueden esperar.

—No es una estupidez, padre— Ian se frotó la mandíbula—. Will ha dejado embarazada a mi prometida.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros?— Gavin parecía al borde de un ataque—. ¿En qué clase de mundo vivimos si, ni los nobles, salvaguardamos el honor?— les lanzó una mirada helada—. ¡Seguidme!

Profundamente avergonzados, los tres se encaminaron hacia el edificio,

siguiendo a su padre y al conde.

Al pasar al lado de Aldith, Will le dedicó una sonrisa triste. Ella les vio alejarse.

—¿Estás bien?

Asintió ante la pregunta de su primo y, sin decir una sola palabra, se dirigió hacia su hogar, a buena distancia del grupo de hombres.



—Sentaos— habían invadido la sala privada del conde—. Teníamos algo importante que comunicaros, pero ahora mismo no sé por dónde empezar— inspiró profundamente—. La hija de Miles está en estado. Como el heredero de un hijo mío no puede ser un bastardo, el conde nos ha ofrecido a su otra hija, Claire.

—¿Claire no era mi prometida?— Will parecía confuso.

—No, el trato se firmó con Aldith.

—¿Aldith? Yo soy el padre del hijo que espera.

—¿Cómo? ¿Has dejado embarazada a tu prometida y a la de tu hermano? ¿Qué querías conseguir? ¿Qué me diera un ataque? Porque vas bien encaminado.

—Yo sólo he estado con Aldith.

Ian y Gavin se miraron.

—Pero dijiste que era Bella la que estaba encinta.

—¿Quién es Bella?

—La heredera con la que me iba a casar.

—Entonces, ¿tu novia no es Aldith?

—No, por dios.

—Pero cuando te acusé de saber quién era ella y callarte...

—Cuando vine a traer el contrato de compromiso para tu boda, Miles me presentó a sus hijas y la reconocí al verla contigo. Me pareció una situación divertida que no supieras quién era. Más aún al ver lo posesivo que parecías — de repente se dio cuenta—. Un momento, ¿creías que era mi prometida y que la había dejado a tu cargo a sabiendas?— Will se percató de lo estúpido que sonaba—. ¿Te parezco tan idiota?

—¿Sigues pensando que he hecho un buen trabajo con ellos?— Gavin estaba sacudiendo la cabeza y Miles parecía aliviado—. ¿De dónde has sacado que Aldith era su prometida?

—Me lo ha dicho ella hace un momento, cuando nos hemos encontrado en el jardín.

—Eso no tiene sentido, mi hija sabía perfectamente que su futuro esposo era el primogénito.

—¡Oh, dios!— al oír eso, Will escondió la cara entre las manos—. Todo es culpa mía. Yo le dije que el mayor era Ian— se echó a reír, una risa hueca y sin humor que hizo dudar al conde si realmente era el pequeño el más peligroso—. Soy un imbécil. Le he hecho sufrir todo este tiempo y soy el único responsable. No me extraña que me odie. Tengo que ir a hablar con ella.

Sin pedir permiso a su padre, salió de la habitación.

—Sólo para que termine de quedarme claro, ¿la famosa Aldith es la mujer por la que William no quería volver a casa?

—Sí, padre.

El duque se quedó pensativo.



La idea de ir a hablar con Aldith había sido buena, encontrarla no estaba resultando nada fácil. No conocía ese castillo y no quería ir abriendo puertas hasta encontrarla. Decidió bajar al salón y preguntar a alguien.

La condesa y su hermosa hija estaban sentadas frente al hogar encendido, aunque ninguna de las dos estaba haciendo caso a las labores de costura sobre sus regazos. Ambas parecían preocupadas y hablaban en susurros.

—Disculpadme, señora— levantaron la vista hacia él, sobresaltadas—. Me gustaría hablar con vuestra hija a solas. ¿Podéis decirme dónde encontrarla?

—¿Encontrarla?— la mujer miró a Claire y entonces preguntó—. ¿Os referís a Aldith?— al verle asentir, se puso nerviosa—. Debe estar en su alcoba. Os acompañaré.

—No os molestéis. Me basta con que me digáis dónde está.

Siguiendo las indicaciones, se paró delante de la puerta. Levantó la mano para llamar, pero sería mejor no darle la oportunidad de negarle el paso. Abrió la puerta y entró. Aldith miró, sorprendida. Al verle en su alcoba, se puso en pie.

—Will...

—Por favor, déjame hablar. Te debo una disculpa.

—¿A mí?

Sonrió ante su sorpresa.

—Tengo algo que explicarte. Cuando te encontré, yo había dejado de lado mi vida. Quería empezar de nuevo, pensando que así sería feliz. Ansiaba una libertad que no había tenido nunca. Me fui de casa de mi padre y empecé a trabajar en las caballerizas. Dejé de lado mis raíces y mi herencia— como ella le miraba confusa, le aclaró—. Aldith, soy el heredero del duque de Bedford... Soy tu prometido.

—Pero tú dijiste que Ian...

—Sé lo que dije. Mi intención era que mi padre me desheredara, por eso yo consideraba ya a Ian el heredero. No quería casarme con quien quisiera mi padre. Y entonces te conocí a ti. En ese momento tuve claro que quería vivir junto a ti por el resto de mi vida. Pero desapareciste y ya ni la libertad de poder elegir mi vida conseguía hacerme feliz— se mesó el cabello—. Pedí perdón a mi padre por mi egoísmo y volví a hacerme cargo de mi herencia. Si no podía tenerte a ti, me daba igual cualquier mujer. Aldith, no voy a tener vida suficiente para compensarte, pero espero que algún día puedas perdonarme.

—Will, yo tampoco fui sincera contigo cuando recuperé la memoria. Preferí marcharme para no complicarte la vida. No tengo nada que perdonarte. Ambos cometimos una estupidez. Pero al menos yo tenía a nuestro hijo para que me recordara a ti.

—Aldith— se acercó y, con cuidado, posó la mano sobre su vientre—, siento todo lo que ha pasado pero, si me das una oportunidad, te prometo que no te vas a arrepentir. Voy a hacer todo lo que pueda para que seas feliz.

Ella colocó la mano sobre la de Will.

—No necesito que me compenses, sólo te necesito cerca para ser feliz. Will, te quiero, estos meses sin ti han sido un infierno. Me escapé de casa para ir a buscar a mi prometido y pedirle que me ayudara a anular el matrimonio. Pero te encontré y no pude evitar enamorarme. Y pensar que vas a ser mi esposo me hace la mujer más feliz del mundo.

Él la abrazó y, despacio, bajó la cabeza y le dio un beso. Por fin su vida empezaba a tener sentido.



XVI

Estás nerviosa?

Miró a su hermana con una luminosa sonrisa que lo decía todo.

—Estoy impaciente.

—Hija— su madre la abrazó llorando de emoción—, no sabes lo que significa para mí verte tan feliz.

—Me caso con el padre de mi hijo, el hombre de mi vida. No puedo pedir nada más a la vida.

—¿Estáis listas?— su padre fue a buscarlas—. El sacerdote ya ha llegado y el novio y su familia están con él en la capilla.

—Sólo un momento, padre.

Aldith se acercó al baúl y sacó una corona de flores. Se la puso y la sujetó con una bonita cinta blanca. Cogió la capa y salió junto a su familia. Su madre y su hermana se adelantaron y entraron junto a los hermanos mayores de Aldith. Ella cogió a su padre del brazo.

No dijeron ni una palabra, no hacía falta. La emoción de su padre era evidente en el brillo de sus ojos. Cuando entró, sus ojos volaron al fondo, al hombre que la esperaba junto al sacerdote. Él se giró y sus miradas se

encontraron. Caminó hacia él sin desviar la vista. Hubiera corrido para llegar antes, pero se contuvo. En breve, sus vidas estarían unidas para siempre.



Todos a su alrededor comían y bailaban, pero él sólo era consciente de la mujer que tenía a su lado.

—Will— Ian le dio un golpe en la espalda para llamar su atención—, voy a llevarme a tu esposa para este baile.

—¿Seguro que puedes bailar?

—Will, no me va a pasar nada. El niño va a estar bien.

Vio cómo cogía la mano de Ian y empezaban a girar en el centro, entre el resto de bailarines.

—Está protegida, puedes dejar de vigilarla.

Rob se había sentado a su lado y ni se había dado cuenta.

—Te parezco un estúpido.

Su hermano sonrió.

—Para nada, es una gran mujer. Me gustaría pensar que mi esposa será parecida a ella. Y con la mitad de su lealtad me conformaría— buscó con la mirada por la sala, hasta que vio a Claire—. Creo que voy a divertirme un rato.

—Rob, ya hemos quedado en evidencia, no hagas nada que pueda estropear la boda. Las mujeres de aquí ahora son de mi familia, así que son intocables.

—No estoy interesado en ella, mi objetivo es él— su mirada fue hacia el caballero que se mantenía cerca de la joven.

—¿Qué te pasa con ese hombre?

—Me aburro y no me cae bien. Me llamó niño.

—Tienes 17 años.

—La edad no tiene nada que ver.

—Rob, nada de peleas.

—Está bien. ¿Dónde está tu mujer?

Will miró hacia la pista de baile. Ian bailaba con una muchacha rubia.



Aldith salió del salón detrás del duque.

—Señor.

Gavin se dio la vuelta. Aldith iba hacia él. Se paró a esperarla.

—Iba a salir a tomar el aire.

—Yo quería hablar con vos.

—Aldith, te has convertido en mi hija, así que puedes dejar de lado los formalismos.

—Está bien. Creo que no hemos empezado con buen pie. Sé que no le caigo bien, pero quiero a su hijo.

—No tengo nada contra ti, al contrario, me pareciste una mujer muy valiente cuando te enfrentaste a mí por el bien de William. Pero mi intención era que mis hijos no se enamoraran nunca para que no sufrieran.

—Yo no voy a hacerle daño nunca, créame. Lo amo más que a mi vida.

—Puede que no intencionadamente. Yo amaba a mi esposa y, cuando la perdí, casi enloquecí. Quería proteger a mis hijos de eso.

—Si pudiera volver atrás y cambiar su destino, ¿lo haría? ¿Dejaría pasar la oportunidad de vivir una maravillosa historia de amor? ¿Renunciaría a sus tres hijos?— le puso una mano sobre el brazo, con dulzura—. Sabe que no. Porque la felicidad que compartió con ella compensa el dolor de la pérdida. Y una parte de ella vive en sus hijos.

Gavin notó que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Es verdad, volvería a vivir todo exactamente igual aun sabiendo el final — sonrió con melancolía—. No he sido justo contigo, eres una buena mujer. Te has ganado el amor de William y la lealtad de Robert, eso dice mucho de ti. Y viendo la felicidad de mi hijo, creo que debería darles la opción a mis otros dos hijos de romper sus compromisos.

Aldith sonrió y abrazó a su nuevo padre.

—Miles le está buscando, padre.

Will estaba en la entrada, observando la escena.

—Creo que es por el brindis. Será mejor que no tardéis en entrar.

—Ahora vamos— su padre pasó por su lado y le palmeó el hombro. Will se sorprendió—. ¿Qué le has hecho a mi padre, mujer?— se acercó a ella y le sujetó de la cintura.

—Nada, sólo hemos hablado un poco.

—¿Se metió contigo cuando yo estuve enfermo?

—No, tranquilo. Sólo hablamos de ti y de lo que era más conveniente para que te recuperaras. Tu padre os quiere mucho a los tres.

—No lo sabe demostrar, pero nosotros lo sabemos. Y ahora, esposa mía, creo que nos esperan en el salón.

—¿En serio crees que se darán cuenta si no aparecemos?

—¿Se te ocurre un sitio mejor donde estar que rodeados de nuestras familias?

—Sí, mi alcoba, donde estaremos solos tú, yo y mi enorme cama.

Riendo, la cogió de la mano y la arrastró hacia las escaleras.

—Me has convencido.

—Estaba bromeando.

—Yo no— se paró y la abrazó—. He estado muy solo desde que te fuiste, no he dormido bien por las noches. Me acostumbré a tenerte pegada a mí. Me debes muchas horas de sueño— le dio un profundo beso—. ¿No merezco un poco de amor?

Ella le volvió a besar.

—Mereces muchísimo más. Y tengo toda la vida para dártelo.



Epílogo

Papá, papá.

Will mantuvo los ojos cerrados. Esos niños cada vez madrugaban más.

—Dejad a papá, tiene que dormir. Ayer llegó muy cansado de viaje.

—Queremos que nos cuente cuándo viene el tío.

—Vamos a la cocina a esperar a que despierte. Le pediremos a la cocinera que haga pastel.

Sonriendo, oyó los pasos de Aldith y los dos pequeños de 4 añitos saliendo. Necesitaba dormir un poco más, el viaje lo había hecho muy rápido para poder llegar a casa con ellos cuanto antes. Al diablo. Se levantó, se puso las calzas y una camisa y salió de la habitación. Al llegar a la cocina se paró en la puerta. La paciente cocinera estaba enseñando a los niños a amasar el pan, mientras su mujer estaba sentada mirándoles. La tripa ya evidenciaba su nuevo embarazo. Esperaba que, después de los gemelos, fuese por fin una niña.

—Will.

La sonrisa de bienvenida de su mujer le aceleraba el corazón. Le dio un beso antes de que los dos niños se le echaran encima.

—¿Cuándo va a venir el tío Rob? Tenemos ganas de conocerle.

—Vendrá la semana que viene. Y el tío Ian vendrá en un par de días, con su mujer y vuestra prima.

—Tengo ganas de verles— Aldith cogió dos trozos de pastel y se lo dio a los niños—. Id a contarle a vuestro abuelo las noticias— los niños salieron corriendo—. Pensé que ibas a venir con Ian.

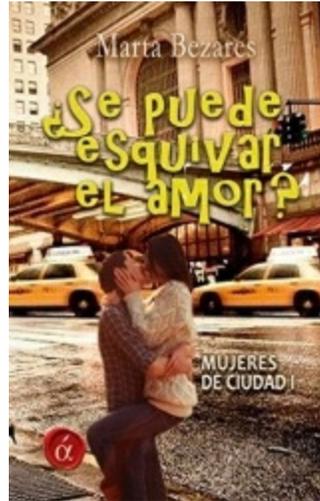
—¿Y tardar dos días más en estar con vosotros?— la abrazó—. No podía esperar más.

—Entonces deberíamos subir a la alcoba, ¿no crees?

Riendo, la cogió en brazos y fue hacia las escaleras.

Fin

Otras obras de Marta Bezares



[¿SE PUEDE ESQUIVAR EL AMOR?](#)

Puedes tener muy clara tu vida y lo que quieres en el futuro. Pero, ¿puedes hacer algo contra el destino?

Rachel Lowell es una mujer trabajadora, independiente y con un círculo muy fiel de amigas. Después de un desengaño amoroso que puso su vida patas arriba, su mayor ambición es lograr éxito en su trabajo y vivir tranquila, sin sobresaltos ni situaciones de las que no tenga el control.

Kyle Benson no es, precisamente, el tipo de hombre que cede el control. Es decidido y, cuando quiere algo, lo persigue hasta conseguirlo. Obstinado y persistente, no entiende la reticencia de Rachel, aunque está empeñado en destruir sus muros defensivos.

Son el día y la noche, pero ¿puede existir uno sin el otro?